

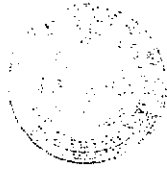
INSTITUTO DE ESPAÑA
REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS
DE BARCELONA
PROVINCIA DOMINICANA DE ARAGÓN

LORENZO GALMÉS MÁS

FRANCISCO GIL DE FEDERICH

DOMINICO, ACADEMICO, MISIONERO
Y MÁRTIR EN EL VIETNAM

BARCELONA
1988



FRANCISCO GIL DE FEDERICH

FRANCISCO GIL DE FEDERICH
FRANCISCO GIL DE FEDERICH
FRANCISCO GIL DE FEDERICH



Este libro ha sido publicado gracias
a la generosa ayuda de la
CAIXA DE CATALUNYA.

INSTITUTO DE ESPAÑA
REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS
DE BARCELONA
PROVINCIA DOMINICANA DE ARAGÓN

LORENZO GALMÉS MÁS

FRANCISCO GIL DE FEDERICH

DOMINICO, ACADÉMICO, MISIONERO
Y MÁRTIR EN EL VIETNAM

BARCELONA
1988

Depósito legal: B. 5.706 - 1988

DELFO, I. G. - Ctra. de Cornellà, 140 - Esplugues (Barcelona)

PRESENTACIÓN

Publicar una biografía de Francisco Gil de Federich, con motivo del anuncio de su canonización, no tiene sólo como objetivo encomiar un acto ya de por sí solemnísimos, sino cumplir con un deber de justo reconocimiento hacia una figura histórica cuyos valores representativos están en alza. Los intentos que se llevan a cabo para armonizar y hermanar fe y cultura, que por propia definición tienden a complementarse, unidos a una justipreciación real y verdadera de los valores humanos, constituyen esfuerzos que merecen nuestro más incondicional respeto y nuestra sincera gratitud. La entrega a un ideal misionero, contra viento y marea, como respuesta a la llamada del Evangelio, y mantenerse en él a despecho de condiciones adversas, capaces de engendrar el cansancio y el desaliento en el espíritu mejor dispuesto, sirve de pauta de comportamiento tanto para cristianos comprometidos como para todo aquel que se precie de ser un miembro de

la sociedad que sabe aportar el servicio que le corresponde en la comunidad humana de que forma parte. Supone estimar en todo su valor y exigencia el bien común. El dar la vida por una causa noble honra en gran manera al que tiene tanto valor y tan acendrado altruismo. El mártir cristiano, que sacrifica su vida en testimonio de la fe que profesa y anuncia, se integra por completo entre los que escalan alturas tan cimeras.

Francisco Gil de Federich entra de lleno en el grupo de los que, sensibilizados por la grandeza de la fe cristiana y la altísima dignidad de la naturaleza humana —creada para el bien y la verdad temporales y eternos, redimida para poder reajustar los valores con miras al bien supremo—, se toman tan en serio la vida, que le exigen el máximo rendimiento. No tuvo Gil de Federich una existencia larga, pero sí intensa. El martirio le cortó el hilo de la vida temporal a la edad de cuarenta y tres años: diez los había pasado en el Tonkín, y ocho de ellos los vivió encadenado por la causa de Cristo. Tuvo tiempo para ser profesor de Teología, miembro de la Academia de Buenas Letras de Barcelona, maestro de estudiantes, secretario provincial y misionero a pleno rendimiento, pues el régimen carcelario no le impidió desarrollar el ministerio de la sagrada predicación y administración de sacramentos, con tal eficiencia que roza lo portentoso o extraordinario. Sin hipérboles, cabe afirmar que es un caso único en la historia de las misiones católicas. Podemos ver en él, también, una representación típica del *seny* catalán, en la definición de Vicens i Vives:

“El *seny* es la capacidad para hacerse cargo de situaciones concretas y se manifiesta en el juicio correcto y en la acción eficaz sobre estas situaciones.” Consciente de que la táctica “ha de ser siempre convencer por el ejemplo y la claridad”¹, legó a la posteridad un transparente ejemplo de haber sido el apóstol que se sentía llamado a ser, a pesar de la privación de libertad de acción durante tantos años, que, en buena lógica, se lo tenía que impedir. Hombre de buen sentido, Francisco Gil se hizo cargo de la situación y le sacó todo el provecho apostólico posible.

Al invitar a un mejor conocimiento de la figura de Francisco Gil de Federich, como la personificación de un ideal que conjuga admirablemente humanismo de altos vuelos y exigencias de fe cristiana en profundidad, no podemos menos que evocar la primera experiencia romana de San Pablo: dos años de prisión y cadenas no fueron obstáculo para que el Apóstol de las Gentes anunciara —con su proverbial energía y entrega, su pleno conocimiento de la Sagrada Escritura y la asistencia del Espíritu Santo— la salvación y la liberación universales en el Evangelio de Jesús, a judíos primero y a paganos después. Los ubérrimos frutos de testimonio y conversión que se siguieron le hicieron reconocer que “la palabra de Dios no está encadenada”, como confesó a su discípulo Timoteo (II Tim., 2, 9). El dominico catalán de Tortosa padre fray Francisco Gil de Federich reencarnó la gesta del

1. Jaume Vicens i Vives, *Notícia de Catalunya* (Barcelona, Destino, 4.ª ed., 1969), págs. 216 y 226.

gran Saulo de Tarso, encadenado y ministro de la Palabra, en pleno siglo de las luces, en una miserable cárcel annamita, a la que acudían creyentes y paganos en busca de una palabra que ilustrara la inteligencia, animara la fe y llenase el corazón. El "encadenado por Cristo" la tuvo siempre a punto. El tajo del verdugo que segó su garganta e hizo callar su voz no pudo enmudecer su espíritu. De él se han beneficiado muchos cristianos durante siglos, y nada impide que otros puedan seguir haciéndolo. Esta modesta biografía aspira a ser un vehículo portador de tan benéfica influencia en nuestros días.

CAPÍTULO I

(1702)

PATRIA

La historia de Francisco Gil de Federich comienza en Tortosa. La de Tortosa se inicia en tiempos que escapan al cálculo histórico. Tierra de encrucijada y de defensa, es cuna de gentes aguerridas y de empuje, de acerado aguante y resistencia. Con una gran fachada abierta al Mediterráneo que amplía su visión hacia otras muchas etnias y pueblos, tiene en contrapartida sus espaldas muy bien guardadas por el Maestrazgo, con amplios ventanales orientados a tierras de Zaragoza, Teruel y Lérida. El mar la arrulla al eco de grandes culturas, que reposan en las orillas e islas de "nuestro mar" histórico. Cruzada por un río mítico y castizo, casi sagrado, que baja impregnado de esencias ibéricas, bebe sus aguas en una vega que le sirve de alfombra, a la que enriquece y embellece en

gran manera. El Ebro y Tortosa han sido inseparables en la vida y en la historia. Como punto estratégico, Tortosa sabe bien lo que son los asaltos, qué exige la defensa y lo que pesa la opresión. A través de su historia, muchos la han pretendido, y por esto ha tenido grandes y poderosos señores.

Los ilerconvones la eligieron como posible Hibera, para ser cabeza de su territorio. Estrabón, en cierto modo, la descubrió para el mundo clásico. Los romanos se fijaron en ella y la hicieron nexo de unión entre la imperial Tarraco y la Cartago Nova, a través de una de las grandes vías romanas, mientras el Ebro abría las puertas de la inmortal Caesar Augusta a las naves romanas. Conquistada por Escipión en el año 215, la convirtió en colonia en tiempo de Augusto, con el nombre de Colonia Iulia Augusta Dertosa, ciudad de derecho romano, y puerta de entrada de señorío y talante ibérico en tiempo de Tiberio, como el Municipium Hibera Iulia Ilerconvonia Dertosa, del que hablan las monedas de la época. Los árabes, que no quisieron ser menos, la vistieron de sultana y le brindaron la capitalidad de uno de los típicos reinos de taifa, consagrando definitivamente el nombre de Tortosa.

No fue fácil para los reyes cristianos hacerse de nuevo con la Tortosa musulmana, que desde el siglo v había sido cristiana. El papa Eugenio III concedió los privilegios de cruzada a los que lo intentaran. Ramón Berenguer IV, Guillermo Ramón de Montcada y Guillermo de Montpellier asumieron la empresa y consiguieron en 1148 que capitulara en condiciones honro-

sás. La zona acabó siendo feudo de los Montcada. Alfonso II de Aragón, hijo de Ramón Berenguer IV, la denominó "llave de los cristianos, gloria de los pueblos y honor del orbe", expresiones que siguen siendo motivo de satisfacción y orgullo para los tortosinos. De los condes de Barcelona recibió un régimen autonómico y un código foral de gran calidad. En 1294 fue incorporada a la Corona de Aragón por Jaime II. El siglo XIV significó para Tortosa una época de prosperidad, pero a fines del XV se inició una etapa de estancamiento, como si ya hubiese dado su medida. Los ataques y la esporádica dominación francesa durante el siglo XVII la perjudicaron mucho. A lo largo del XVIII, con el decreto de Nueva Planta de 1716, se convirtió en cabeza del territorio respectivo, recuperando algo de su antiguo esplendor. Son los años tortosinos de Francisco Gil de Federich. Con la edad contemporánea fue perdiendo sus autonomías, y tuvo que plegarse a una comunidad política de otro signo; pero no por ello perdió su prestancia y su personalidad².

La cristianización de la región tortosina es un hecho innegable: como en otras muchas localidades de la Península ibérica, se adorna con la gracia de hermo-

2. *Gran Enciclopèdia Catalana*, vol. 14 (Barcelona, 1980), páginas 580-587; Enrique Bayerri Bertomeu, *Historia de Tortosa*, VIII (Tortosa, Algueró y Baiges, 1959), págs. 744 y 996; Manuel Beguer Pinyol, *Compendio de historia de Tortosa* (Tortosa, Heraldo de Tortosa, 1928); *Diccionario de historia de España*, 3 vols. (Madrid, Revista de Occidente, 2.ª ed., 1968); *Diccionario de historia eclesiástica de España*, IV (Madrid, C.S.I.C., 1975), págs. 2585-2587.

sas leyendas que la vinculan a la comunidad apostólica, en la personalidad de San Rufo. La Dertosa romanizada fue a la vez cristianizada. En el concilio de Barcelona de 540 se registra el nombre del obispo de Tortosa. En los anales cristianos consta la tradición de una maternal visita de la Santísima Virgen, en tiempo del obispo Poncio de Mulnells (1165-1193), en la que dejó como recuerdo su propio ceñidor, de donde nació la popularísima devoción de Nuestra Señora de la Cinta, tan querida por los fieles de la comarca. Con San Vicente Ferrer fue sede de unas célebres controversias del santo con musulmanes y judíos, en defensa de la religión cristiana. Hermosas páginas de hagiografía cristiana han proporcionado a la Iglesia de Tortosa los bienaventurados Jacinto Orfanell, de La Jana, mártir del Japón, y Pedro Mártir Sanz, de Ascó, mártir de China, ambos dominicos. Vinculadas a nuestro tiempo aparecen las figuras de los beatos Enrique de Ossó y Manuel Domingo y Sol, cuyas fundaciones religiosas no requieren presentación. A despecho de los cambios políticos y de las circunstancias sociales, que podían suponer cierta disminución de fervor en las manifestaciones cristianas, Tortosa ha sabido mantenerse fiel al legado cristiano recibido de sus antepasados.

El siglo XVIII, dominado por las inquietudes de la Ilustración, comunes en el Occidente europeo, adoptó una actitud crítica ante el pasado, estableciendo una radical separación entre la razón y la tradición. En España revistió la modalidad y la originalidad de po-

der engendrar un tipo de "cristianos ilustrados", que defendieron a ultranza la compatibilidad entre la fe cristiana y los más arriesgados adelantos de la ciencia. Con la seguridad absoluta que da la fe, se enfrentaron al riesgo de seguir el avance de lo científico, seguros de no quedar defraudados. Fue el siglo y el ambiente en que desarrolló su actividad humanista y misionera fray Francisco Gil de Federich.

FAMILIA

La familia Gil de Federich era una de las más distinguidas de Tortosa y se contaba entre las importantes del Principado de Cataluña: lo avalaban el valor demostrado en las campañas guerreras en que la ciudad se había visto comprometida, su fidelidad a los principios dinásticos que consideraba justos y legítimos y el elevado sentido de ejemplaridad cristiana que distinguía a sus miembros. El primer Gil de Federich se remonta a fines del siglo xiv, y la familia llega a contar hasta dieciocho generaciones. Su escudo presenta, en la parte superior, en campo de plata un árbol caído y tres flores rojas en campo de oro. En la inferior, en fondo rojizo, un caballo blanco corriendo. En la franja que lo divide, sobre fondo blanco, aparece el lema heráldico: "VICIL esto"³.

3. Joseph Rafel Carreras, pág. 210: "Escut de la família Federich de Benissanet: 1.º y 4.º en camp d'argent un arbre aterrat, de sinopla, y a son tronch un llop passant, de negra color. Son

El abuelo de nuestro santo, el magnífico señor don Francisco Gil de Federich y Albèrni, se distinguió en 1648 en la heroica defensa de las libertades y legítimos derechos ciudadanos contra las tropas francesas, y mereció el título de "Ciudadano honrado" de Barcelona. Tuvo ocho hijos, siete de los cuales se consagraron al Señor.

Su hijo Antonio Gil de Federich y Son Rosses, entusiasta de los valores patrios, locales y tradicionales, como el padre, abrazó la carrera de las armas e intervino también activamente en la gestión política de su país, en la que destacó en especial como hábil gobernante, con la gran dignidad y honestidad que caracterizaba el proceder de toda su familia. Al declararse Tortosa en favor del archiduque de Austria en la guerra de Sucesión, el único hijo seglar de los Gil de Federich y Son Rosses hizo causa común con las más nobles familias de la ciudad, y fue veguer de Tortosa, a la que defendió en 1708 contra las tropas de Felipe V. Al consolidarse el triunfo de los Borbones tuvieron que abandonar la ciudad aquellos que más se habían distinguido por su oposición al francés: entre ellos estaban los Gil de Federich. Al enterarse el archiduque de Austria, conocido como Carlos III, valoró los méritos contraídos por don Antonio Gil de Fede-

Rosses de Mallorca, en camp de sinopla, tres dalles d'argent. En mig l'escudet, Gil de Tortosa, partit en faja. En la part de dalt, en camp d'or, tres flors de roja color; en l'inferior, en camp vermellenca, un cavall blanc corrent. De dins de la partió en faja, en fons blanc, lo lema heràldich «vixit esto».



rich y le otorgó el honroso título de "Privilegio militar", con el que acrecentaba la nobleza de su linaje. Entre 1708 y 1711 fue veguer de Barcelona, y en 1712 lo fue de Villafranca. En calidad de veguer, o antiguo *vicari*, tuvo autoridad delegada, según antigua costumbre en Cataluña y Mallorca, con jurisdicción gubernativa, judicial y administrativa en las ciudades que se le asignaban. El cargo desapareció en 1716, con el decreto de Nueva Planta. Como capitán del regimiento de la Fe, al que pertenecía, defendió la Ciudad Condal en 1714, donde se sabe que resultó herido, y tal vez murió. Había contraído matrimonio con doña Inés de Sans, que le dio cuatro hijos, tres varones y una hembra: Antonio, que fue canónigo-sochantre de la catedral de Tortosa en 1747, y que escribió una vida del santo; Pedro, padrino de confirmación de nuestro héroe; el dominico Francisco, cuyas huellas seguimos, y una hermana llamada Mariana, que casó con un tal Beguer.

Francisco nació en la casa número 6 de la calle Ancha, hermoso edificio en forma de trapezoide, de unos noventa metros cuadrados de superficie, el 14 de diciembre de 1702, y fue bautizado el mismo día, como reza la partida de bautismo: "Dijous, a catorse de desembre del mil setsens dos. Yo, lo Dr. Valentí Sabaté, Pbre., Curat de la Seu de Tortosa, bategí a Francexh, Joseph, Bonaventura, Joan Baptista, Felip, Fèlix, Thomàs, Joachim, fill legítim y natural de Antoni Gil de Federich y Son Rosses y Inés Sans, cònyujes. Padrins foren don Francisco Caprix y D.^a Josepha Ca-

prix y de Federich, cónyuges." Siguiendo una costumbre muy cristiana, fue bautizado el mismo día de nacer, y se puso al neófito bajo la protección de muchos santos, encabezados por el patrono de su heroico abuelo y su padrino, Francisco. El segundo nombre responde al de su madrina, y los demás entran en la gama de vínculos familiares y devociones particulares. Con ello los piadosos padres cumplían con el primer deber sagrado hacia el recién nacido.

Concordes con una santa tradición y piadosa costumbre, se aprestaron los padres de Francisco para que recibiera el sacramento de la confirmación en la primera ocasión que se terciase. De esta manera, cuando el niño aún no contaba un año, fue presentado al obispo para que le confirmara en la fe, de la que respondían con sobrada holgura sus padres. El hecho quedó registrado en los términos siguientes: "Confirmació. Dia 3 febrer del 1703. Disapte a 3 de febrer del any de la Nativitat de Nostre Senyor Déu Jesu-Christ, 1703. Lo Ill.^m y Rev.^m Sr. D. Silvestre García Escalona, en la capella de son Palau Episcopal, confirmà a Francisco Gil de Federich, fill del Sr. Anton Gil de Federich, cavaller, y de la Sra. Inés Sans, cónyuges. Padrí, Pere Gil de Federich, son germà, estudiant." El hecho de que la recibiera en tan corta edad y en la capilla privada del obispo diocesano permite pensar que había mediado una devota petición de sus padres, y que probablemente la recibió solo.

La iniciación cristiana del pequeño Francisco se dio por concluida cuando, dentro de las costumbres y le-

gislación canónica de la época, se le administró la comunión por primera vez. La labor inicial de siembra evangélica se había llevado a cabo felizmente: era cuestión de esperar los primeros brotes de la sagrada semilla depositada en el corazón de un niño. No tardaron éstos en llegar, y causaron la admiración de los que le conocían.

PRIMEROS AÑOS

Padres sumamente responsables, los de Francisco, habiendo garantizado su formación cristiana, quisieron asegurar también la plena formación humanista que correspondía a su condición social y a las facultades despiertas y prometedoras que apuntaban en la mente del pequeño. El testimonio de su hermano es contundente: "Cuidaron éstos de su educación, procurando, como buenos y piadosos padres, instruirle en las cristianas virtudes, y que huyese los tropiezos que precipitan la juventud y la apartan de entender en el más importante asunto, que es el de la salvación del alma, y aprendió nuestro Venerable tan perfectamente la lección de sus cristianos padres, que se le notó siempre un sumo cuidado del negocio de su salvación y una suma aversión a las vanidades del mundo; de suerte que no pensaba, en aquella edad tierna que disfrutaba, sino en oración, devociones, mortificación y frecuencia de sacramentos, hurtándose en cuanto podía de la compañía de los muchachos de su tiempo."

Su exquisitez personal, de la que tantas muestras daría en años posteriores, le ayudó a resguardarse de lo que podía redundar en perjuicio de su vida cristiana.

Para la formación humana imprescindible había que buscar un centro adecuado y acreditado. La instrucción en Tortosa estuvo desde siglos atrás muy vinculada a la Orden de Santo Domingo. En el siglo xviii poseía ésta dos conventos: el más reciente, fundado en 1571, era el de Nuestra Señora del Rosario, que tenía por lo menos seis religiosos, y el de mayor solera y repercusión social era el conocido como Real Colegio de Santo Domingo y San Jorge, cuyo origen se remontaba al siglo xiv. Hacia 1368 el Cabildo catedral instituyó una cátedra de Teología en la misma Seo, que encargó a los frailes dominicos de los conventos de Tarragona o de Barcelona, según determinasen los correspondientes Capítulos Provinciales de la Orden. La modesta casita de los dominicos, cabe la veneranda sombra de la Seo dertusense, no tardó en transformarse en un reducido pero intenso hogar de formación teológica, que honraba a la ciudad y atraía muchos alumnos. Por ella pasaron grandes maestros dominicos, y de ella salieron discípulos muy aprovechados.

En 1522 llegó como lector de Teología para la Seo el padre fray Baltasar Sorio, escritor y profesor eminente. Hombre de gran intuición, se percató de las posibilidades que ofrecía aquel pequeño cenáculo de estudios, y en 1528 decidió ampliar su radio de acción para que en él "se pudiese leer todas las cosas pette-

necientes al estudio". Como la casa era de reducidas dimensiones, pensó ampliarla para transformarla en todo un Colegio de Estudios, puesto que no existía ninguno en toda la provincia dominicana de Aragón, Tortosa suministraba un buen alumnado y contaba con la ayuda de la diócesis. Gestionó el proyecto ante las autoridades competentes y consiguió, que el Colegio de Santo Domingo y San Jorge fuera aprobado con "las gracias, privilegios e indulgencias de Valladolid, Luchente, Victoria, Santiago de Pallars y otros Colegios". Las esperanzas quedaron colmadas, pero seguían las dificultades económicas. Enterado el inquieto Sorrió de que Carlos V deseaba fundar un colegio para los hijos de "cristianos nuevos" o moriscos, dio los pasos pertinentes para que fuese Tortosa el lugar elegido por el emperador, con lo cual aseguraba la protección real. El Colegio de Santo Domingo abrió sus aulas a los hijos de los moriscos, "donde son enseñados desde las primeras letras hasta la Teología. La cual oyen en compañía de los religiosos colegiales". Al superarse la cuestión de los moriscos, el Real Colegio de Santo Domingo y San Jorge fue reconocido como Universidad por Felipe IV en 1645. De aquellas aulas salieron hombres "grandemente doctos y letrados"⁴. La tradición docente de la Orden de Santo Domingo en Tortosa era grande y reconocida por todos.

No es de extrañar que la formación humana de Francisco Gil le vinculara a los dominicos. La buena

4. Francisco Diago, *Historia de la Provincia de Aragón...*, págs. 52, 53, 79 y 266, y *Gran Enciclopèdia Catalana*, loc. cit.

preparación humanista y la constante dedicación al estudio que caracterizan la vida de Francisco Gil hacen suponer que en los años de su adolescencia fue un estudiante modelo y muy aprovechado. No nos cabe la menor duda de que sus padres le procuraron una formación humana lo más completa y exquisita posible.

Teniendo en cuenta que ingresó muy joven en la Orden, hay que suponer, por necesidad, que había cursado no sólo las primeras letras, sino que se había impuesto en Artes, o lo equivalente en los estudios secundarios, y que estaba preparado para ingresar en la Universidad.

CAPÍTULO II

(1719)

PROFESO EN LA ORDEN DE PREDICADORES

A los quince años manifestó Francisco su deseo de ingresar en la Orden de Santo Domingo. En una familia tan religiosa, y en aquel ambiente de piedad y de estudio, este anhelo no podía sorprender. La tradición dominicana en Tortosa y en la familia del joven Francisco era consistente: ya un hermano de la madre, fray Ildefonso de Sans, por quien el muchacho sintió siempre especial afecto, había profesado en la Orden. Pudieron influir en la vocación religiosa de Francisco tanto los maestros dominicos con quienes había estudiado y alternado como la beneficiosa influencia maternal, sobre la que Beguer Pinyol ha escrito acertadamente: "Durante la ausencia de don Antonio cuidó su virtuosa esposa, doña Inés de Sans, de inculcar en su tierno hijo los principios religiosos tan

arraigados en sus mayores. Las enseñanzas maternas, unidas al ejemplo que recibió de su padre una vez reintegrado a su hogar, influyeron notablemente en la formación del alma de aquel niño, cuya infancia transcurrió entre preces y lágrimas, y cuya adolescencia había de ser, por sus virtudes, un continuado ejemplo para los jóvenes de su tiempo”⁵. Las necesarias ausencias del padre, a causa de sus obligaciones militares y políticas, favorecieron que la influencia materna fuera más intensa. La tendencia del muchacho a huir de las frivolidades y hasta de ciertas expansiones propias de la edad, y, en contrapartida, acentuar la vida de piedad y la práctica de sacramentos, con penitencias proporcionadas, dejaban entender que algo superior se estaba gestando en su joven espíritu. Por ello no extrañó que manifestara deseos de consagrarse a Dios en la vida religiosa.

Se gestionó su admisión ante el Prior Provincial de los Dominicos de Aragón, para el convento de Santa Catalina Virgen y Mártir de Barcelona, de excepcional prestigio en toda Cataluña, y se preparó el imprescindible expediente canónico. A primeros de octubre de 1718 vistió Francisco el hábito religioso en el mencionado convento. Era entonces prior del mismo el padre maestro en Teología fray Juan Tomás Massanés, hijo de hábito y natural del convento de Tarra-gona, personaje de mucho relieve social en su tiempo, que mantuvo estrecha relación con fray Francisco Gil

5. Manuel Beguer Pinyol, *El beato Francisco...*, pág. 10.

de Federich. Fue varias veces prior, provincial de los Dominicos de Aragón, y socio fundador de la Academia de Buenas Letras de Barcelona. En suma: una gran personalidad, que tuvo la suerte no solamente de tratar a un Gil de Federich misionero y santo, sino de comprenderle y poder ayudarle.

El año de noviciado fue un curso de vida dominicana, a base de doctrina, historia y experiencia de vida conventual y convivencia fraterna. Todo ello en un gran convento, que probablemente rebasaba los cien frailes entre padres, estudiantes, novicios y hermanos cooperadores. Para un espíritu observador como el de fray Francisco, tuvo que constituir una alta escuela de santidad, estudio y vida misionera, con especial tendencia hacia el Extremo Oriente. Mientras el joven novicio veía, aprendía y se ejercitaba en un plausible esfuerzo por dar la talla, los superiores del convento y los responsables de la formación de los jóvenes aspirantes a la profesión religiosa observaban atentamente al grupo de novicios, pues al acabar el año de noviciado tendrían que dar la palabra definitiva para ser admitidos en la Orden. Fray Francisco Gil de Federich se contaba entre los que inspiraban confianza, y fue admitido al acto trascendental de la profesión religiosa. En el *Libro de profesiones* del convento de Santa Catalina de Barcelona se conserva el acta correspondiente del gran paso de Gil de Federich en su vida, y lo registra en los términos siguientes⁶:

6. *Libro de profesiones* de Santa Catalina de Barcelona, acta correspondiente al día 10 de octubre de 1719.

“Die decima Octobris anni millessimi septingentesi-
mi decimi noni, hora septima matutina, in Choro
emissit professionem Fr. Franciscus Gil clericus Der-
tusensis, in manibus A. R. P. M. Fr. Joannis Thomae
Massanés, Prioris hujus Conventus Sanctae Cathari-
nae V. et M. Barchinonensis. Existentibus Priore Pro-
vinciali hujus Provinciae Aragoniae A. R. P. M. Fr. Ja-
cinto Santaromana, Generali vero totius Ordinis Prae-
dicatorum Rmo. P. Fr. Antonino Cloche.

FR. JOANNES THOMAS MASSANÉS

Mgr. et Prior.

Fr. Franciscus Gil
ita esse affirmo.”

Por esta acta sabemos que profesó el día 10 de octubre de 1719, a las siete de la mañana, en el coro conventual, en manos del prior fray Juan Tomás Massanés. Como religioso quedaba, pues, hijo del convento de Santa Catalina Virgen y Mártir de Barcelona.

Nota el padre Sempere⁷ que el ponente-relator de la causa, cardenal Pierotti, en el informe oficial presentado al Santo Padre, da la impresión de afirmar que Francisco Gil de Federich hizo el noviciado y profesó en el convento de Tremp: “Tyrociniū tempore laudabiliter expleto in religiosa domo oppidi vulgo *villa de Exempe*, ad solemnia nuncupanda vota admissus est.” Tal vez la equivocación sea debida a que en las letras patentes de la ordenación sacerdotal del santo se le

7. Lorenzo G. Sempere, *El bienaventurado Francisco Gil de Federich...*, págs. 91-92.

presenta como conventual de Tremp; pero esto no quiere decir que hubiese profesado para aquel convento. Ciertamente que el convento de Tremp, donde residía la Schola Christi, era un centro muy apreciado de vida dominicana. Contaba con un claustro de profesores completo y numerosos estudiantes religiosos y laicos, y desde 1532 tenía categoría de Estudio General. Poseía una buena escuela de catequistas, y era, al mismo tiempo, un punto de partida para la predicación itinerante a áreas rurales y muy alejadas, en la zona del Pallars y de los Pirineos, lugares en que la falta de predicadores habituales había permitido que prosperaran las supersticiones populares, y hasta que se infiltraran movimientos heréticos. Los dominicos consideraban como parte de su carisma el prestar especial atención a aquellos núcleos humanos doctrinalmente más conflictivos, y por ello tenían organizado un sistema de predicación especializada.

Hay que considerar cosa cierta que nuestro santo tuvo relación con el convento de Tremp, pues recibió la ordenación sacerdotal, como veremos en su momento, de manos del obispo de La Seu d'Urgell, a cuya diócesis pertenecía Tremp. Pudo ser enviado allí temporalmente, tal vez para la misma ordenación sacerdotal, ya que siendo Casa de Estudios no tenía necesidad de interrumpir sus estudios teológicos.

Se conoce también que fray Francisco Gil de Federich fue enviado a estudiar al Patriarcal Colegio de Santo Domingo de Orihuela, adonde era fama que se mandaba a los estudiantes más aprovechados y que

tenían que dedicarse a la investigación y enseñanza de la Sagrada Teología. Era considerado este Colegio una escuela de maestros, y por sus cátedras habían pasado y de sus aulas habían salido excelentes teólogos. El registro de alumnos que se conserva no llega hasta la época de Gil de Federich. Sempere asegura: "Efectivamente, el santo mártir Leciniana nos dice que el bienaventurado Gil de Federich fue colegial de Orihuela, y en otras partes hemos comprobado asimismo esta noticia" ⁸. De todos modos, no pudo estar mucho tiempo allí, porque en el año 1724 lo vemos de nuevo en Barcelona, impartiendo clases de Filosofía mientras se preparaba para recibir las sagradas órdenes.

En 1725 hacía su recorrido habitual por los mayores conventos españoles de la Orden el Procurador de los dominicos para las misiones de Extremo Oriente, con el fin de reclutar religiosos voluntarios para incorporarse a la Provincia Misionera del Santísimo Rosario de Filipinas. Era este Procurador el padre fray Salvador Contreras, que había llegado hacía poco de México. Fray Francisco sintió nacer, o renacer, la llamada de Oriente: su vocación misionera salió a flor de piel. A pesar de su juventud y de que no había concluido los estudios, se presentó decidido al Procurador, ofreciéndose voluntario para embarcar rumbo a Manila. Los superiores del convento, y en particular el Prior Provincial, fray Tomás Ripoll, varón emérito y de gran

8. Sempere, *op. cit.*, pág. 98.

prestigio, que llegó a ser Maestro General de la Orden de Predicadores, le hicieron ver la improcedencia de su petición, pues ni había concluido los estudios, ni estaba ordenado *in sacris*. No accedieron, pues, a sus deseos. En su lugar, autorizaron la incorporación del santo varón padre fray Juan de Travaría, natural de Vic e hijo del convento de Santa Catalina de Barcelona. Fue éste el primer miembro de la comunidad barcelonesa destinado como misionero al Tonkín, aunque el celoso apóstol no llegó a ver colmado su ideal, pues murió en un naufragio cuando se dirigía allí desde Manila.

Fray Francisco era de los que saben esperar, y esperó. Siguió estudiando y enseñando, y, sobre todo, dando muestras de una madurez y una ejemplaridad que excedían en mucho a las que parecerían normales para sus años. No dio el santo muestras de contrariedad, ni dejó entender que renunciaba a sus proyectos. La meta más próxima y de vital importancia era hacerse digno de las órdenes sagradas. No le faltaba ni en qué ocupar el tiempo, ni en qué amaestrar su corazón con miras al futuro. Bien podía hacer en Barcelona lo que habría tenido que hacer en Manila de haberse incorporado a la expedición, antes de pasar a las misiones vivas. Y se dispuso a hacerlo lo mejor posible.

SACERDOTE PARA SIEMPRE

La ordenación sacerdotal de fray Francisco Gil de Federich se llevó a efecto el 29 de marzo de 1727, sábado de las t mporas de Cuaresma. Recibió la unción sacerdotal y la imposición de manos del ilustrísimo y reverendísimo señor don Simeón de Guinda Apuestagui, obispo de Urgel y copr ncipe de Andorra, en la capilla privada del palacio episcopal, en unas órdenes mayores generales. Fue examinado y aprobado como "religiosum professum Ordinis Praedicatorum, et conventualem in villa de Exempo nostrae dignitatis Urgellensis". Contaba a la sazón veinticuatro años y tres meses de edad.

En las letras testimoniales de su ordenación, afirma el prelado que se le han dispensado los meses que estaba mandado debían transcurrir de una orden sagrada a otra, "dispensatis intersticiis". La dispensa de los intersticios permite suponer que mediaba el deseo de ordenarle cuanto antes, y, por razones que se nos escapan, le enviaron al convento de Tremp. Tratándose, empero, de un religioso joven, aquella anticipación en su ordenación sacerdotal permite suponer que habían visto en él una madurez poco común, así como disposiciones o cualidades personales que le capacitaban para cargos de responsabilidad, que exigían haber recibido las órdenes sagradas. Que a los superiores del convento de Santa Catalina de Barcelona no les pasaban inadvertidas las grandes prendas humanas y la

calidad religiosa de fray Francisco Gil de Federich es algo que no cabe poner en duda.

Investido del ministerio sacerdotal, dio más auge a su actividad como lector de Artes, con lo que pudo desarrollar más y mejor sus cualidades literarias y sus merecimientos como historiador. Simultáneamente, podía continuar su apostolado en la formación de los jóvenes estudiantes. Estaba preparado para grandes cosas.

MAESTRO DE ESTUDIANTES Y ACADÉMICO

El talento y la óptima disposición personal del ya padre fray Francisco Gil de Federich dieron pronto frutos espléndidos e indiscutibles, a pesar de ser un religioso joven, que en principio, recién ordenado sacerdote, cabía considerar como poco experimentado. El hecho es que fue nombrado maestro de estudiantes, cargo de elevada responsabilidad, por asumir la formación humana y religiosa de los jóvenes religiosos estudiantes y aspirantes al sacerdocio. Conviene tener presente que en el gran convento dominicano barcelonés había un grupo numeroso de religiosos estudiantes, que exigían muy serios cuidados. Entre los frailes mayores se encontraban religiosos de gran saber y valía, ricos en experiencia y ejemplaridad, a pesar de lo cual los superiores pensaron en el joven padre fray Francisco para responsable de la formación de todos aquellos jóvenes. Acerca del cargo de maestro de estu-

diantes, el padre Sempere ha dejado escrita una página que resulta muy ilustrativa sobre lo que significaba en aquella centuria: "De este cargo dicen las Leyes de la Orden de Santo Domingo que sólo deben desempeñarlo los Lectores que enseñen en forma para recibir, si ya no lo tienen, el grado de Maestro en Sagrada Teología, y que su deber es, además de velar por el buen comportamiento escolar de los estudiantes, señalar las tesis o temas de los actos literarios y responder a las objeciones que se les haga, redactar los casos de conciencia que deban discutirse y, finalmente, llevar con escurpulosidad el detalle del aprovechamiento de los jóvenes, para certificar de ello en su tiempo"⁹. Los superiores conventuales tienen que buscar para este cargo a la persona más idónea: es un deber de conciencia. No nos es lícito pensar que, en el caso del padre Francisco Gil de Federich, no cumplieran con tan sagrado deber. Por tanto, hay que admitir el hecho de que, entre todos los frailes predicadores de Santa Catalina de Barcelona, el padre fray Francisco Gil de Federich fue considerado el más idóneo para el cargo de maestro de estudiantes del convento.

Un nuevo galardón, inesperado quizá, se añadió a la vertiginosa carrera humanista de Francisco Gil de Federich: el reconocimiento de sus méritos literarios como escritor, pensador e historiador. El 1 de mayo de 1729 fue admitido como miembro de la Academia

9. Sempere, op. cit., pág. 103.

Literaria Barcelonesa, hoy Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Este hecho pasó inadvertido a muchos biógrafos de nuestro santo, quizá por ser sus trabajos muy breves, y tal vez también porque todos ellos cargan el acento en la etapa norvietnamita y hablan muy por encima de la barcelonesa. Sin embargo, Gil de Federich no puede ser debidamente conocido si se prescinde de sus años de residencia en Cataluña, donde forjó su personalidad y maduró su vocación misionera, y que ocuparon la mayor parte de su vida. Deplorablemente, se carece de una amplia y decisiva biografía de fray Francisco.

Fue el ilustre escritor José R. Carreras Bulbena quien hizo resaltar el hecho de manera contundente en 1927, publicando en el "Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona" los datos fehacientes. El dominico José María Coll, que investigó también la cuestión, al publicar en 1952 el resultado de sus indagaciones, escribía:

"Deseando al presente esclarecer más y más este punto, tan importante en la vida del santo, hemos investigado en el Archivo de dicha Academia barcelonesa, logrando conseguir algunos datos que consideramos de verdadero interés para nuestro objeto. El ingreso del Bienaventurado Gil en la expresada Academia consta documentalmente, sin dar lugar a dudas. En efecto, en el Legajo n.º 20 del Archivo de la mencionada Academia y en el pliego n.º 2, que lleva por título «Assumptos que se distribuyeron en la Academia Literaria Barcelonesa (así era llamada esta Aca-

demia en sus primeros años de existencia) desde el día 1.º de mayo hasta el 2 de febrero de 1731», leemos lo siguiente: «Académicos admitidos en el día sobrecitado (1.º de mayo de 1729):

»1.º D. Ignacio Santa Clara, Secretario del Ilmo. Sr. Obispo de Barcelona.

»2.º D. Antonio Armengol, Marqués de Rocafort.

»3.º Sr. Pedro Serra.

»4.º D. Juan Sagarriga.

»5.º P. Lector... Gil, dominicano.»

”Este P. Lector Gil es, indiscutiblemente, nuestro mártir Beato Francisco Gil de Federich, el cual tiene el número 23 de los Académicos, contando también los fundadores. De los Académicos ingresados en el día 1.º de mayo, indudablemente que las dos figuras más destacadas son nuestro santo y Pedro Serra y Postius, autor este último de varias obras muy leídas en su tiempo. Un poco más adelante del expresado pliego n.º 2 consta lo siguiente: «N.º del Assumpto 19: El Revdo. Lector Fr. Gil explicará *en qué se ocupó Cristo desde los 12 años a los 30 de su edad.*» Prosiguiendo la lectura del citado pliego vuelve a sonar el nombre de nuestro santo en los *Assumptos que se distribuyeron el día 1.º de junio* para leerse el 1.º de julio (1729)... «Don Segismundo, Presidente, tendrá la oración introductoria... El P. Lector Gil se servirá explicar cómo se entienden las palabras de Cristo: *Qui credit in me, etiam si mortuus fuerit, vivet.*» Este segundo trabajo es muy probable que no lo alcanzara a leer, porque, como ya hemos dicho, el 26 de junio

de aquel mismo año partió de Barcelona para Filipinas en compañía del ya mencionado misionero de su mismo convento, P. Ponsgrau, a los dos meses precisamente de ser nombrado académico. El que sí leyó, indudablemente, aunque no sepamos fijamente el día, es el trabajo de entrada en dicha Academia: *En qué se ocupó Cristo desde los 12 años a los 30 de su edad*. El cual trabajo consta con toda certeza que existía en los armarios de la Academia de las Buenas Letras en los primeros años del siglo pasado, como se echa de ver por la copia del documento que vamos a publicar. En efecto, en el citado Legajo n.º 20, con letra de la época, existe un pliego o cuaderno titulado: *Papeles heterogéneos de la Real Academia de Buenas Letras, de los que se han hecho cargo los socios redactores del periódico semanal*. Estos papeles son desde 1729 al 1795. Suponemos que la redacción del cuaderno se hizo por el tiempo de la segunda fecha. Pues bien, en el n.º 9 de éste, que llamaremos inventario, se dice así: «Sobre la vida de Jesucristo desde los 12 años hasta 30 de su edad.» No hay, por lo tanto, ningún lugar a dudas de que hace siglo y medio existía la disertación de nuestro santo en el ingreso de la Academia de Buenas Letras de Barcelona”¹⁰.

Hoy tenemos la satisfacción de ofrecer la edición de aquel discurso de circunstancias como Apéndice a esta biografía de Francisco Gil de Federich, acompañada de un breve comentario y de notas adicionales, a fin

10. José María Coll, *El beato Gil de Federich, O. P.*, págs. 195-197.

de que el lector actual pueda ambientarlo debidamente en su momento histórico.

El hecho de que tan ilustre corporación le diera un puesto en sus filas, en las que le habían precedido otros relevantes dominicos como el padre Juan Tomás Massanés, prior del convento en el tiempo en que el joven Francisco era novicio y en cuyas manos profesó, y la gran figura del padre Juan Tomás de Boxadors, sugiere que el joven fray Francisco Gil de Federich era considerado con méritos literarios equiparables a los de las personalidades mencionadas. No era, pues, un valor desconocido y escondido entre los muros de su convento, sino una luz que brillaba en la vida social de la Ciudad Condal y entre las figuras más representativas de la actividad cultural barcelonesa.

Parecía haber entrado en órbita, y el futuro se le presentaba prometedor y halagador. Sin embargo, fray Francisco sabía que en el universo empíreo de la Providencia de Dios había otra ruta señalada para la navecilla espacial de su vida y ministerio apostólico, y que su hora no tardaría en sonar.

CAPÍTULO III (1729)

VOCACIÓN MISIONERA

Era del dominio público entre los frailes predicadores que fray Francisco Gil de Federich había solicitado años atrás la autorización para ir a misiones. El interesado nunca lo desmintió. Posiblemente, muchos pensarían que aquel primer deseo se había adormecido, que tal vez no pasaba de un sueño juvenil del que había despertado, pues se le veía comprometido en una actividad de alto relieve religioso y social. Sin embargo, la cuestión no estaba planteada de esta manera: el padre Gil, que era un hombre de fe, sabía aguardar la hora de Dios. Y la hora de Dios llegó inesperadamente.

En 1729, el entonces Procurador de las Misiones de la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas, padre Francisco Caballero, emprendió una de sus periódicas giras por los conventos dominicanos de España, en

busca de jóvenes voluntarios que se inscribieran para misioneros en Extremo Oriente. El padre Gil vio la voluntad de Dios bien clara, y se aprestó a secundarla. Reiteró su solicitud ante los superiores correspondientes, que entonces ya no le podían poner como excusa el no haber terminado sus estudios. Su humildad religiosa no le permitía considerarse necesario en ninguna parte. Su espíritu apostólico quería consumirse entre infieles, y, si entraba en los planes de Dios, morir mártir. Para muchos de aquellos hombres de Dios, el hecho de la sobreabundancia de clero que había en España constituía un estímulo poderosísimo para trasladarse a ejercer el ministerio sacerdotal en lugares donde la falta de ministros de Dios era dramática, y seguramente el padre Gil participaba de estos sentimientos. Los que no pensaban así eran los superiores, que no se manifestaron dispuestos a concederle la autorización pedida. No obstante, sabía el buen padre que no se la podían negar. Como hijo de obediencia religiosa, insistió en que pasaran su petición al Maestro General de la Orden de Predicadores, cuya palabra aceptaría como expresión última de la voluntad de Dios. Para nuestro santo, ni el prestigio que iba adquiriendo, ni los importantes servicios que prestaba a su comunidad religiosa podían frenar su inquietud misionera: en el convento había muchos excelentes y bien preparados religiosos que bien podrían cubrir su puesto.

Los frailes de Santa Catalina, sin embargo, no se resignaban a perderlo, e hicieron todo lo posible para disuadirlo, pues el permiso no se lo podían negar. Ape-

laron a los amigos y a los familiares de Gil de Federich para que interpusieran su influencia y le hicieran retirar su solicitud. Muy delicada fue la situación que le creó su tío dominico fray Ildefonso de Sans, por quien el santo sentía un gran afecto, existiendo una poderosa veneración mutua entre los dos. No comprendía por entonces el buen fray Ildefonso los caminos de Dios, y la decisión de su sobrino le parecía casi absurda. Le escribió una carta, en la que, manejando resortes fáciles de imaginar, dignísimos todos ellos, le oponía un muro de contención difícil de saltar. Pero el siervo de Dios lo salvó con decisión y elegancia. Aunque la carta le llegó cuando estaba ya en Madrid rumbo a Cádiz, le daba la posibilidad de reconsiderar su decisión, sobre todo ante lo arduo de la empresa. Antonio Gil, hermano de fray Francisco, nos ha dejado transcrito un fragmento de la carta de respuesta que el santo misionero escribió a su tío, que vale por muchas páginas y ahorra toda clase de explicaciones. Dice así: “Cuatro años hizo ya que hice las diligencias para lograr esta empresa, y cuanto más la he encomendado a Dios, tantos mayores deseos he tenido de lograr el fin de esta empresa; si es voluntad de Dios, o no, Dios lo sabe; lo que se conjetura es que sí, y yo porque juzgo que es voluntad de Dios la emprendo, y no me mueve otro fin sino el rehacer, con los muchos trabajos que me figuro, los años que he perdido ofendiendo a Dios”¹¹. Humildad y abnegación eran los remos con

11. Antonio Gil de Federich, *Vida y martirio del venerable P. Fr. Francisco Gil...*, pág. 7.

que fray Francisco impulsaba río arriba la barquichuela de su vida misionera.

No sin razón podía pensar fray Francisco Gil que obedecía en todo aquel asunto la voluntad divina. Puso en manos del Maestro de la Orden la decisión definitiva. Lo era entonces el reverendísimo padre fray Tomás Ripoll, que siendo Provincial de la Provincia Dominicana de Aragón, a la que pertenecía el convento de Santa Catalina Virgen y Mártir de Barcelona desde la fundación de aquella Provincia, había denegado el permiso para ir a misiones al entonces estudiante fray Francisco Gil. Creyeron los buenos frailes que, dado aquel precedente, mantendría la misma postura, y vieron con muy buenos ojos que dijera la última palabra. Algunos insinuaron al misionero en ciernes que no se forjara ilusiones. Los mismos superiores señalaron al padre Pedro Mártir Ponsgrau para ir a misiones del Extremo Oriente, con lo que consideraban cumplido el compromiso de enviar un misionero. El único que estaba firmemente convencido de otra cosa era el siervo de Dios.

Fuera que el padre Ripoll, hombre de gran inteligencia y visión universal, desde la suprema magistratura de la Orden lo viese de otra manera; fuera que le hubiera prometido que en cuanto terminara sus estudios le daría la autorización, si insistía, o fuera porque a la hora de la verdad la voluntad de Dios acaba imponiéndose, lo cierto es que el Padre Maestro de la Orden le concedió el anhelado permiso para ir a misiones de Oriente. El gozo de fray Francisco Gil de

Federich fue inmenso. Los frailes de Santa Catalina, probablemente muy sorprendidos, tuvieron que rendirse a la evidencia de los hechos. Para el interesado no cabía la menor duda: iba a iniciar su andadura misionera en cumplimiento de la voluntad de Dios.

HACIA LAS INDIAS ORIENTALES

Fray Pedro Mártir Ponsgrau, que ya había sido asignado para las misiones del Extremo Oriente, y fray Francisco Gil de Federich, que acababa de conseguir la asignación para el mismo destino, se pusieron en camino a mediados de julio de 1729 hacia Madrid, de donde se trasladarían a Cádiz, para embarcar en la Misión XXXI, preparada por el padre Caballero y compuesta por veintisiete religiosos, uno de los cuales retrocedió en Cádiz. Al frente de ellos fue puesto como presidente el padre fray Bernardo Ustáriz, hijo de hábito del convento de San Pedro Mártir de Calatayud, eminente profesor de Filosofía y de Teología, ejemplarísimo varón, que ocupó importantes cargos en Filipinas y que murió preconizado obispo de Nueva Segovia, aunque antes de poderse consagrar. Entre ellos iban nuestro padre Francisco Gil de Federich y su compañero padre Pedro Mártir Ponsgrau, y coincidieron con el padre Mateo Alonso Leciniana, hijo del convento de la Santa Cruz de Segovia, que sería compañero de martirio con nuestro santo. El grupo de "combarcanos", como se conocerían a partir de enton-

ces, se prepararon para la larga y agotadora travesía de un mar que podía depararles desagradables sorpresas, y rumbo hacia un mundo ignoto del que tenían escasas referencias, pero cuyas necesidades espirituales les eran bien conocidas. Cumplieron con los trámites prescritos; oraron, hemos de suponer, con especial e intenso fervor; se abandonaron en manos de la divina Providencia, y, fiados en la pericia del jefe de la flota, marqués de Mary, embarcaron definitivamente. El viernes 12 de agosto de 1729 la flota se hacía mar adentro y majestuosamente emprendía, una vez más, la aventura de cruzar el Atlántico, que tantas cosas evocaba a los misioneros que por primera vez realizaban la travesía.

A primeros de noviembre llegaron a Veracruz, después de una navegación en la que al parecer no ocurrieron percances dignos de ser resaltados. Descansaron unos diez días, y reemprendieron la marcha, por tierra, hacia la ciudad de México, donde quedaron alojados en el convento-hospicio de San Jacinto, que la Provincia del Santísimo Rosario había construido allí para que las expediciones de misioneros destinados a las islas Filipinas aguardaran en él el momento de embarcar. Tres meses les tocó esperar al grupo que componía la Misión XXXI.

Desde México escribe fray Francisco una carta a su madre, en la que le da cuenta de su llegada, dice que tienen que esperar unos meses hasta poder continuar el viaje, alude a su buen estado de salud y le pide oraciones. Tiene, también, un cordial recuerdo para

todos sus familiares. Promete escribir otra vez antes de embarcarse para Manila, "perquè después tal vez no podré escriure más". No se hacía ilusiones: bien podría suceder que aquéllas fuesen las últimas cartas. Sus sentimientos personales permanecían inalterables y en medio de una profunda paz. Aquellos meses transcurrieron sin mayor novedad que la muerte de uno de los miembros de la expedición, el hermano cooperador fray Manuel Mancebo, que falleció en Veracruz después de una molesta dolencia.

El día 30 de marzo de 1730 la expedición se dirigió por tierra al puerto de Acapulco, sobre el Pacífico, para emprender la última etapa de su viaje por mar. El 1 de abril, a bordo de la nao "Sacra Familia", salieron rumbo a las islas Filipinas, a las que arribaron a primeros de noviembre. Teniendo en cuenta que la navegación acostumbraba durar unos cuatro meses, y que ellos tardaron siete, cabe conjeturar que tuvieron mala navegación, o, por lo menos, que soportaron grandes y prolongados vientos contrarios, que la alargaron desmesuradamente y debieron de hacerla muy pesada. De todos modos, llegaron felizmente a aquella que en su ilusión apostólica tenía mucho de "tierra prometida". Podían respirar y descansar tranquilos: estaban ya en campo de misión.

La Provincia dominicana del Santísimo Rosario desarrollaba en Filipinas una serie de actividades, a cuál de mayor relieve. Parte importante de ellas se centraba en la enseñanza en los colegios y en la Universidad de Santo Tomás. Algunos padres tenían que atender

diversas parroquias. Un buen número de frailes ocupaban los puestos de las misiones dentro del archipiélago, habitado por infieles sin desarrollo cultural alguno. Un equipo de religiosos se encargaba en la capital de mantener en forma la vida regular y de observancia religiosa dentro del gran convento de Santo Domingo. Tenían también bajo su responsabilidad y cuidado lo que llamaban "doctrinas", núcleos a medio cristianizar, que aún no habían sido erigidos en parroquias de pleno derecho, a cuyo cargo estaban los religiosos conocidos como "doctrineros". Pero lo que consideraban flor y nata de la Provincia eran las denominadas "misiones vivas", las situadas en tierras paganas, las más difíciles y arriesgadas. De modo especial se referían a las misiones de China, el Tonkín y, en su tiempo, Japón y Formosa, lugares donde a menudo el anuncio de la fe cristiana era drásticamente perseguido. Como es natural, a puestos tan comprometidos y duros sólo podían ser enviados, o, mejor dicho, autorizados a ir, religiosos bien probados y que lo solicitaran voluntariamente. Entre éstos seleccionaban a los más adecuados, pues se requería una salud robusta, un gran equilibrio emocional y mucha virtud, así como haber dado muestras de que se poseía el carisma necesario para hacer frente a lo que surgiera. Con estas perspectivas hizo su entrada en el campo misionero fray Francisco Gil de Federich.

ESTANCIA EN FILIPINAS

Sabiendo que fray Francisco Gil había llamado mucho la atención en Barcelona, nadie extrañará que digamos que lo mismo sucedió en Manila. En calidad de lector de Teología, los superiores de la Provincia de Filipinas decidieron utilizarlo también como profesor, dándole una cátedra en la Universidad de Santo Tomás. El siervo de Dios expresó una vez más su deseo firme de ir a lo que llamaban "misiones vivas". El Padre Provincial le replicó que por entonces le necesitaba en las islas Filipinas. No era una negativa absoluta, pero sí suponía una demora. Fray Francisco, religioso observantísimo, estaba hecho a interpretar la voluntad de Dios a través de las decisiones de los superiores. Por más que le disgustara la decisión, obedeció sin reticencias de ninguna clase. Fue siempre Gil de Federich una de esas personas que saben hablar a tiempo, callar respetuosamente, obedecer siempre y esperar aunque pueda parecer que es contra toda esperanza. Por otra parte, estaba seguro de que la voluntad de Dios se cumpliría: había vivido una experiencia muy reciente. No perdió, pues, la paz ni la serenidad, y mantuvo incólume el agradable y delicado trato que daba a los demás, elemento importantísimo en la vida de convivencia comunitaria.

No tardaron, sin embargo, en lanzarle a la palestra de la actividad misionera. El primer destino fue en la provincia de Bataán, donde había dos grandes doc-

trinas que regentaban los frailes dominicos: una, Samal, abrazaba la parte norte de la provincia, y otra, Abucay, la parte sur. Nuestro padre Gil, por entonces proyecto de misionero en Oriente, fue enviado a Samal, donde consta que registró varios bautizos, con su firma, el 12 de diciembre de 1733. Se trataba de un ambiente intermedio entre la "misión viva" y la vida ordenada a partir de los grandes conventos. No faltaban infieles, y la vida tenía sus dificultades; pero podía contar con un contingente de cristianos que le respaldaban y ayudaban. Para un misionero celoso y con temple, el campo apostólico ofrecía muchas posibilidades: era cuestión de aprovecharlas. Fray Francisco se entregó de lleno a aquellas almas, aunque su espíritu soñara con un ministerio de frontera más exigente y comprometida. Una luz alumbra dondequiera que se la coloque. En su actuación como doctrinero demostró con creces el brío de su talante misionero. Francisco Gil de Federich brilló con luz propia, y no pasó inadvertido.

Posteriormente fue asignado, como coadjutor, a la parroquia de Binalatongán, en la provincia de Pangasinán, uno de los pueblos más grandes de la zona, cuyo párroco y superior era fray Juan Salinas, que ostentaba a la vez el cargo de Vicario Provincial de la región. Fue una experiencia interesante para Gil. El padre Sempere la recoge en un fragmento muy sugeridor: "Mientras los superiores observaban con gusto cómo se iban confirmando las esperanzas que de nuestro bienaventurado habían concebido, él no veía sino

que sus deseos de irse a las misiones de infieles no se realizaban, y esto parece que le traía dolorido, aunque resignado en la divina voluntad. Estos sentimientos los expresó claramente cuando, escribiendo desde Pangasinán, decía que a sus compañeros, venerables Leciniana, Ponsgrau y otros, los habían destinado a «misiones vivas»; pero a él, «como a soldado flaco, a este pueblo, donde todos son cristianos y no hay peligros ni trabajos en medio de ellos». Brote del temple militar y heroico que se crece ante las dificultades y del que habían dado cumplido testimonio tanto su abuelo como su padre”¹². No fueron años perdidos los que transcurrieron antes de ver consumados sus deseos, sino una etapa de preparación. El hecho de que, por disposición de los superiores, le costara más que a otros conseguir su objetivo le hizo justipreciar y valorar más el verdadero alcance superior del mismo: digamos que tuvo tiempo para madurar la misión de su vida.

En aquellos años fray Francisco dio muestras de una gran facilidad para aprender idiomas, conocimiento vital para todo misionero, lo que le fue de enorme utilidad. Aprendió bien el tagalo en Bataán, y la lengua pangasinana en Binalatongán. Su capacidad de acción misionera salía con ello muy favorecida, y asegurada su labor catequética, cuya eficacia saltaba a la vista. Como su residencia y puesto de trabajo era el mismo centro donde residía el Vicario Provincial,

12. Sempere, op. cit., pág. 122.

tuvo múltiples ocasiones de tratar con religiosos que, por asuntos diversos, iban y venían a la sede del Vicariato a resolver con el Padre Vicario sus problemas, y asimismo muchos religiosos tuvieron oportunidad de conocer y tratar al catalán de Tortosa, que se distinguía por sus grandes prendas personales. Aquel intercambio humano, con nativos y frailes españoles, enriqueció sobremanera la personalidad del padre Gil de Federich. Su exquisita educación, su prudencia y su elevado espíritu de fraternidad cristiana y religiosa iban ganando terreno, augurándole un brillante porvenir. Él, sin embargo, no se sentía satisfecho. Nada le decía cuanto supiera a ambición humana, o a un honesto y brillante futuro. Su ansiado porvenir era ser misionero en plenitud, y en los lugares de mayor exigencia: sólo por este motivo había dejado su tierra y su convento de Barcelona. Esperar, sí; darse por satisfecho, no.

Año y medio, poco más o menos, hacía que había llegado a Filipinas, donde tuvo sus primeros escauceos misioneros, sin conseguir su plena realización. Por entonces fue elegido Prior Provincial fray Diego Sáenz, Vicario Provincial de San Telmo, en Cavite, que había tenido ocasión de tratar a nuestro padre Francisco Gil en Bataán, y que, aunque no debió de ser por mucho tiempo, había quedado profundamente impresionado y prendado de su fidelidad y eficacia en el cumplimiento de las misiones que se le encomendaban. Además lo había enviado a Pangasinán, con el mismo y esplendoroso resultado: obediencia, eficacia y ejemplaridad.

Rendido ante lo evidente del caso, optó por confiarle cargos de mayor responsabilidad. Aprovechó la ocasión que le brindaba la celebración de la Congregación Plenaria intercapitular de 1733 para pedir que nombrasen socio suyo al padre fray Francisco Gil de Federich. Como era de esperar, los miembros de la Congregación Intermedia no tuvieron inconveniente alguno, y determinaron: “Damos al reverendo padre fray Francisco Gil de Federich para secretario de Provincia y socio del Muy Reverendo Padre Provincial.” Dejó el siervo de Dios su doctrina y se trasladó a Manila para desempeñar la delicada tarea de ser el gran colaborador, el más cercano, del Prior Provincial en la grave responsabilidad de gobernar la amplia y heterogénea Provincia del Santísimo Rosario, la gran provincia misionera de la Orden de Santo Domingo. Su misión consistía en actuar como secretario en los Consejos de Provincia, acompañar y ayudar al Provincial en las visitas canónicas a todos los conventos, suplirle a veces, y llevar buena cuenta de los asuntos que llegaban al Provincial y de las disposiciones que salían del gobierno provincial. Era un cargo que suponía mucha confianza por parte del Provincial y de su Consejo, y a la vez era muy comprometido, pues no siempre resultaba fácil mantenerse en el justo medio de colaborador fiel y prudente, sin entremeterse en lo que no le correspondía, ni negar al Provincial la ayuda que necesitaba. Requería, pues, prudencia y experiencia. Y el padre Gil de Federich no contaba más que treinta y un años y quince de profesión reli-

giosa. En poco tiempo había dado pasos de gigante. Parecía que su sino se orientaba al servicio de los altos e igualmente santos intereses de la vida consagrada, aunque a través de las graves responsabilidades de los puestos de gobierno.

No obstante, fray Francisco seguía suspirando interiormente por su ideal misionero, y, sin duda, no dejaba de presionar ante Dios, mediante la oración y la penitencia, para merecer su intervención soberana. Tampoco descuidaba la parte humana. Con su fino sentido realista catalán, seguro de su vocación personal, estaba dispuesto a aprovechar la primera ocasión que se le presentase para hacer valer sus derechos, por decirlo de alguna manera. El encargo recibido, que no podía ser muy de su agrado, le facilitaría el camino: tenía motivos para esperarlo.

La Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas había demostrado en múltiples ocasiones la especial predilección que sentía por sus misiones del Tonkín. Como campo de operaciones misioneras ejercía un gran poder de atracción entre los frailes dominicos más generosos y esforzados, pues no resultaba un campo fácil. Los reyes del Tonkín no se conformaban con haber expulsado a los misioneros, sino que ya se los perseguía, por más que antes los habían llamado pretextando deseos de ser evangelizados, o al menos de conocer el cristianismo. Los condicionamientos políticos hicieron fracasar aquella buena disposición, se enfriaron las buenas relaciones, y se iniciaron una serie de persecuciones, cuya dureza en algunos casos llegó a límites de san-

griente inhumanidad. Durante dos siglos la Iglesia del Tonkín fue puesta a dura prueba, de la que salió victoriosa. Ahora bien, la cristiandad vietnamita necesitaba y pedía misioneros, y éstos, escasísimos, solicitaban a su vez refuerzos y sustitutos para un futuro muy próximo, pues, aparte del desgaste a que dan lugar los años que pasan y las fatigas que agotan, todos se hallaban en peligro de muerte como testimonio de la fe que anunciaban. Pero el mismo martirio, al fin y al cabo una gran gracia de Dios, suponía privar a los cristianos perseguidos del estímulo y ayuda que les prestaban los misioneros europeos. La Provincia sabía que el Tonkín constituía una prueba muy dura, en la que se arriesgaban vidas humanas. Quien fuera enviado allí debía poseer una gran vocación, enorme resistencia física y talante de mártir. No todos poseían tales cualidades, y los superiores no podían poner a ningún fraile en situación tan comprometida si no era una determinación voluntaria de éste. Los actos heroicos no se deben ordenar: a lo más, se pueden sugerir. Al mismo tiempo, no podían dejar desatendidos a los venerables misioneros que en tierras norvietnamitas recorrían un angustioso calvario desde hacía años. Era una exigencia de justicia, de caridad y de fraternidad. Como cada vez resultaba más difícil entrar, pues las prohibiciones dictadas no ofrecían excepción alguna, las gestiones para enviar misioneros u otra clase de ayudas debían ser llevadas con el mayor sigilo, al que nuestro fray Gil tenía acceso por su condición de secretario de la Provincia.

En 1731 habían sido enviados ya los padres fray Pedro Mártir Ponsgrau, fray Mateo Alonso Leciniana y fray Miguel Pajarés, para ayudar a los padres Güelda, Sabuquillo, Batío y Pozuelo, que estaban al borde de la agonía moral. Aprovechando un momento en que parecía iniciarse una época de paz, enviaron a los padres fray Luis Espinosa y fray Nicolás Milla. Al llegar los recién destinados a Macao se les comunicó que debían desistir de pasar al Tonkín, porque la persecución se había recrudecido de nuevo. Viendo que tampoco podían penetrar en China, decidieron regresar a Manila y ponerse a disposición de los superiores. Enfermó gravemente el padre Milla, y hubo necesidad de buscarle un sustituto, para intentar nuevamente la aventura misionera en cuanto fuese posible.

El padre fray Francisco Gil de Federich, como socio del Prior Provincial, estaba al tanto de cuanto ocurría, y vio llegada su gran ocasión. Presentó la renuncia de su cargo y pidió con vehemencia autorización para acompañar al padre Espinosa en su destino al Tonkín. Corrían los primeros días de 1735. Los padres del Consejo de Provincia debieron de quedar desconcertados, y así ni ellos ni el Provincial se mostraron dispuestos a acceder a su petición. El padre Gil decidió efectuar un último intento. Habló en secreto al Provincial, y, de resultas de aquella conversación privada, éste cambió por completo y le concedió la tan anhelada asignación a las misiones del Tonkín.

Los frailes vieron con sorpresa que fray Francisco Gil se preparaba para ir a "misiones vivas". En vida

del padre Francisco Gil de Federich, el que fue su Provincial mantuvo el secreto, y sólo cuando se enteró del martirio del siervo de Dios comunicó públicamente lo que había ocurrido, aunque siempre se negó a revelar el contenido de la íntima conversación. Lo único que pudieron sonsacarle los más curiosos fue que en los argumentos del ya mártir se traslucían señales ciertas de ser aquello voluntad de Dios, y que tuvo que doblegarse a las exigencias de los planes divinos. Fray Francisco conseguía, por fin, el gran objetivo y supremo ideal de su vida, la única razón por la que se hallaba en tan lejanas tierras. Nuestro heroico misionero acababa de iniciar su anhelado camino del martirio. Por más que la intervención del Señor se había hecho desear, llegó a tiempo, y su siervo había sabido esperar.

En las actas del Capítulo Provincial de la Provincia del Santísimo Rosario de las Filipinas leemos: "Ha sido nombrado misionero de Tunkin el reverendo padre fray Francisco Gil de Federich, actual secretario de Provincia."

CAPÍTULO IV

(1737)

MISIONERO EN EL TONKÍN

Las misiones españolas del Tonkín se hallaban bajo el regio patronato del rey de España, que, fiel a la tradición de las bulas alejandrinas, se honraba en proveer lo necesario para misiones y misioneros consagrados a la expansión de la fe católica. En una carta del rey de España al cardenal de Acquaviva y de Aragón, su embajador en Roma, fechada el 10 de octubre de 1744, encontramos las disposiciones siguientes, sobre la gestión de los dominicos españoles “no sólo en las referidas Islas, sino también en el populoso Imperio de la China, y en el Reino de Tunkín, su adyacente y feudatario”. Habiendo comprobado los “progresos tan maravillosos, que sin embargo de las continuas persecuciones de aquellos bárbaros, y de sus Reyes y Mandarines, tienen en el mencionado Reino

de Tunkín reducidos al suave yugo de nuestra Santa Madre Iglesia setenta y ocho mil cristianos, esparcidos en doscientas y cincuenta villas y aldeas de la Provincia de Xic Nam, que es la meridional de aquel Reino”, y teniendo presente además que “todos los referidos adelantamientos los han conseguido en el corto espacio de setenta y ocho años”, decide fundar becas de estudios para que niños “hijos de cristianos en el Imperio de la China y del Reino de Tunkín” sean instruidos en la “santa doctrina y buenas costumbres”. Reafirma el rey de España: “Yo soy el Conservador y Protector de aquellos religiosos dominicos”, y “a expensas de mi Real Hacienda se han fabricado las iglesias y fundado las Misiones, para cuya conservación tengo hechas diferentes consignaciones anuales”. En vista de ello, ante las discordias surgidas entre los misioneros enviados por Propaganda Fide y los españoles, ruega al Romano Pontífice que se digne dictar las provisiones oportunas a favor de los dominicos, ya que “los mencionados religiosos españoles de la Orden de Predicadores, a cuyo cargo están las Misiones establecidas en el Reino de Tunkín, han acreditado su ardiente celo en la propagación de nuestra Santa Fe en aquellas remotas tierras, habiendo logrado el aumento de la Cristiandad en ellas; y que por conservarla han padecido, y padecen, muchos trabajos a causa de ser perseguidos, no sólo de los infieles, sino también de los Propagandistas y Vicarios Apostólicos, que, como de distintas naciones, no observan aquella paz y unión que corresponde a su sagrado Instituto, pues antes

bien inquietan a los religiosos españoles, despojándoles de los Partidos que les parecen mejores, sin atender al trabajo que les ha costado la conversión y educación de aquellos infieles, ni a los gastos causados en las fábricas de sus iglesias y Beaterios, ni a que Yo soy Protector de aquellas Misiones, y quien mantiene los religiosos que pasan a servir en ellas”.

A través de esta carta podemos comprobar la intervención del Patronato Real en defensa de los misioneros españoles, como un derecho y un deber de mediar en algo que considera parte de la Iglesia y parte de la Corona de España: las misiones establecidas y mantenidas a costa del “Real Erario, para la propagación de la Santa Fe Católica, en todas aquellas regiones Orientales”. Constituye un hecho lamentable que misioneros de distintas nacionalidades y de diversa obediencia no llegaran a entenderse para formar un frente único y emprender una obra misionera homogénea y bien delineada. Este hecho motivaría que la Santa Sede optara por colocar bajo la responsabilidad de determinadas instituciones religiosas amplios territorios de misión, excluyendo las demás a fin de evitar colisiones de derechos.

El rey de España, celoso de sus derechos históricos y misioneros, había salido en defensa de sus súbditos, los misioneros españoles, de cuya actuación se muestra orgulloso y satisfecho, como se infiere del fragmento siguiente, en el que además recoge la figura de nuestro santo: “Los expresados adelantamientos espirituales y la esperanza de otros mayores alienta mucho el áni-

mo de aquellos pobres religiosos españoles, y no desmayan con las referidas persecuciones, trabajos y prisiones que cada día padecen a causa de estar el mencionado Reino de Tunkín en guerras civiles, de que se originó la prisión de el Padre Maestro de Estudiantes Fr. Francisco Gil de Federich, de la misma Orden, a quien desde el año mil setecientos y treinta y seis tienen en la cárcel; pero que, dentro y fuera de ella, ha logrado particulares conversiones de hombres y mujeres." Espera el soberano español que una intervención del Santo Padre ponga las cosas en su lugar, para que se pueda llevar adelante la predicación evangélica en paz y con ejemplaridad, que constituyen la mejor garantía de eficacia. Y concluye la carta, dirigida a su "muy caro y muy amado amigo" cardenal Acquaviva, con estas palabras: "En consideración a la gravedad de esta materia, por lo mucho que en ella se interesa el servicio de Dios y el mío, espero que pasaréis los enunciados oficios con la actividad y eficacia que tengo experimentado de vuestro amor y celo, y que me daréis cuenta de sus resultas"¹³. No era, pues, un ambiente fácil y cómodo el que esperaba a nuestros misioneros.

El día 14 de marzo de 1735, los padres fray Luis Espinosa y fray Francisco Gil de Federich se pusieron en camino, vía Batavia, porque a través de Macao era imposible penetrar en el Tonkín. Iban destinados a la

13. *Lumen Domus*, carta al cardenal Acquaviva.

casa de Trung Linh, en la parte meridional del reino, y donde la Provincia dominicana tenía un centro misionero. Allí los religiosos, después de descansar un tiempo prudencial, se consagraban al estudio del idioma y de las costumbres, y a adquirir los conocimientos imprescindibles para cumplir honestamente y con eficacia su sagrado ministerio, en un ambiente tan distinto y complejo. Aunque el tiempo que se solía invertir en el viaje oscilaba alrededor del mes, a nuestros intrépidos misioneros la travesía les absorbió varios meses, pues no pudieron llegar a su destino hasta el 20 de agosto. Posiblemente las dificultades provinieron del mal estado del tiempo y de la mar y de las limitaciones de aquellas rudimentarias embarcaciones.

Entre la residencia de Trung Linh y la fundación conocida como "Casa de Dios" de Luc Thuy, localidades cercanas una de otra, transcurrieron los primeros cuatro meses de estancia en el Tonkín. La "Casa de Dios" era un centro misionero que podía ser considerado el corazón de la misión. Casa de formación sacerdotal y de catequistas; hogar de cristianos comprometidos y de jóvenes inquietos; lugar de trabajo, de estudio y de oración; residencia del Vicario y de una importante comunidad de misioneros, la "Casa de Dios" desempeñó un papel decisivo en la formación de la Iglesia del Vietnam. Era un puesto ideal para el padre Gil de Federich, que había llegado allí con treinta y tres años, rico en experiencias y rebosante de ideales y satisfacción.

Como misionero obediente, lo primero que hizo fue

el juramento exigido por la Santa Sede, o profesión de fe, como lo llamaban ellos. Quería la Iglesia que sus ministros tuviesen claras ideas sobre lo que debían enseñar, y que demostrasen la voluntad de llevarlas a efecto. El juramento constituía la garantía externa. Al mismo tiempo, recibió el nombre tonkinés de Cu Tê, que significa "sacrificio". Se trataba de una costumbre impuesta por la necesidad. Los annamitas eran muy dados a cambiar de nombre, según lo sugerían las circunstancias. Además, un nombre europeo comprometía, y uno cristiano estaba prácticamente prohibido. Para aquella devota comunidad cristiana, nuestro Francisco Gil de Federich se convirtió en Cu Tê, y en verdad hizo honor a su nombre, pues su vida misionera fue un auténtico sacrificio, generosamente aceptado y practicado.

Simultáneamente tuvo que aplicarse al dominio del idioma: algo imprescindible. Ciertamente, poseía gran disposición para las lenguas, y llegó a dominar la del país con extraordinaria perfección. Se cuenta que buscaba la compañía y la ayuda de los niños, con los que aprendía mucho oyéndolos e imitándolos. Había que conocer a fondo aquella especie de tonos musicales de que se servían para dar el sentido propio a cada palabra, y que para los europeos constituían una pesadilla. Algunos aseguran que Gil de Federich llegó a dominar el idioma tonkinés como un nativo.

Al poco tiempo de estar allí había conseguido hacerse querer por los indígenas, como le había sucedido en otras partes. Su prestancia humana y su exqui-

sita educación, junto con su buena disposición siempre a punto, le ayudaron mucho. Nos atrevemos a decir que se sentía entre los "suyos", con quienes tanto había soñado, no por nacimiento, sino por vocación. Y todo esto sin forjarse falsas ilusiones: sabía de sobra que el trabajo era muy duro y arriesgado. La mentalidad annamita poseía repliegues que escapaban al europeo. Nada se le dio hecho. Le ayudaron, sí; pero él tuvo que poner la parte alicuota que le correspondía. Si quería ser misionero de verdad, tenía que hacerse de verdad misionero. Podemos asegurar que su lema iba a traducirse en luchar siempre y sin cansancio, bien para vencer con Cristo, bien para morir por Cristo.

Uno de los domésticos de la "Casa de Dios", que había tratado mucho al padre Gil, afirmó en el proceso haber sido testigo de sus sangrientas penitencias y mortificaciones, de sus ayunos y oraciones. Como dato curioso, añadió que, teniendo que entrar a menudo en el cuarto del misionero, a causa del trabajo que desempeñaba, siempre lo encontraba orando, escribiendo o leyendo, sin que cosa alguna consiguiera distraerlo. Proceder que confirman otros testimonios, y que causaba sensación entre los que frecuentaban la "Casa de Dios". El padre, por su parte, instaba a sus jóvenes alumnos a que profundizaran en el estudio, para estar dignamente preparados para dedicarse al servicio divino. De porte grave y serio, el padre Gil eludía conversaciones ligeras, y, sin embargo, era ex-

traordinariamente amable y humano en el trato con todos, hasta con los más humildes.

Desde el mes^o de enero de 1736 ejerció fray Francisco el ministerio sacerdotal en diversas prefecturas o localidades, siempre con la misma e idéntica nota: trabajador incansable y ejemplarísimo religioso, abnegado en todo. La evangelización resultaba difícil: además de su prohibición oficial, entorpecía su propagación el hecho de que los cristianos se hallaban muy diseminados en pueblecitos y caseríos, sin caminos, o únicamente con senderos que a veces se ponían impracticables, y que era necesario atravesar ríos y canales, zonas pantanosas y espesos bosques. En las prefecturas de Giao Thuy, Cán Dinh y Vu Tien, donde había unas cuarenta comunidades cristianas, o en los distritos de Ke Men, Bac Trach y Cao Mai, transcurrieron los dos primeros años de estancia en el Tonkín, en los que el siervo de Dios se prodigó hasta límites inverosímiles, de tal manera que la enfermedad se cebó en él. No constituye el clima del Tonkín un factor que pueda despreciarse o prestarle poca atención, y más para los que procedían de otros climas y modos de vida. La mayoría de los misioneros pagaban de una u otra manera las consecuencias del cambio.

Parecía como si el padre fray Francisco Gil de Federich quisiera recobrar el tiempo que las circunstancias o la Providencia misma, a través de las decisiones de sus superiores, le habían escamoteado. Restaba toda la importancia posible a las situaciones que ofrecían peligro, orillaba cuanto pudiera parecer propia como-

didad y se multiplicaba en su quehacer. Predicando o catequizando siempre, administrando sacramentos o visitando enfermos, no gozaba de un momento de reposo. Con el agravante de tener que acudir a donde hacía falta o le reclamaban, pues los cristianos no podían desplazarse al centro de culto, que, por prudencia, tenía que estar bien escondido y muy disimulado. Calores tropicales, tifones desoladores y lluvias torrenciales, así como las enfermedades endémicas de sus habitantes, entre los que el fantasma del hambre hacía estragos, eran los compañeros de aquellos hombres de Dios. Fray Francisco se entregó sin medida. Su único descanso era estudiar y orar. La naturaleza física no tardó en cobrarse tanta generosidad en la dedicación al servicio de los demás.

No llevaba un año de estancia en el Tonkín cuando unas fiebres o calenturas hicieron presa en su delicada naturaleza y le tuvieron postrado e imposibilitado cierto tiempo. Pero no les hizo mucho caso: no atendió a los consejos que le daban los piadosos cristianos, sino que continuó como si estuviese sano del todo, y su caridad se desbordó, dando muestras de una fortaleza extraordinaria. Estando enfermo en Ke Men, los cristianos decidieron llevarle a Luc Thuy, a fin de atenderle debidamente. Iba a ser trasladado a la embarcación que debía conducirle, cuando se presentaron algunos cristianos de Bac Tray pidiéndole que fuera a asistir a un enfermo que manifestaba grandes deseos de confesarse. Los que atendían al misionero sabían que el otro enfermo no estaba en peligro

de muerte, por lo que dijeron a los emisarios que aquél podía esperar, pues el ministro estaba más enfermo que el mismo penitente. En cuanto el siervo de Dios lo oyó, se levantó inmediatamente y dijo:

—Cuando Jesús estaba en la cruz, poco antes de morir, absolvió de sus pecados al buen ladrón. Debo correr a la cabecera del enfermo, cuanto más que yo no me encuentre en momento tan duro.

Y, sin más, se puso en camino, como si nada tuviese. El enfermo quedó atendido y descansado; fray Francisco, en paz consigo mismo y satisfecho, y los demás cristianos, asombrados y sin saber qué decir.

Estando en Tray Kim, fueron a buscarle para idéntico menester. Caía el agua a chorros y soplaban un viento impetuoso y huracanado, que impresionaba: un día del invierno tonkinés, de aquellos que se recuerdan mucho tiempo. Además tenían que atravesar un poblado de infieles, en el que con frecuencia se tenían emboscadas a los religiosos, para hacerse con las recompensas prometidas a los que entregaran a los misioneros europeos. El padre Gil de Federich se hallaba muy postrado por la alta calentura que le affigía. Los domésticos dijeron a los enviados que trajeran al enfermo. Pero el padre se levantó inmediatamente y se puso en camino con los que habían ido a buscarle. Al llegar al lugar donde estaba el enfermo, le confesó y tranquilizó, y otros cristianos aprovecharon la ocasión de tener al misionero entre ellos para confesarse. Así transcurrió toda la noche. De la fiebre, fray Francisco ni se acordaba. Al amanecer celebró la

eucaristía para todos. Después hizo que le llevaran a la barca, pues no podía mantenerse en pie. Contento, y como si nada especial hubiera hecho, navegó hasta su casa, entre sus cristianos, que no salían de su asombro.

Otro día de invierno, bajo fuertes lluvias y vientos, fue a buscarle una viejecita cristiana, para que confesara a un enfermo de Ke Kinh que deseaba recibir los santos sacramentos. La buena mujer había llegado con una barquichuela que manejaba ella misma. El misionero no preguntó más: acompañado de un familiar, se dirigió a la embarcación. Algunos cristianos, considerando muy peligrosa aquella expedición, subieron con él a la barca, y, con la vieja al timón, remaron con brío. Pero el improvisado timonel no se distinguía por su pericia: perdieron la dirección y varias horas de un tiempo precioso, y hasta medianoche no llegaron al lugar. Tratábase de un pueblo idólatra, por lo que decidieron quedarse todos en la barca, mientras la emisaria iba en busca del enfermo. Al poco rato volvió muy compungida la anciana, y dijo, llorosa:

—Padre, en este lugar no hay quien pueda acompañarle a casa del enfermo, porque en todo él no existe un solo cristiano, y el enfermo es pobrísimo y nadie quiere hacerle este favor.

El santo no necesitaba más: saltó rápido a tierra, se encomendó al Señor, recabó las instrucciones necesarias de la buena mujer, y, atravesando calles llenas de agua y de lodo, tras perder varias veces la orientación, dio por fin con la casa del enfermo. Fatigadísimo, le

confesó, y le veló el resto de la noche. Al amanecer le celebró la eucaristía y le administró la unción de los enfermos. Cumplida su misión, regresó a la barca, desconocido, todo mojado y cubierto de lodo, tiritando de frío, pero radiante de alegría.

En cierta ocasión se hallaba confesando a varios cristianos en el lugarejo de Côt Lam, cuando le avisaron de que los perseguidores andaban buscándole para prenderle; que procurase ponerse a salvo, pues llegarían a la casa en cualquier momento. El santo levantó los ojos al cielo y miró después a sus penitentes. Pudo más la confianza en Dios y el amor a las almas: siguió confesando impertérrito a los que esperaban para confesarse, hasta terminar con todos. Los enemigos ni se enteraron de dónde se hallaba. Los acompañantes de Francisco tuvieron que hacer un esfuerzo para rehacerse del susto, convencidos de que habían sido testigos de un milagro.

Semejante actitud la mantuvo siempre: sufría muchísimo cuando se le impedía administrar los sacramentos. Si los fieles no podían ir a su encuentro, salía él a buscarlos, pasara lo que pasara. Y si tenía que esperar, esperaba con infinita paciencia: ocasión hubo en que tuvo que aguardar hasta tres días a orillas del río para embarcar; pero los aprovechaba para rezar el oficio divino y otras oraciones particulares y anunciar el Evangelio a los que faneaban por las cercanías.

De ordinario efectuaba dos salidas largas al año: una que duraba toda la Cuaresma, hasta el mes de junio, y otra desde agosto hasta diciembre. El padre

Sempere resume su actividad en este breve fragmento: "Confesaba y administraba en la iglesia hasta que no quedara ningún fiel que confesar o infiel que bautizar. Por esta causa pasaba en claro muchas noches, y a la mañana siguiente celebraba con gran devoción la santa misa. Puede decirse que sólo estaba tranquilo y algo descansado en su Casa-misión, durante los días de siembra y cosecha, en los que el pueblo andaba ocupado con las faenas del campo"¹⁴. Muchas de las pobres chozas de los cristianos annamitas se vieron convertidas en templos de Dios con la presencia del misionero Francisco, que los visitaba y consolaba y les administraba los sacramentos, y además completaba la ayuda espiritual con un auxilio material que les era muy necesario. El santo lo sabía, y siempre hizo cuanto estuvo a su alcance para alimentar y defender a su grey cristiana. No es de extrañar que acudieran a él con confianza ilimitada y a veces por motivos insignificantes, lo que nunca les recriminó.

Fueron dos años en que salieron a relucir sus grandes cualidades humanas y su altísimo potencial apostólico al servicio de los pobres, casi miserables, los predilectos de Jesús. En sus actuaciones nunca hacía gala de su autoridad, sino que tenía la gracia de proceder con la suavidad de la exhortación, con mucha paciencia, pero sin ceder en lo que no debía. Un tanto reservado en sus sentimientos, daba la sensación de gravedad y seriedad, con una gran dosis de huma-

14. Sempere, *op. cit.*, págs. 302-303.

nidad, amabilidad y delicadeza que inspiraba afecto y confianza, sobre todo a los más inferiores. Supo hacerse querer sin excepción y venerar con devoción. Pronto se percataron quienes le rodeaban de que tenían entre ellos, como un gran don de Dios, a un misionero santo, a una gloria de la Iglesia annamita.

Mientras estuvo en la "Casa de Dios" era el encargado de alumnos y domésticos. Tenía que enseñarles y ayudarles en el estudio, así como habituarlos a la disciplina, imponiendo el orden y la observancia imprescindibles. A veces había que utilizar un poco de rigor, y, si convenía, aplicar la debida corrección: de aquellos jóvenes tenían que salir los sacerdotes, catequistas y cristianos comprometidos del futuro. No eran tiempos aquéllos para nutrir espíritus débiles o condescendientes. Años de persecución, requerían un temple de héroe capaz de enfrentarse con la adversidad en la forma en que se presentara. Tiempos fuertes para engendrar espíritus fuertes. Por esto la "Casa de Dios" y sus miembros destacaban por su orden y su disciplina: modestia en el vestir y austeridad en la alimentación, haciendo una sola comida en la Cuaresma. A los domésticos, aunque admiraban a los religiosos, les costaba imitar aquellos ayunos, y más las disciplinas sangrientas que se aplicaban con cierta frecuencia. La presencia del padre fray Francisco Gil fue altamente beneficiosa, y su ejemplo no cayó en saco roto, ni para su tiempo, ni para la posteridad.

Algunos hechos se dieron que sugieren la presencia de mediación taumatúrgica: la fe sincera y profunda

de Gil de Federich pudo merecer intervenciones extraordinarias por parte de Dios. Navegaba en cierta ocasión en una pequeña barca con algunos de sus familiares, cuando éstos le informaron de que se había acabado la comida y que se hallaban aún muy lejos del poblado más próximo. Fray Francisco levantó los ojos al cielo, oró un instante, y después se limitó a aconsejarles que no perdieran la confianza en Dios. No tardó en aparecer un buen cristiano que les traía los alimentos necesarios. Caben, naturalmente, interpretaciones diversas, pero la presencia providencial de lo Alto no puede negarse. A fray Francisco sólo se le oía lamentarse cuando le faltaban medios para socorrer a los pobres y enfermos, muy numerosos y hambrientos. Eran frecuentes las malas cosechas, y las buenas a veces se perdían por otras causas: las epidemias, favorecidas por el clima; los conflictos sociales, y las bandas de malhechores, que se habían convertido en una verdadera plaga.

Sin embargo, la cristiandad progresaba, y abundaban las conversiones a pesar de la persecución. Este hecho llamó la atención, y la Congregación Intermedia de la Provincia del Rosario, el 11 de mayo de 1739, se consideró en el deber de comunicarlo a toda la Provincia: "Cuanto más se esfuerzan los infieles en atormentar a los cristianos y perseguir a los misioneros, más reverdecen el prado místico del Señor y aquellos campos del Padre celestial. Para recoger la sazónada y abundosa mies trabajan incesantemente nuestros hermanos que allí residen."

Misioneros del temple de nuestro Francisco Gil de Federich suscitaron una cristiandad que honró y sigue honrando la Iglesia del Vietnam del Norte.

PRISIONERO POR CRISTO

El padre Ponsgrau, hermano de hábito del padre Gil de Federich, hijos ambos del convento de Santa Catalina de Barcelona, “combarcanos” en la misma expedición hacia las Indias y compañeros en la Misión del Tonkín, Vicario Provincial de los dominicos en aquel país en tiempo del santo, nos ha dejado un precioso testimonio de los móviles que dirigían la acción misionera del padre Francisco, y que le habían hecho desear ardentísimamente ir a misiones, “ad Indias Orientales transeundi cupidissimus”: ante todo, el bien de las almas; después, un intenso y profundo amor a Dios, que le hacía anhelar exponerse por Él a mayores trabajos y más graves peligros. El ir a misiones lo había conseguido ya después de muchos avatares, como hemos visto. El resto se lo iba a deparar la divina Providencia en circunstancias muy particulares, que dieron lugar a un caso único en las páginas de la vida misionera.

Existen razones para pensar que el santo tuvo cierta intuición o premonición, natural o sobrenatural, de que algo adverso se avecinaba. El 2 de agosto de 1737, estando rodeado de los miembros de la “Casa de Dios” de Luc Thuy, de repente les ordenó que, si alguna

vez los enemigos de Cristo le apresaban, no se preocupasen por él, sino que se pusieran a salvo en seguida, huyendo. Los cristianos quedaron sorprendidos, pues aquel lugar era considerado el más seguro para los misioneros europeos. Poco después se presentó en la residencia un grupo de cristianos de Bac Trach. Serenamente, fray Francisco les preguntó a qué habían venido.

—A oír misa —fue su respuesta.

El padre replicó:

—No sé si podréis oírla.

Les extrañó la reacción del misionero, pues no se veía motivo alguno de alarma, ya que la persecución parecía haberse amortiguado. Se rumoreaba, sin embargo, que un gobernador había recordado la necesidad de aplicar los decretos existentes contra los cristianos, y se conocía la presión que ejercía cierto fanático bonzo llamado Thay Thin, encargado del ídolo de Thuy Nhay: a través de él reverdecía un brote perseguidor, tal vez sin esperarlo, pero que sin duda ponía sus miras en la figura de nuestro heroico misionero Gil.

Todo empezó el 3 de agosto de 1737, y contamos con el testimonio emotivo del propio protagonista, que, en aras de la obediencia religiosa, tuvo que informar plena y objetivamente a su superior, precisamente su amigo y compañero el padre Ponsgrau. La carta, fechada en 1743, rebosa serenidad, lucidez y sinceridad: todo un monumento de dignidad humana y conciencia religiosa. Aquel día 3 amaneció envuelto por una mo-

lestísima tormenta. Los fuertes vientos y la copiosa lluvia casi obligaban a quedarse en casa. Suponían todos que en aquellas condiciones nadie se movería para ir a capturar cristianos. El padre Francisco aprovechó la ocasión para celebrar la eucaristía a un grupo de piadosos cristianos, porque el día 4 era la fiesta de Santo Domingo de Guzmán, y, como buen dominico, quería celebrarlo lo mejor posible con la participación de sus cristianos. Mediada la misa, se notó cierto revuelo entre los asistentes: acababan de avisarles de que al cercano lugar de Ba Ri, donde habitaba una mujer cristiana, había llegado un forastero que infundía sospechas. Ni los jóvenes ni el misionero dieron mayor importancia al hecho. Sin embargo, terminada la eucaristía, el padre abrevió la acción de gracias, y, tras desmontar rápidamente el altar, se retiraron. Casi al mismo tiempo llegó un aviso del Principal del lugar, indicándoles la conveniencia de que abandonaran la casa, pues al parecer se acercaban enemigos de los misioneros. Reunió el padre, en una consulta improvisada, a los jóvenes que vivían con él en la "Casa de Dios", y éstos le sugirieron que escapara aprovechando la proximidad del río. Aceptó el misionero la propuesta y los despidió; pero cuando iban a salir retrocedieron, porque vieron en el río una embarcación que, por sus trazas, era de las utilizadas en la captura de cristianos. Fray Francisco les dijo que se pusieran a salvo del modo que vieran más fácil y seguro. Él, por su parte, intentó salir por la puerta trasera; pero ya era tarde: la casa se hallaba rodeada y

las puertas estaban vigiladas. El siervo de Dios se retiró a una habitación interior, se puso en oración y se encomendó de manera especial al patriarca San José. No tardaron en entrar en la casa algunos esbirros, destrozando cuanto hallaban a su paso. Al ver que no había otra solución, y que los asaltantes sabían bien qué buscaban, fray Francisco abrió la puerta de la habitación y se presentó ante ellos diciendo:

—Aquí estoy.

Inmediatamente lo asieron y, tras atarle los brazos, lo condujeron a la embarcación, donde lo dejaron bien amarrado, mientras se dedicaban a apresar a los otros cristianos. Cuando regresaron con sus prisioneros, fray Francisco se dirigió al bonzo que capitaneaba a los esbirros, en el que había reconocido a Thay Thin, el gran enemigo de los cristianos, y enérgicamente le apostrofó:

—Si ya me tienes a mí preso, ¿por qué detienes a éstos? Ponlos en libertad.

El tono con que lo dijo surtió efecto, y el grupito de cristianos quedó libre.

El bonzo, alegre por la presa que acababa de capturar, ordenó el regreso a su casa. Por el camino preguntó a su prisionero si sentía miedo. El padre le contestó con serenidad que nada temía referente a su propia persona, sino sólo lo que pudiera ocurrirle al pueblo de Luc Thuy. El perverso bonzo aprovechó la ocasión para insultar a placer al pobre e indefenso prisionero, que, naturalmente, ni siquiera se dignó responderle. Así llegaron a Thuy Nhay, donde el bonzo

tenía su residencia. Como la calzada que subía a la casa estaba muy encharcada y resbaladiza, quisieron llevar a hombros al atado misionero; pero éste se opuso tenazmente y subió como pudo. Una vez en la casa, tras darle algo de comer, le encerraron en una habitación. Estuvo en ella un par de días, en los que sufrió un fuerte acceso de fiebre, con intensos escalofríos, que le dejó muy postrado y le quitó las ganas de comer.

Ahora bien: los cristianos no tardaron en percatarse de que el bonzo había actuado sin autoridad, por lo que decidieron librar al misionero como pudieran. En principio pensaron utilizar la fuerza, mas la noticia se corrió y llegó a oídos del bonzo, que se atemorizó. Alrededor de medianoche entró en la habitación del prisionero, espada en mano y en actitud amenazante, acompañado de dos jóvenes. Pensó el siervo de Dios que iban a degollarle, y se preparó para morir con un fervoroso acto de contrición, acompañado de actos de fe, esperanza y amor de Dios, y esperó. El bonzo se limitó a atarle, mientras le decía:

—No temas que te cause daño: lo que hago es de cara a los cristianos.

No era el bonzo aquél de los que renunciaban con facilidad a un buen rescate. Sabía lo que el misionero europeo significaba para los cristianos, y para soltarlo pedía una cantidad exorbitante, imposible de recoger en aquella pobrísima cristiandad.

Los cristianos decidieron intentar algo más por la fuerza, y organizaron un asalto; pero se equivocaron de casa y el golpe falló. Acudieron a otro recurso:

como el bonzo había actuado al margen de la ley, y era notorio que lo movía el afán de dinero, lo denunciaron ante el mandarín-gobernador, subprefecto de Vi Hang, en la Provincia Meridional. El bonzo, al ver que no conseguía el dinero, para disimular el atropello e inquietar a los cristianos simuló haber recibido orden de enviar el prisionero a la corte: confiaba en que los cristianos pagarían el rescate pedido, para lo que indicaba una fecha tope. Al amanecer el día fijado desató al prisionero, y, después de haber comido, volvió a atarlo para llevarlo a un lugar donde se había preparado un simulacro de interrogatorio oficial. Un ministro fingido que los esperaba, rodeado de mucha gente, simuló dar órdenes de preparar las embarcaciones que iban a llevar al prisionero a la corte. Como el traslado iba a tener lugar al atardecer, quiso interrogar al misionero sobre la fe que predicaba y su contenido, y el santo varón, con su tosco tonkinés, intentó ilustrarle. Mientras esperaban, los visitó Tri Ba, el hijo primogénito del bonzo, y al ver al pobre prisionero exhausto de calor y sin abanico para aliviarse, le dio el suyo, que aunque viejo no dejaba de ser útil. En su relación dice fray Francisco: "Que Dios se lo pague." Entre unas y otras cosas cayó la noche. El santo prisionero no fue rescatado porque los cristianos no podían; pero tampoco partieron hacia la corte, porque todo era pura comedia, y de nuevo fue llevado a la casa del sacerdote idólatra.

Después de la cena el bonzo permitió, por vez primera, que el secuestrado se sentara en un pequeño

taburete, pues hasta entonces no se había podido sentar más que en el suelo: la guardia no le dejaba ni de día ni de noche, turnándose jóvenes y viejos. Dentro de un trato que quería ser humanitario para no perder su presa y poder recibir el rescate, el maligno Thay Thin aprovechaba todas las ocasiones posibles para mortificar a su cautivo. Aquella misma madrugada le despertó y mandó que le siguiera a otra casa. Ya en ella, algunos hombres metieron al prisionero en una especie de red que utilizaban para trasladar personas, y, a través de caminos inhóspitos y espesos cañaverales, lo llevaron al templo del ídolo, y sin luz, a tientas, lo depositaron sobre una estera, en la que pasó dos noches y un día. Esto le ocasionó un nuevo y violento acceso de fiebre. Lleváronlo de nuevo a la residencia del bonzo y lo dejaron encerrado como las otras veces. Prepararon la visita de un pseudocristiano que le aseguró que pronto sería liberado, y que le entregó, como obsequio de una piadosa cristiana, un sobrecito con unos polvos, cuya finalidad no ha podido ser descifrada.

A pesar de todo, el padre confiaba en su liberación. Al día siguiente, a primera hora de la mañana, se oyó un ruido seco, como de un disparo de fusil: era la señal de la llegada del mandarín Dât Cou Haû, ante el cual los cristianos habían denunciado la indigna maniobra del bonzo Thay Thin. Al ver fray Francisco que algunos cristianos abrían la puerta de la habitación donde le tenían secuestrado, pensó que iban a liberarle; pero estaban en el Tonkín, y las cosas no eran tan

sencillas como parecían a simple vista. Acto seguido advirtió su error, al ver que los cristianos hacían grandes reverencias al mandarín y que a él le sacaban de la casa bien atado. De momento el mandarín mandó que fuese llevado a su propia embarcación, fondeada en el embarcadero de Cho Cat, donde estuvo un día. Por la tarde hubo cierta alarma, pues se temía un asalto por parte de los cristianos para libertar al prisionero. No fue así. El siervo de Dios tuvo que ver cómo hacían preparativos para emprender la navegación, con rumbo desconocido para él. Con ello se desvanecían las últimas esperanzas de liberación por parte de los hombres.

La partida fue al día siguiente, y al anochecer llegaban a la residencia del mandarín en Vi Haong. Como el río se había desbordado, la casa aparecía rodeada de agua. El mandarín dispuso que el prisionero fuese llevado a hombros y depositado en el cuerpo de guardia. Lo desataron; pero cierto soldado perverso en cuanto lo veía desatado volvía a amarrarlo cruelmente. Allí estuvo cuatro o cinco días. No tuvo más consuelo humano que el de la mujer y los hijos del mandarín, que, compadecidos del pobre prisionero, le preguntaban a menudo sobre la fe cristiana y sobre su patria, con interés y deseos de ayudarle. Al ver que comía poquísimo, creyeron que no le gustaba aquella comida, y le preguntaban qué prefería, pues harían lo posible por complacerle; pero la verdad era que el santo varón había perdido por completo el apetito.

Uno de sus domésticos se atrevió a visitarle, y le llevó una carta del Padre Vicario, en que le exhortaba a conformarse con la voluntad divina, y una camisa vieja, pero limpia. Así pudo mudarse la elemental ropa que llevaba, y que es fácil imaginar en qué condiciones se hallaba. La compasiva señora mandó que inmediatamente le lavaran la camisa sucia. El estado lastimoso de su estado físico inspiraba lástima, no cabe duda; pero su gentileza, su discreción y la aceptación generosa de la adversidad causaban admiración.

Cuando en Manila se enteraron de la prisión del sirvo de Dios se llevaron una gran sorpresa: aquella parte era tenida por la más cristiana, la que inspiraba mayor confianza y donde más seguros se encontraban los misioneros. Había que ir acostumbrándose a la idea de que el Tonkín era más duro de lo que pensaban en la plácida y cristiana Manila. Indudablemente, la malévola intervención de Thay Thin tuvo su parte de culpa, pero no debe olvidarse lo que pudo haber de especial permisión de Dios para demostrar la grandeza del temple y de la fortaleza de fray Francisco Gil de Federich. Sus aventuras rozan los límites de lo inverosímil y de lo novelesco. Tenemos de ello el valiosísimo testimonio del propio Francisco, cuya situación en aquellos momentos no era la más a propósito para escribir ni inventar novelas. Los cristianos seguían confiando en la promesa que les había hecho Dât Cou Haû de devolverles el estimado prisionero; pero el hábil mandarín difería constantemente su cumplimiento: primero les había dicho que cuando llegaran a Cua

Vuong, y después, que al arribar a la corte. De modo que no tuvieron más remedio que ponerse todos en camino hacia la corte real.

La víspera de la salida, un tal Ou Cuong Luan hizo llegar al prisionero un frasquito de agua de limón. No debió de fijarse de dónde sacaba el agua, pues pocos momentos después de ingerirla sobrevino a fray Francisco un fortísimo acceso de fiebre y de escalofríos, que le duró varios días. A la hora de salir, el enfermo estaba postradísimo, y, como los alrededores de la casa seguían inundados, tuvieron que trasladarlo a hombros hasta la embarcación. Emprendieron un viaje de cuatro días, durante los cuales la fiebre se cebó en el pobre enfermo, incapaz de alimentarse, pues, aparte de la falta total de apetito, el estómago en rebeldía se negaba a recibir cualquier clase de alimentos, devolviéndolos violentamente. Al llegar a Hieu, la metrópoli, el 17 de agosto, el mandarín mandó que le dieran dos medicinas; pero, al ver que la primera no daba resultado alguno, el enfermo no quiso tomar la segunda.

El mandarín ordenó conducirlo a su casa y depositarlo en el cuerpo de guardia. Allí estuvo cuatro o cinco días, sobre una estera, casi todo el tiempo fuera de sí a causa de la altísima fiebre que le dominaba. Fueron a visitarlo algunos cristianos, personas notables, y lo encontraron echado bajo el lecho de un soldado, como un vulgar malhechor o un abyecto mendigo, expuesto a las inclemencias del tiempo, cubierto con una sencilla túnica bastante corta, empapado de sudor

y con el rosario al cuello. Uno de ellos, llamado Antonio Kuong, médico de profesión, le preguntó si deseaba algo. El siervo de Dios hizo un gesto negativo con la cabeza. Entonces el médico compró un coco a la esposa de un nieto del gobernador, para que al menos el líquido de aquella fruta aliviara algo el malestar del enfermo. Los guardias, desconfiados, obligaron antes al médico a probar el líquido, pues no les interesaba que pudieran envenenarlo. El enfermo apenas se percataba de cuanto ocurría a su alrededor; pero se le veía risueño y, en cierto modo, tranquilo. Por poco que pudiese, aprovechaba la ocasión para anunciar el Evangelio.

Ante aquel estado de cosas y los temores que inspiraba la salud del enfermo, Dát Cou Haù se apresuró a diligenciar la correspondiente denuncia contra el bonzo Thay Thin, acusándolo de haber descubierto en su casa a un "maestro de la ley portuguesa", como denominaban a los ministros de la religión cristiana. La acusación estaba redactada en los términos siguientes: "Fui y vi en la ciudad de Thuy Nhay que un cierto Thay Thin alimentaba a un maestro de la ley portuguesa, llamado Francisco, en su propia casa, con los utensilios de la religión. Lo apresé, y ahora entrego su persona y sus utensilios al magistrado regio." Para el bonzo aquello era la mayor ofensa que se le podía inferir, y además resultaba muy peligroso: aparecía como colaborador de los cristianos. Tenía, pues, que buscar una coartada.

Thay Thin inició una contraofensiva. A una per-

sona ambiciosa y avara como él, el castigo de una fuerte multa le asustaba más que la misma ofensa inferida en la acusación. Aprovechando su amistad con un eunuco real, presentó ante el rey, en defensa propia, las razones que le habían impulsado a obrar de aquella manera aparentemente incorrecta. Su alegato contenía una denuncia contra el subprefecto, al que acusaba de estar en connivencia con los cristianos para entregarles el misionero y sustraerlo a la justicia real. El bonzo aseguraba que, para evitar esto, se había tomado la libertad de apresarlos personalmente, para entregarlos al tribunal supremo. El golpe estaba bien preparado, y Dât Cou Haú se vio en la imposibilidad de cumplir la palabra dada a los cristianos de devolverles el prisionero, y no tuvo más remedio que entregarlo a la justicia real por propia iniciativa, a fin de demostrar la sinrazón de la acusación de Thay Thin. Los cristianos, en cambio, perdieron la última posibilidad de recuperar a su padre en la fe.

En aquel revuelto estado de cosas, algunos cristianos se hacían pasar por servidores de los ídolos y acusaban al bonzo de pretender hacerse cristiano, por lo que se había llevado al misionero a su casa para que catequizara a toda la familia. Se produjeron una serie de réplicas y contrarréplicas, verdades, medias verdades y auténticas falsedades, que lo embrollaron todo, transformándolo en un rompecabezas de difícil solución. Que el deseo de libertarlo indujera a algunos cristianos a simular una apostasía, esperando con ello

salvarlo, tuvo que constituir un motivo de gran pena para la delicada sensibilidad del siervo de Dios.

El viaje completo hasta la corte duró unos diez días, la mayor parte por vía fluvial, desde Thuy Nhay hasta Hanoi. El gobernador de allí, que se llamaba Don Thu, interpeló al prisionero:

—En este reino está prohibida la religión cristiana. ¿A qué has venido?

El santo varón se limitó a contestar:

—He venido para libertar a las almas de la perdición.

El gobernador objetó:

—Si el rey te degüella, ¿qué harás entonces?

Fray Francisco respondió sencillamente:

—Si el rey me degüella, alegre lo sufriré.

Se dispusieron las cosas para celebrar el proceso, aunque en realidad no hacía falta. Se trataba de una sola acusación: el ser maestro de la ley portuguesa, y este “delito” ya tenía su pena bien determinada. Por tanto, el juez se limitó a ordenar que fuera llevado a la cárcel de Ba Mon. Después de tres o cuatro días de estancia en la casa del mandarín, en el cuerpo de guardia y echado sobre una estera, fue llevado en hamaca a aquella cárcel. El siervo de Dios, casi sin sentido a causa de la altísima fiebre que le aquejaba, apenas se percataba de lo que ocurría. De todos modos, no lo metieron en la cárcel, sino que lo dejaron en el cuerpo de guardia, y pasó aquella noche en tierra, bajo los lechos de los soldados. En la cárcel tuvo como compañero al fingido mandarín que le había apresado

con Thay Thin. Como la segunda mujer del mandarín, que era cristiana, le enviaba comida, y el santo comía poquísimos, se lo daba casi todo a su compañero, que estaba purgando su atrevimiento como si fuese un cristiano.

Aunque resulte inconcebible, el estado de ánimo de Francisco era inmejorable. En un rato de lucidez escribió a su Vicario: "Creo que Dios me dio aquellas calenturas para que padeciere algo por su amor, porque las demás penalidades e incomodidades de la prisión las tenía como cosa de juego; y tan lejos estaban de entristecerme, que antes me causaban notable gozo y las tenía por gran beneficio de Dios"¹⁵.

EN LAS REDES DE UN PROCESO AGOTADOR

El 30 de agosto de aquel infausto 1737, día que el santo prisionero celebraba siempre como el de Santa Rosa de Lima, muy querida en la Orden de Santo Domingo, los ministros de la cárcel oriental, la de Ngué Dou, sobornaron al secretario de justicia y al jefe de la cárcel de Ba Mon para que el ilustre preso fuera trasladado a aquélla, con el pretexto de que estaría mejor guardado y vigilado. Por supuesto, el verdadero motivo era que esperaban conseguir jugosas ganancias de los cristianos. Todo quedó arreglado en un día, y el secretario consignó el preso europeo a la

15. Sempere, op. cit., pág. 170.

otra cárcel. Caro lo pagó el hombre de Dios, que para nada había intervenido en la transacción, pues, desechados los ministros de la prisión de Ba Mon al ver que se les escapaba de las manos la posibilidad de sacar provecho de la presencia de un misionero muy querido por los cristianos, lo despojaron de la poca ropa que llevaba, dejándolo sólo con la túnica corta y los calzoncillos. Y en aquel denigrante estado fue trasladado a la otra prisión.

Mientras se formalizaban las diligencias de entrega y recibo del prisionero, el siervo de Dios, cargado de grillos y cadenas, fue dejado en plena calle, bajo un árbol, expuesto a toda clase de vejaciones. Sumamente desagradable para él resultó la actitud de la chiquillería ociosa e irresponsable, que, con el propósito de burlarse y divertirse a su costa, hacían crucecitas de caña que con desprecio le arrojaban a la cara. Por más que el santo, semiinconsciente por la mucha fiebre, apenas se percataba de lo que le hacían, no dejaba de advertir la afrenta que cometían, y, en cuanto le era posible, recogía aquellas cruces, las besaba y las deshacía. Muchas veces fue sometido a este tipo de escarnio a lo largo de su prolongado cautiverio, y aunque al cristiano de hoy pueda tal vez sorprender el empeño de fray Francisco en reverenciar y desagraviar, en cierto modo, la cruz del Señor en circunstancias tan extremas, conviene tener presente que el santo varón sabía que estaba siendo observado por muchos cristianos disimulados, y que todos sus gestos eran cuidadosamente analizados. A pesar, pues, de lo

postrado que le tenía la fiebre y del estorbo de las cadenas, él seguía dando un testimonio sumamente aleccionador.

Dada su extrema debilidad, sus molestias físicas y tanto sufrimiento moral, no podía evitar algún desfallecimiento e incluso pérdida de sentido de vez en cuando, hasta el punto de inspirar lástima a los mismos carceleros y a los demás presos. Es impresionante el recuerdo que le quedó de aquellos momentos: "Allí dicen que bebí dos tazas de leche de coco, que un doméstico mío había dispuesto y dio a una mujer cristiana que tenía entrada con dicho mandarincillo; después me entraron en la cárcel y unos presos me cocieron *cha* [té], y la mujer me trajo un vestido que el *ou-kishuong* [doméstico] le había entregado, y yo de esto nada me acuerdo, pues estaba fuera de mí, con la calentura."

En aquella cárcel, a pesar de no recibir medicación alguna, encontró cierto alivio, debido al cambio de aguas, con lo que se inició una lenta recuperación de su salud. Por desgracia, las paredes de la prisión eran de cañas, entre las que se colaban todos los fríos y todos los vientos. El siervo de Dios, débil en grado sumo y poco acostumbrado a las corrientes, no conseguía quitarse de encima los resfriados, y la fiebre seguía en alza. Su estado se agravó de tal manera, que llegó a temerse por su vida.

Alarmados los cristianos, requirieron la ayuda de aquella piadosa cristiana, que tenía cierta libertad de movimientos, para introducir en la cárcel al padre

Nghai, sacerdote annamita, como un médico que fuera a visitar a un enfermo para ver qué se podía hacer por él. El padre Francisco aprovechó la ocasión para confesarse, lo que le significó un gran consuelo espiritual. Al tercer día, aquellos esbirros metieron al padre en el cepo y le cargaron de grillos, y dijeron a los cristianos que si querían pasarle comida y librarle de aquel castigo tenían que darles cierta suma de dinero. Los cristianos accedieron, y así el padre dejó de ser maltratado, con lo que mejoró notablemente, superando poco a poco las fiebres.

La buena mujer cristiana que hacía de intermediaria, cuyo nombre era Ba King, recibió amenazas de ser denunciada y sintió temor. Sin embargo, se arriesgó a confiar el cuidado del santo prisionero a una viuda gentil, de buenos sentimientos, de cincuenta y cinco años de edad, y que vivía cerca de la cárcel. En aquel ambiente las mujeres infundían pocas sospechas, y, consideradas inferiores en la escala social, poseían una libertad de movimientos de que carecían los varones. Así, con facilidad eran autorizadas a entrar en las cárceles y a prestar sus cuidados a los presos. Con fray Gil de Federich se dio el caso, posiblemente único en la historia, de que un cristiano y europeo se viera atendido durante años por una infiel, con un cuidado y un esmero inmejorables.

Ba Gao, aquella buena mujer, había tratado con anterioridad en la cárcel a cuatro padres jesuitas, martirizados hacía poco. Simpatizaba, por tanto, con la fe cristiana, sobre la que poseía alguna instrucción, y,

aunque no estaba bautizada ni había concluido la catequesis, deseaba, al parecer, recibir el bautismo. Aceptó, pues, de buen talante el encargo, y fue eficacísima en su labor, a pesar de las burlas de una hermana suya que no aprobaba sus sentimientos filantrópicos. Ba Gao fue muy hábil y consiguió que permitieran al prisionero Francisco Gil de Federich salir de la cárcel y estar algunas horas en su casa, que, como es fácil comprender, los cristianos aprovechaban con avidez para consultar al padre y recibir los sacramentos.

El santo misionero contaba con bastante tiempo para el estudio, punto en el que nunca falló. Carecía de libertad para desplazarse, pero no para dejar volar su inteligencia hacia el análisis de la *sacra Pagina*, así como para profundizar en el conocimiento religioso del alma annamita, para mejor propagar el Evangelio de Cristo. Llegó a ser un verdadero perito en ambas cosas. Cuenta con gracia al padre Ponsgrau que cuando se ponía a escribir se le acercaban los soldados y le preguntaban qué escribía, y se lo hacían leer y traducir. Para el santo aquello resultaba incluso divertido: les decía que escribía para distraerse, les leía lo escrito, y, ante sus caras de asombro, les traducía lo que convenía que supieran.

La estancia de Gil de Federich en la cárcel comenzó a cambiar de signo. Los superiores le hacían llegar los libros que deseaba. Entre los misioneros era voz común la seguridad y solidez de doctrina del padre Francisco. Dotado de aguda inteligencia, como dice el padre Ponsgrau, "a natura excellenti ingenio praedi-

tus", era cada vez mayor el número de misioneros y hasta de gentiles que iban a consultarle: la casita de Ba Gao se había transformado en un centro de peregrinación. A su incuestionable preparación remota había que añadir la riqueza de su preparación próxima. En el estudio "assidue se exercebat", hasta el punto de convertirse en una verdadera autoridad. Para los misioneros fue la gran solución: "Saepe consultus sapientissime subtilissimis rationibus omnibus satisfaceret." Alcanzó al mismo tiempo un elevadísimo grado de conocimiento de la escritura y del pensamiento chinos, cuyos libros entendía perfectamente, y el sentido de los cuales explicaba con satisfacción de todos. Cristianos y gentiles tuvieron que reconocer que se hallaban ante un caso excepcional. Y a pesar de que se sabía condenado a muerte de no mediar una especial intervención de Dios, no perdió ni la paz, ni la serenidad. La mejor manera de prepararse para la muerte fue aprovechar al máximo en vida los dones que Dios le había dado: soberana lección de humanismo cristiano, utilizar los dones recibidos hasta el final y en servicio de los demás. Tanto vicarios apostólicos como los más modestos misioneros recibieron palabras de orientación y consuelo que nunca pudieron olvidar. Encadenado el cuerpo, el espíritu volaba muy arriba. Su poder de convicción rayaba casi en lo sobrenatural. Para poder servir a todos, cristianos y gentiles, el padre Francisco Gil seguía orando, estudiando y sufriendo, y cada cosa cumplía con su función propia.

El día 1 de noviembre de 1737 debía presentarse fray Francisco por vez primera ante el tribunal. Suponía el padre que el interrogatorio se dirigiría especialmente a averiguar dónde había sido capturado, ya que sobre el lugar y las personas que en él habitaban recaían graves penas. Si decía que lo habían apresado en Luc Thuy, perjudicaría mucho a los cristianos del pueblo: en realidad, allí había sido secuestrado, no capturado legalmente. Si afirmaba que había sido en casa del bonzo Thay Thin, podría perjudicar al sacerdote de los ídolos, al que por otra parte ya había perdonado generosamente. Tendría que ir con cuidado. En su espíritu luchaban sentimientos encontrados: el amor a la verdad y el amor al prójimo y enemigo. El santo no quería dañar a nadie, ni siquiera a un infiel que le había secuestrado. Por su mente rondaba la idea de que lo mejor sería callar. Consideraba una gracia de Dios haber sido preso, y estaba contento.

Atado con cadenas, fue conducido ante el tribunal, que se hallaba en la parte opuesta de la ciudad, por lo que tuvieron que atravesarla en muy molestas condiciones. Llegados al lugar, le dejaron en la plaza pública, en espera de que fuese llamado. Allí se repitieron las burlas y los vituperios, con el despectivo lanzamiento de crucecitas de caña, que el buen padre recogía con amor y respeto, besaba y deshacía. Cuando llegó la hora, el preso fue introducido en la sala del tribunal: allí estaban presentes Thay Thin y otros tres de Luc Thuy, cristianos conocidos del misionero. Ordenaron al padre que señalara con la mano a aquel

en cuya casa había sido apresado. Fray Francisco señaló al bonzo, y añadió que nunca había estado en casa de los otros tres, como era la verdad. El juez, que deseaba favorecer a los de Cou Chuong Luan y Luc Thuy, mandó que salieran todos fuera, y comenzó el interrogatorio:

—¿De dónde eres tú?

—Del reino de España.

—¿Cuánto tiempo hace que estás en el reino del Tonkín?

—Unos dos años.

—¿Quién salió a recibirte?

—No recuerdo el nombre.

—¿Dónde has estado estos dos años?

—No he tenido morada fija, sino que he ido discurriendo de acá para allá.

—¿Quién te prendió y te trajo a este tribunal?

—El mandarín que me ha enviado a este tribunal.

—¿En qué casa te prendió?

—En la de Thay Thin.

—¿Cuántos días estuviste en dicha casa?

—Diez u once.

—¿Y le enseñaste la ley cristiana?

—No.

—¿Pues qué hiciste allí?

—Hice otras cosas que no importa saber.

El secretario que registró las respuestas se tomó la libertad de enmendar algunas, como la de decir que estuvo dos años en casa del bonzo, detalle del que el padre se enteró un año más tarde. Dieron por termi-

nado el interrogatorio y lo citaron para el día siguiente. Fue devuelto a la cárcel, acompañado de los soldados y de las burlas acostumbradas.

Al día siguiente, con el mismo ceremonial y las consabidas molestias de toda clase, fue de nuevo conducido ante el tribunal. Era un día de bochorno, y las piedras y el polvo de los caminos ardían. Al llegar se les comunicó que aquel día el tribunal no actuaba. Tuvieron que emprender el camino de vuelta bajo un sol implacable, y con el mal humor de los soldados. Éstos, al pasar ante un templo idólatrico dedicado a los progenitores del rey, exigieron al padre que se descubriera e hiciera una reverencia. Como era de esperar, se negó rotundamente, con lo que los desalmados esbirros tuvieron ocasión de ensañarse con el prisionero, al que maltrataron e injuriaron. Desde el día anterior los grillos le habían perjudicado mucho los tobillos, abriéndole llagas, porque se apoyaban sobre carne viva. Entre el sol, las largas caminatas y los grillos, el pobre preso padecía horriblemente: se resintió su naturaleza, ya debilitada de por sí, y, no pudiendo soportar el sufrimiento, tuvo un síncope y se desmayó. Quince días estuvo postrado sin poder moverse, y todo el cuerpo se le cubrió de una gangrenosa erupción cutánea. Sin embargo, el siervo de Dios no dió muestra alguna de impaciencia, ni de falta de resignación: recorría gustoso su calvario, y se decía que tenía más motivos para dar gracias a Dios que para lamentarse.

Ba Gao y su hermana se desvivieron por atenderle,

y puede creerse que le salvaron la vida. Con el pretexto de que había necesidad de bañarlo, consiguieron que le dejaran pasar algunos días con sus noches en su casa. Estos favores costaban buenas propinas, que eran aportadas por los cristianos. Junto al prisionero había siempre un guardia, al que el misionero procuraba tener contento con pequeñas atenciones y regalitos, y la cosa marchaba. Con todo, el santo deseaba que el proceso terminara cuanto antes, por más que sabía que la sentencia sería la de pena capital. En el fondo de su corazón esperaba y deseaba consumir el sacrificio cruento de su vida; pero antes tenía que desgranar cuenta a cuenta el rosario de grandes sufrimientos que la Providencia tenía señalados, y que él aceptaba con gusto.

Cosa de un año transcurrió en aquella incertidumbre angustiada y agobiante. Los miembros del tribunal, que nunca tenían prisa, con la enfermedad del reo encontraron excusa para ir retardando la resolución del proceso. Así terminó el año 1737 y llegó 1738. En el mes de enero finalizaba el año lunar tonkinés, y era costumbre que se cerraran todos los procesos incoados durante el año anterior. Gil de Federich esperaba que llegaría el término del suyo, y tendría ocasión finalmente de derramar su sangre en testimonio de la fe cristiana.

A la casa de Ba Gao acudían a menudo cristianos y algunos sacerdotes tonkineses. Fray Francisco aprovechaba gustosamente la ocasión para confesarse con éstos. Los cristianos, en cambio, iban a confesarse con

él. Como el misionero se hallaba fuera de su territorio jurisdiccional, necesitaba licencias ministeriales del Ordinario correspondiente para administrar los santos sacramentos. Hizo llegar una petición al Vicario del Tonkín Occidental, monseñor Hilario de Jesús, quien le concedió gustosísimo toda clase de licencias, y además quiso nombrarle párroco de aquel lugar. Honor y responsabilidad que el siervo de Dios declinó, por considerar que no le era posible cumplir debidamente: veíase con los pies atados y a merced de unos soldados que no inspiraban confianza alguna; haría lo que pudiera, pero sin obligación canónica. El Vicario, por su parte, le envió los santos óleos para que pudiera administrar toda clase de sacramentos. De manera tan pintoresca pudo dedicarse, con las restricciones impuestas por su prisión, al ministerio sacerdotal entre los que le visitaban, que, por cierto, eran cada vez más.

La experiencia pastoral en la cárcel le enseñó muchas cosas: una de ellas fue que no podía fiarse de todos los que le pedían el bautismo, por lo que decidió no bautizar a ningún adulto de no ser en peligro de muerte. Las muestras de conversión sincera eran tan débiles, que prefirió ignorarlas. Aun así, en la carta escrita al padre Ponsgrau expresa cierto temor a haberse equivocado, y confía en el perdón de Dios.

En marzo de aquel 1738 sufrió una grave inflamación de hemorroides, que le ocasionó grandes molestias y la pérdida de mucha sangre. También en esta ocasión llegaron a temer por su vida, pues volvió a

quedar inapetente. No podía acostarse más que de un lado, y a costa de muchos trabajos y sufrimientos. Él, empero, lo llevaba con el gozo espiritual de siempre, y cuando algunos le compadecían les reconvenía:

—Déjense de hablar, que esto no es mucha pena: conviene padecer fuertemente por Dios.

En una grave afección catarral, llevada con la conocida paciencia, los accesos de tos llegaron a ser tan vehementes que parecía que iba a ahogarse. De buena voluntad, algunos le aconsejaron diversas medicinas, que no sirvieron para nada. Una de las buenas mujeres que le asistían insinuó que dejara de tomar medicinas, pues así se moriría más pronto e iría antes al cielo. El santo varón de Dios respondió, con toda prudencia:

—Yo luego tomo las medicinas para alargar la vida, a fin de que con mayor éxito pueda llegar al martirio, que es el único objeto de mis deseos; y este trabajo no te aflija, que lo padezco con gusto en obsequio de mi Dios.

Tenía bien claro que ni con la salud ni con la voluntad divina se puede jugar. En todos los aspectos de la vida hay que hacer lo humanamente posible, y dejar lo demás en manos de Dios. Y la vocación de mártir no iba a ser una excepción.

El 24 de junio escribió a su compañero y buen amigo, entonces Vicario Provincial, padre Ponsgrau: “En el año pasado, por haber venido el embajador de China a dar el título de rey al señor de este reino, no me sentenciaron a muerte; y por esto, y por los padres

[dominicos], que contra mi parecer procuraron con dinero y promesas que el rey me diese el destierro, me han dejado todavía con vida; este año aún no sabemos cuándo sucederá. Yo creo que si mis ingratitudes con Dios no lo impiden, o en septiembre o en enero próximo me decapitarán. El Señor, por su infinita misericordia, sin hacer caso a mis iniquidades, me ha dejado llegar a esta suerte, que espero conseguir por su misma misericordia." No podía forjarse ilusiones, ni lo pretendía. Dos veces había pasado por el tribunal, sin ni siquiera haber sido interrogado. La sentencia tendría que basarse, pues, sobre el primer interrogatorio. Pero, mientras tanto, debía seguir esperando.

Los rumores sobre el futuro de Gil de Federich resultaban muy confusos. Un mandarín, íntimo amigo del rey, había hecho llegar a los padres la noticia de que con el dinero adelantado y lo que faltaba se conseguiría del rey que le conmutara la pena de muerte por la de destierro, con lo que salvaría la vida. El padre Francisco sabía de sobra que sería muy difícil conseguir la cuantiosa suma pedida. Llegado enero, le habían vuelto a decir que su caso no tenía solución, y que sería condenado a muerte. Supo, además, que uno de los principales mandarines, comentando el asunto con una tía suya, había afirmado que la suerte del misionero europeo sería la misma que la de los cuatro padres jesuitas ejecutados el año anterior. Todo aquello animaba mucho al siervo de Dios, pues veía

cada vez más cerca el martirio por el que tanto suspiraba.

Por fin los magistrados dictaron sentencia. En ella se ratificaba la prisión del misionero europeo, mientras que Thay Thin y su hijo eran condenados al servicio en los establos de los elefantes del rey durante seis meses: era el castigo más humillante y denigrante que se podía imponer en el Tonkín, pues representaba algo parecido a una muerte civil. La sentencia, con fecha 10 de julio de 1738, fue firmada por el rey el 12 de setiembre; el tribunal la visó de nuevo el 6 de noviembre, y el 22 del mismo mes se dio la orden de ejecutarla. El bonzo, furioso, apeló, y por tanto la sentencia tuvo que quedar en suspenso hasta que se hubiera revisado el proceso. Los trámites y la revisión duraron varios años. De nuevo, pues, le tocó esperar a fray Francisco Gil de Federich.

Mientras tanto, la original situación del preso se había estabilizado. Desde el mes de agosto de aquel agitado 1738, aprovechando la moderación de su régimen carcelario, había dispuesto que un sacerdote annamita celebrara la eucaristía en casa de Ba Gao, y así podía recibir la sagrada comunión. En cuanto le llegó la autorización del Vicario Apostólico, solicitó del Vicario Provincial que le enviara ornamentos y libros litúrgicos, con los correspondientes utensilios sagrados para poder oficiar él mismo la santa misa. Después de tanto tiempo tuvo la satisfacción de celebrar personalmente una eucaristía, el día 6 de octubre, fiesta de Nuestra Señora del Rosario. A partir de aquel momen-

to pudo ampliar mucho más su radio de acción evangelizadora y ministerial, algo que un año atrás habría sido impensable.

La relación del siervo de Dios con las dos hermanas paganas que le cuidaban era cordial, con notas pintorescas. Un día no le dejaron entrar en casa porque estaban muy ocupadas en los actos de culto a su ídolo y a los antepasados. Huelga decir que fue muy bien recibido en otra casa. Ba Gao se compadeció, y al día siguiente le permitió entrar, aunque continuaba ocupada en sus cultos ancestrales. Cuando Francisco le aseguraba que ella se hallaba en un error religioso, la buena mujer lo tomaba a broma y le replicaba que cuando el rey abrazara la fe cristiana, ella también la abrazaría. Si él le dirigía alguna suave chanza sobre los preparativos que la veía hacer para honrar a sus antepasados, ella lo llevaba bien y se reía. Sucedió que enfermó la hermana de Ba Gao, y ésta lo atribuyó a un castigo de su ídolo por haber permitido entrar en su casa a un maestro de la ley portuguesa. La pobre entonces no le abrió la puerta en cinco días. Como la enfermedad se agravara, el misionero se consideró en el deber de ir a visitar a Ba Gao y hacerle ver, sin bromear, el poco provecho que sacaba de sus supersticiones. Insistió en que si no quería convertirse, que al menos gastara el dinero que empleaba para el ídolo en comprar medicinas, que siempre serían de mayor utilidad. Encargó a uno de sus jóvenes que estuviera al tanto y ayudara a aquella mujer a la que tanto debía. En otra visita le pidió la

enferma que rezara por ella, porque tenía pesadillas nocturnas que la hacían sufrir mucho, y las atribuía al diablo. Rezó fray Francisco algunas oraciones sobre ella, y las molestas pesadillas desaparecieron. Un mes antes de su muerte, la mujer pidió el bautismo. Dudaba el siervo de Dios de que se tratara de una conversión sincera, y no se decidía a bautizarla. Ba Gao abogaba en favor de su hermana. Intuyendo la enferma los escrúpulos del misionero, le aseguró que, aunque viviese mil años, nunca renegaría de la fe. Por fin fray Francisco se decidió: la bautizó, y en pocos días le administró los otros sacramentos, hasta la unción de los enfermos. A las pocas semanas moría aquélla en la paz del Señor. “Creo que Dios le haya dado el paraíso”, escribió el santo prisionero. Ba Gao continuó su catequización y aprendizaje de las oraciones del cristiano, y poco después recibió también el santo bautismo, tomando el nombre de Rosa.

El 24 de noviembre, al enterarse de la sentencia definitiva, escribió fray Francisco a su Vicario Provincial dándole cuenta del contenido de la misma. No pudo decir más cosas en menos palabras: “He sido condenado a la pena capital. El Señor me concede llegar a tanta gloria.” En efecto, Dios le concedía la gloria del martirio, pero no tan pronto como él esperaba, pues el recurso de Thay Thin impidió que se aplicara la sentencia. El 15 de diciembre escribió a su compañero fray Mateo Alonso Leciniana, agradeciéndole las oraciones y sacrificios que se ofrecían a Dios por él, porque “ciertamente lo necesito mucho,

mucho; porque cuanto más tarda la ejecución de la sentencia, tanto más débil me siento. Quiera Dios, por el bien de mi alma y gloria suya, concederme el conseguir llegar a ésa, para que yo pueda corresponder a V. R. del buen recuerdo de mí, y salir del pecado y de las miserias de este mundo”.

Un proceso hartamente lento y largo, el recurso del bonzo y las inacabables e impertinentes guerras civiles que sacudían el reino del Tonkín pusieron a prueba el temple de un héroe y la paciencia de un santo.

Llegó el año del Señor 1739. En enero, último mes del año annamita, se ejecutaron las sentencias capitales dictadas durante el año que iba a terminar. Vio el siervo de Dios que la suya no se cumplía, y sabía muy bien por qué. En carta del 23 del mismo mes, con notas de aflicción y nostalgia, se desahogaba con su hermano y amigo íntimo padre Pedro Mártir Pongrau. De ella copiamos: “El primer día de la última luna ordenó el mandarín que no me hiciesen salir más; por lo que yo creí que hubiese llegado ya la hora del día 5, que fue el día de la ejecución de la sentencia de los condenados; mas Dios está muy ofendido de mis muchos pecados e ingratiudes. Por tanto, no obtuve todavía aquello que mi soberbia se había prometido. Pasado dicho día, de nuevo me han permitido salir.” Es admirable el talante de mártir que poseía nuestro héroe, pero no es menos notable su enraizada humildad evangélica, que veía en sus pecados la causa que le impedía recibir el suspirado mar-

tirio. Y uno no puede por menos de preguntarse, qué pecados serían aquellos que podía cometer en su situación de misionero de Cristo y prisionero por Cristo.

Por desgracia, los carceleros estaban dispuestos a cobrar muy cara la libertad que le facilitaban: necesitaban dinero, porque a fin de año tenían lugar los cultos a los antepasados, lo que les suponía notables gastos. Si los cristianos accedían a sus peticiones para favorecer el ministerio del misionero, sabían que cooperaban indirectamente a la superstición de los tonkineses, lo que para el prisionero no dejaba de constituir un problema de conciencia. Por otra parte, al venerable reo le convenía estar en casa de Ba Gao y pasar allí la noche, que era cuando él podía ejercer con comodidad su sagrado ministerio, cosa que los carceleros no desconocían. Además, los fieles acudían en número cada vez mayor, bien dispuestos a hacer frente a las extorsiones de los guardianes. Y esto durante meses y años. Es un testimonio elocuente de la fuerza que poseía la palabra viva de fray Francisco Gil de Federich, a pesar de sus cadenas y de la falta de libertad, y de la gracia que Dios derrochaba a través de las intervenciones de su ministro. Podía decir, con San Pablo, que la palabra de Dios no estaba encadenada¹⁶. El 11 de febrero, miércoles de Ceniza, a pesar de estar prohibidas las reuniones, asistieron veinte personas a la misa —no cabían más en la casa—, de las que trece comulgaron.

16. "Verbum Dei non est alligatum" (II Tim., 2, 9).

Malos tiempos eran aquéllos para el Tonkín, y en 1739 aún se agravaron. El país estaba dividido entre los partidarios de la dinastía Lê, considerada legítima, pero que desde hacía dos siglos mantenía un dominio puramente nominal, y la familia Trinh, que el año anterior se había hecho con el poder gracias al reconocimiento oficial del Celeste Imperio como rey del Tonkín. Las tentativas de la familia Lê para recuperar el trono derivaron en guerra civil, dando lugar a una situación caótica, con luchas violentas e inacabables que perjudicaban a toda la nación y fomentaban la formación de bandas de malhechores y ladrones, que, al margen de la actividad política, se dedicaban a desvalijar, robar e incendiar pueblos indefensos, asesinando impunemente. Absorbida la administración de justicia por causas más urgentes, difería atender otros procesos iniciados con anterioridad, y uno de los que sufrieron aquellas consecuencias fue el del padre fray Francisco Gil de Federich, europeo y maestro de la ley portuguesa, que se había infiltrado en el país y estaba actuando contra sus leyes.

El 20 de junio fue llamado otra vez a la sala del tribunal: lo único que les interesaba saber era dónde se había hospedado el misionero cuando lo capturaron. Mientras esperaba en la plaza pública se repitieron, según costumbre, las burlas de los muchachos, que se divertían haciendo cruces de palitos y tirándoselas al siervo de Dios, el cual las recogía respetuosamente, las besaba y las deshacía. Al observar que las besaba, algunos llegaron a la malicia de tirárselas llenas de por-

quería: el santo varón ni se inmutó. Uno de los magistrados, cínicamente, hizo lo mismo. El santo recogió la cruz, la besó, la deshizo y, con muestras de cortesía, devolvió los dos palitos al ilustre magistrado, que mostró gran irritación. Por fin hicieron entrar al reo y lo colocaron entre Thay Thin y los cristianos de Luc Thuy. El interrogatorio se desarrolló de esta manera:

—¿Cómo te llamas?

—Francisco.

—¿De qué lugar pasaste a casa de Thay Thin?
¿Dónde estuviste antes de ir a dicha casa?

—Hace ya cuatro años que vine a estos reinos; de ellos, dos llevo en la cárcel; los otros dos los he pasado predicando la santa ley, yendo de un lugar a otro, y no puedo manifestar en qué lugares estuve ese tiempo.

—Di a lo menos lo que dijiste el año pasado.

—Ya entonces lo dije; ahora no quiero hablar más sobre esta materia.

—Debes decirlo.

—No lo diré.

—Debes decirlo; si no, recibirás veinte mazazos.

—El ser cristiano no es culpa ni falta: no diré nada; si me golpeáis, lo sufriré.

—Sin embargo, en otra ocasión has dicho dónde y quién te había apresado; repite al menos lo que dijiste el año pasado.

—También ahora he dicho que he andado de acá

para allá, y ya no quiero hablar más sobre esta materia.

—Tú eres un embustero, y tu religión es falsa: por esto no quieres hablar más.

—No es por esto, sino porque no estaba obligado a decir lo que dije. Mi religión es muy verdadera, y vosotros no podéis probar que haya dicho algo falso.

Entonces intervino el bonzo Thay Thin:

—El padre no ha dicho mentira, ni siquiera ahora, sino la verdad, puesto que ha dicho... —y repitió cuanto había declarado el padre el año anterior.

El siervo de Dios manifestó:

—Confieso que el año pasado hablé aturdido y dije en todo la verdad; pero no estaba obligado a decir que Thay Thin me apresó en Luc Thuy. Ahora no quiero dar más explicaciones sobre esto, porque veo mejor que las preguntas del tribunal se dirigen a castigar al que me hospedó en su casa y a premiar al que me apresó, y esto es contra toda razón y justicia.

—¿Y el degollarte será también contra justicia?

—Sí, también lo será; pero si mandáis degollarme por la fe, yo me alegraré de ello.

Conmovidos los mandarines ante aquella inesperada respuesta, en la que pudieron apreciar el valor de la muerte por causa de la fe, se retiraron a deliberar. Después el juez insistió:

—La vida y la muerte de una de las dos partes está en tu mano; por tanto, di la verdad, a fin de que no sea condenado ningún inocente. Si no hablas, se te romperán los huesos a mazazos.

—No hay razón alguna para castigar al que acoge a los misioneros. Que se perdona a todos: yo no quiero hablar más de esta materia. Si después me queréis matar a mazazos, sea así.

—Si no hablas, eres un mentiroso.

—El no hablar no es decir mentira.

En esto uno de los presentes exclamó, con energía:

—¡Aunque lo maten, no hablará!

El juez, por su propia decisión, añadió:

—Si no habla, será golpeado hasta la rotura de los huesos.

El siervo de Dios ni siquiera parpadeó. Indignado, el juez ordenó pintar una cruz en el suelo y que la pisaran reos y acusadores. Entonces se adelantó Thay Thin y dijo:

—Entre los efectos del padre hay varias imágenes, cogidas con él: es mejor que las traigan.

Uno de los cristianos presentes, oficial del ejército —que estaba dispuesto a pisar la cruz haciendo una muy seria restricción mental, como si estuviese pisando una letra del alfabeto annamita que se asemejaba a una cruz—, quiso evitar que trajeran las imágenes, a fin de impedir el posible sacrilegio, y arguyó:

—Si una y otra parte están dispuestas a pisar la cruz, ¿de qué servirá traer aquí las imágenes?

Pero el juez no dio su brazo a torcer:

—No importa: que las traigan mañana.

Irritadísimo contra el misionero, antes de suspender la audiencia, apuntó hacia él un dedo amenazador e insistió:

—Si mañana no hablas, recibirás treinta golpes de maza, y, encerrado en la cárcel, tendrás otros tres días hasta que accedas a hablar, o mueras.

La amenaza no surtió efecto alguno en el santo. Horas después escribe a fray José Galero en estos términos de paz y valor: “Así, que Dios me ayude. Por ahora, con la divina asistencia, espero sufrir por su gloria.” Y termina: “Rogad por mí, y si no puedo escribir más, hasta el cielo. Sólo tengo una pena: mañana no puedo celebrar misa; Dios suplirá.”

Al regresar a la cárcel, el guardián que le había acompañado le pidió seis reales por el servicio. Los otros prisioneros le aconsejaron que no le diera más de dos, que era lo que en cierto modo le correspondía. Enfurecido, el oficial juró vengarse. Era mediodía, la hora de comer: Ba Gao estaba a punto de llegar con la comida. El jefe hizo atar al padre al cepo, y mandó que si se presentaba Ba Gao, fuese atada con él. No faltó quien se lo comunicara a la interesada, que no osó aparecer en dos días. No obstante, una buena mujer gentil distribuyó un poco de comida entre los presos, a base de arroz cocido y algo de fruta, y otra de las que se dedicaban a ayudar a los presos dio al padre lo que allí llaman un *plantano*. De esta manera pudo fray Francisco satisfacer su necesidad física. En cuanto los cristianos se enteraron de la furia del jefe de la cárcel, se presentaron y, merced a los consabidos dineritos, consiguieron ablandarle y que cediese en sus medidas restrictivas. A partir de enton-

ces pudo Ba Gao continuar asistiendo al exhausto misionero.

Amaneció el día 22, y el prisionero fue conducido de nuevo a la sala del tribunal, donde la curiosidad había congregado mucha gente. Allí estaban los libros, imágenes y objetos religiosos que le habían sido incautados en Luc Thuy. Le arrojaron dos crucecitas formadas con dos palitos: él las besó, como siempre, y, tras deshacer una, se quedó con la otra en la mano. El juez reanudó el interrogatorio del día anterior sobre el lugar en que había estado hospedado; pero no hubo manera de que fray Francisco respondiera. Molestísimo, el magistrado gritó:

—¡Ya que no quieres hablar, deberás golpear las imágenes!

—Haces mal ordenando a la gente golpearlas; pero si yo te obedeciera, lo haría mucho peor.

Sacaron de una cajita un crucifijo de metal y una pequeña imagen de la Virgen, de marfil, y acercaron un cuadro de la Virgen del Rosario. El siervo de Dios se arrodilló con veneración y besó aquellos objetos, mientras el juez repetía las consabidas preguntas, hasta que cambió de tema e inquirió:

—¿Qué son estas imágenes?

—Aquella sobre la cruz es la imagen de Jesucristo, hijo de Dios, hecho hombre y muerto así para redimirnos de nuestros pecados; las otras dos son efigies de María Santísima, que engendró al Señor resucitado.

—Después de la muerte, ¿adónde esperas ir?

—Al cielo, a gozar de la bienaventuranza eterna.

—Después de la muerte el cuerpo queda sepultado en la tierra: ¿cómo, por tanto, puede ir al cielo?

—El cuerpo queda sepultado en la tierra, mas el alma, sustancia espiritual, o asciende al cielo a gozar de la bienaventuranza eterna, o desciende al infierno a padecer eternamente, según los méritos de cada uno.

—¿Es verdad que se puede subir al cielo?

—Si no fuese verdad, no me habría expuesto a ser degollado.

—Sin embargo, es falso. ¿Qué sabes tú?

—Lo ha dicho Dios, que no puede decir mentiras.

—¿Lo oíste tú cuando lo dijo Dios?

—Aunque yo no oí al Señor cuando lo dijo, no por esto es menos cierto que Dios lo haya dicho.

En esto trajeron un mazo y se lo pusieron delante. El santo, sin mostrar temor alguno, preparó las rodillas para recibir los mazazos de rigor; pero le dijeron:

—Toma tú mismo el mazo y golpea las imágenes.

Horrorizado, fray Francisco tiró lejos aquel instrumento. Los oficiales del tribunal lo recogieron y lo pusieron en manos de Thay Thin. El bonzo, que lo estaba deseando, se dispuso a golpear la imagen de marfil. El siervo de Dios, haciendo un escudo con su cuerpo, cubrió con las manos las cabezas de la Virgen y del Niño Jesús, mientras decía:

—¡Descarga tus golpes sobre estas mis manos! ¡Golpéame donde quieras! ¡No ultrajarás a mi Dios!

Los mandarines se echaron a reír, comentando:

—Estos cristianos están obcecados con sus imágenes.

Thay Thin pedía a los oficiales que le ayudaran a levantar las manos del prisionero. Aunque se acercó uno de ellos, tampoco pudo conseguirlo, y tuvieron que hacerlo entre varios. Thay Thin destrozó entonces la imagen de marfil y pisoteó el cuadro de la Virgen del Rosario. Fray Francisco, en un supremo esfuerzo, se abalanzó a los pies del bonzo y le arrebató el cuadro de la Virgen. Después, con gesto de veneración, se dedicó a recoger los trozos de la estatuilla de marfil.

El bonzo pedía que los cristianos hicieran lo que él había hecho. Sin embargo, el presidente del tribunal, que sentía cierta benevolencia hacia aquéllos, levantó la sesión y, dirigiéndose a los mandarines, les dijo, con expresión irónica:

—¡Basta, basta! Mucho dolor habrán causado los golpes de mazo a aquella imagen.

Peró el santo le replicó seriamente:

—La bienaventurada Virgen y su Hijo divino están en sitios donde no pueden sentir pena ni dolor. Nosotros tenemos en aprecio estas imágenes para acordarnos de Ella y de su Hijo y reverenciarlos.

De nuevo fue llevado el prisionero a la cárcel. Aquellas idas y venidas, así como los disgustos y malos tratos, hicieron que se le recrudeciera un mal que desde largo tiempo padecía, y que hacía varios días que le molestaba. Se manifestó en forma de hemorragias y vómitos, de tal intensidad que, también en esta

ocasión, le creyeron a las puertas de la muerte. Se divulgó la noticia, y el Vicario Provincial envió al sacerdote indígena padre Mink para atenderle en aquellos momentos extremos. Cuando llegó, el santo reo había tenido ya ocasión de reconciliarse con Dios y se sentía mucho más aliviado.

Como los miembros del tribunal correspondiente no habían conseguido ponerse de acuerdo a la hora de dictar sentencia definitiva a favor de una u otra parte, encomendaron el caso a otro tribunal. El nuevo juez era favorable a los cristianos, por lo que interrogó en privado a fray Francisco sobre su famosa estada en casa de Thay Thin. El prisionero no tenía más que decir la verdad; pero no quería perjudicar ni al bonzo, ni a los cristianos de Luc Thuy. Aunque sólo caben suposiciones sobre lo que pudo decir en aquella entrevista privada, sí se sabe lo que contestó en el tribunal público del día 20 de setiembre:

—¿Cuántos años llevas en este reino? ¿Fuiste preso en seguida que llegaste? ¿Has predicado la fe?

—Llevo aquí cuatro años: dos he predicado la fe.

—¿Es verdad que has estado en casa del bonzo diez días, o han sido más?

—Yo he predicado la fe yendo de acá para allá, diez días en una casa, quince en otra. En casa del bonzo estuve diez días nada más.

—Si el rey prohíbe la fe, ¿por qué causa has entrado en el Tonkín?

—Al rey no le es lícito prohibir esto, pues no tie-

nen los reyes poder infinito para mandar lo que les dé la gana.

—¿Eres entendido en astronomía?

—No.

Considerando concluido el interrogatorio, el juez mandó que se retirara. Sentóse el santo a la sombra, pues caía un sol canicular que molestaba muchísimo.

Entretanto se presentó ante el tribunal el mandarín Tri Do, gran amigo del bonzo encausado. Llamaron de nuevo al misionero y se repitieron hasta la saciedad las mismas preguntas, y también las burlas:

—¿Ha llegado el mes de partir para tu paraíso?

—Todos los meses son buenos para este viaje.

Pero lo que interesaba al mandarín era que dijera que había sido apresado en una casa cristiana, para así liberar al bonzo y castigar al cristiano. Por esto el santo se encerraba en un mutismo que ponía nerviosos a los mandarines. Nuevamente fue acusado de embustero, y de anunciar una religión falsa. Rechazó el santo la doble acusación, e insistió en su disposición para recibir el castigo que quisieran darle. Pasó el notario a leer las acusaciones y las respuestas del reo, para que éste las firmara. Al advertir que era presentado como “maestro de la falsa ley”, rechazó el título y se negó a firmar. No tuvieron más remedio que sustituir la denominación por otra más objetiva, “maestro de la ley portuguesa”, que era el calificativo que los annamitas daban al sacerdote. Y como los mandarines insistían en lo de embustero, él se limitó a decir:

—De la afirmación de falsedad responderé ante otro

tribunal, el de Dios, el cual quiera que se acaben pronto estos paseos.

El ilustre y santo preso fue llevado de nuevo a la cárcel.

Confiaba el buen padre en que, tal como estaban las cosas, pronto le llegaría la hora de la decapitación. Pero no fue así. No tardaría en reconocer que, a causa de la guerra civil y de las revueltas casi diarias, los mandarines tenían tanto quehacer que de los pobres prisioneros no se acordaba nadie: tampoco entonces, pues, se dictó sentencia última sobre fray Francisco Gil. De manera tan prosaica terminó el desventurado 1739. No obstante, el siervo de Dios había confesado a unas ochocientas personas, bautizado a algunos niños y adultos y administrado la unción a varios enfermos. En alguno de sus escritos recuerda con humor que para poder entrar un enfermo tenían que pagar tres reales si lo llevaban en hamaca; para los que eran traídos en una gran cesta bastaba un real. Entre los compañeros de cautiverio bautizó a uno en la hora de la muerte. Otro que estaba condenado a morir le pidió también ser bautizado; pero el santo varón no veía clara la sinceridad de aquella conversión y daba largas al asunto: no fue en vano, pues, habiéndosele conmutado a aquél la pena capital, no se acordó más del bautismo.

Con la llegada del año 1740 se aplicaron las medidas acostumbradas: aumentó la vigilancia y no le permitieron salir de noche. Limitó entonces su actividad

a la catequesis entre los presos. A causa de la rebelión de ciertos sectores políticos, la cárcel se había llenado, y aumentaron las dificultades para pernoctar fuera de ella. Ahora bien, ante la escasez de sacerdotes, muchos cristianos de las localidades vecinas acudían a confesarse con él, aunque a algunos les suponía un viaje de dos o tres días. Escribe fray Francisco que aquel año no le ocurrió nada de particular: confesó a alrededor de mil trescientas personas, bautizó a unas treinta, entre niños y mayores, y a varias les administró la santa unción, además de la constante catequización de compañeros de infortunio y de los que llegaban hasta él. A fines de año suavizaron más su régimen carcelario, pues incluso pudo ausentarse de la corte por algunos días. Así pues, 1740 fue un año de relativa tranquilidad y de intensa actividad ministerial, de la que salieron beneficiados innumerables presos.

El año 1741 se inició esgrimiendo dos terribles flagelos: la guerra, que continuaba, y la peste, que hizo acto de presencia. Era creencia común que se trataba de un castigo divino; muchos llegaron a temer a un Dios que castigaba de aquella forma, y los cristianos acentuaron su vida de piedad y de conversión. A pesar de las grandes limitaciones, nuestro santo atendió en confesión sacramental a dos mil setecientos sesenta y siete penitentes, registrados por él mismo; bautizó a cuarenta y cuatro mayores y a cuarenta y ocho pequeños, y administró la santa unción de los enfermos a ochenta y ocho fieles que se lo solicitaron. Con ayuda

de dinero se obraba el “milagro” de que le dejaran salir: así consiguió llegar a muchos núcleos de cristianos que no podían desplazarse hasta la cárcel, y que, faltos de sacerdotes, vivían en un verdadero desamparo espiritual. La prisión de Gil de Federich estaba dando unos frutos apostólicos jamás soñados; así, el 24 de setiembre del mismo año pudo escribir: “En cuanto a lo que se refiere a la administración de sacramentos, todo va viento en popa: los guardias me conceden siempre mayor libertad, y puedo alejarme de la capital en una distancia de hasta medio día; de esta manera, para asistir a los enfermos he podido quedar fuera una noche. Creo que deberé todavía presentarme al tribunal real, pues Thay Thin ha apelado otra vez.”

En efecto, a mitad de octubre los implicados en el proceso fueron conducidos una vez más a presencia del tribunal. El santo no fue interrogado; pero el hijo de Thay Thin requirió de un mandarín que se diera de una vez la sentencia definitiva, sin apelación posible. El bonzo, por su parte, se esforzaba por atraerse a los cristianos, asegurando que lo que él pretendía era tan sólo una disminución de la multa, a lo que aquéllos no se oponían. Los fieles, en cambio, habían cogido mucho afecto al santo prisionero, que tanto empeño y cordialidad ponía en su servicio, y temían que de un momento a otro le llegara la condena definitiva.

En un emotivo testimonio de la propia Ba Cao sobre aquellos años de cárcel y hambre se asegura que a veces abandonaban algún niño de pocos días a las

puertas de la cárcel, y que el santo, al oírlo llorar de noche, la llamaba y le mandaba recogerlo y entrarlo, para bautizarlo. Cuando le llevaban enfermos para darles la unción, los guardianes les exigían la correspondiente propina previa. A menudo aquéllos eran tan pobres, que nada podían dar. Entonces el santo misionero sacaba de sus escasísimos haberes lo necesario para complacer la codicia de sus guardianes y que dejaran entrar a los enfermos. Entre sus compañeros de cárcel realizó un difícil e impresionante apostolado, invitándolos a la conversión, sobre todo en caso de enfermedad. Llegó a conocer a todos los presos, y los llamaba por su nombre propio, en un impresionante rasgo de sentimiento humanitario, reforzado por el espíritu de caridad cristiana. Y cuando estaba en casa de la buena viuda, cuenta ésta que era sumamente generoso en dar limosnas, que tanta falta le hacían a él, a otros más pobres y necesitados, fueran cristianos o gentiles: no tenía acepción de personas. Era tan grande el número de fieles que iban a confesarse, aprovechando su estancia en la casa de su protectora, que con frecuencia se olvidaba hasta de comer, y hacía que comieran sus domésticos mientras él seguía confesando hasta el atardecer. Después tomaba algo, y hasta el día siguiente.

Ba Gao estaba sorprendida de que un hombre en aquellas penosísimas condiciones amara tanto el sacrificio, que aprovechara para disciplinarse las noches que estaba en casa de ella, como si fuera poco lo que tenía que sufrir en la cárcel. El catequista Qui, que

compartió la cárcel con el padre Mateo, declaró en el proceso: "Estar en aquella cárcel era de la mayor aficción. Teníamos que estar entre rebeldes, ladrones y bandidos, sin benevolencia de ninguna clase, encadenados en los pies, y de noche sujetos al cepo, y sobre la desnuda tierra, sin otra cosa para echarnos que la estera que allí había; posteriormente tuvimos algo de paja para tumbarnos; muchísimo frío en invierno, y en verano innumerables mosquitos, por cuyas picaduras estábamos atormentados toda la noche"¹⁷. Experiencia que compartió muchas veces Francisco Gil de Federich. De todos modos, pasaba el año y la sentencia no llegaba: otro año de espera se iba abriendo camino.

En el año 1742, según escribe el propio santo, atendió a mil setecientos once penitentes y bautizó a treinta y un adultos y a treinta y dos niños. Aquel año los guardianes molestaron mucho a Ba Gao, y llegaron a arrestar a dos domésticos del padre misionero. Pero con dinero todo se arregló: así eran las cosas en el Tonkín.

Un acontecimiento inesperado avivó las esperanzas de los cristianos de que se resolviera favorablemente la causa del padre. En enero el tribunal ordenó que Francisco y los demás reos se presentaran ante los jueces reales. En principio los fieles se alarmaron, porque se trataba del mes de las ejecuciones, y no sin

17. *Positio* en su *Informatio*, pág. 52, núm. 58.

motivo tenían que se diera sentencia desfavorable y definitiva y el misionero fuera degollado. Realmente, el tribunal se reunió y los presos se presentaron. Sin embargo, ni el santo fue interrogado, ni se pronunció sentencia alguna. ¿Qué había ocurrido? Lo de tantas otras ocasiones: Thay Thin había apelado una vez más, y su apelación fue aceptada. Así pues, sentencia interrumpida, los presos de nuevo a la cárcel, y a esperar a que pasara el año en curso. Fray Francisco, como siempre, aceptó la voluntad divina, y reemprendió su vida ministerial en las circunstancias ya conocidas. Los fieles respiraron, y siguieron confiando en la posible liberación de su padre en la fe.

Dentro de la anomalía, el ambiente resultaba para los cristianos un poco más favorable que en otras épocas, y se decidió dar cierto empaque y solemnidad a las manifestaciones de fe: los annamitas eran muy sensibles a las demostraciones externas, y la liturgia católica les impresionaba. Aprovecharon la ocasión que les brindó el interés de una cristiana noble, llamada Dui Ba Tram, una de las mujeres del difunto rey Viúu Hun, cuyo hijo Din Ou San, sexto príncipe del reino, simpatizaba con la religión cristiana, que había visto practicar a su madre, aunque no se atrevió a abrazar el cristianismo por no enojar al soberano. El joven deseaba una entrevista con el misionero europeo; pero como su intención no se veía muy clara, el padre, por discreción y religiosa humildad, prefirió no facilitarla: siempre habría tiempo si el príncipe insistía. Los cristianos, en cambio, no quisieron dejar pasar aquella

coyuntura favorable, y prepararon en el palacio de la madre todo lo necesario para celebrar, lo más dignamente posible, los oficios del Jueves Santo. Como era de esperar, resultó una espléndida manifestación de fe católica. Entusiasmados, decidieron que el ilustre preso celebrara la liturgia del Sábado Santo en el pueblecito de Bo De, al otro lado del río. Aquella ostentación de "fe portuguesa", a la que acudieron muchos cristianos y numerosos gentiles, unos por devoción y otros por curiosidad o cierto interés, se convirtió en un acto público que no se podía ocultar ni disimular.

En aquel ambiente seguía preocupando muchísimo la guerra civil, iniciada en 1739, y a la que no se veía solución humana posible. Así, comenzó a pensarse en que habría que buscar el auxilio de fuerzas superiores o sobrenaturales. La religión entró en juego, y algunos se fijaron en las posibilidades del cristianismo, cuya experiencia era de paz a pesar de la persecución: se dijeron que tal vez en sus libros o en su fuerza podría encontrarse la solución de la guerra. Semejante hipótesis, nada desinteresada y muy egoísta, favoreció cierta paz muy transitoria, porque las leyes no cambiaban. Por esto los cristianos continuaban esperando, mientras que Gil de Federich seguía en la cárcel.

A fines de setiembre fue llamado fray Francisco a presencia de un tío del rey, quien le interrogó, con visibles muestras de interés y delante de su familia, sobre el contenido de la religión cristiana. El santo cuenta que se la explicó "con su lenguaje rústico", y pudo percatarse de que muchas cosas no las

entendía: ya daría por bueno que hubiese llegado a comprender la mitad. Sobre lo que había entendido, sin embargo, sabía hacer preguntas adecuadas. Como en el pueblecito de Tru Linh habían encontrado algunos libros de religión cristiana, el príncipe manifestaba poseer ciertos conocimientos de nuestra santa fe, y, tras las explicaciones del misionero, dio a entender que la religión cristiana le parecía razonable, frente a los despropósitos y falta de fundamento de las doctrinas enseñadas por las sectas. Citó al padre para el día siguiente, prometiéndole dar cuenta al rey, y le rogó que se hiciera acompañar por algún letrado annamita, por si surgía alguna confusión ante ciertas palabras o conceptos. El siervo de Dios salió contento y esperanzado de la visita, porque no alcanzó a ver el doble juego del tío del soberano, ni el verdadero objetivo de su entrevista.

Al llegar a la cárcel contó su conversación a los presos cristianos, algunos de los cuales eran allegados a la corte. Ante su entusiasmo, ellos le pusieron en guardia: seguramente lo que el tío del rey pretendía era preguntarle cómo se podría acabar la guerra según la ley de los cristianos. Como al día siguiente no fue llamado, intuyó el buen padre que algo raro pasaba, y, usando de la confianza que le habían dispensado, escribió una carta al príncipe, de la que entresacamos el fragmento siguiente: "En nuestra fe sólo hay un remedio único contra los males públicos, y es el pedir a Dios la paz, no yendo jamás el rey ni su gobierno contra la religión verdadera. Si quiere el rey que la

guerra termine, deje de perseguir a la fe y los cristianos. Ésta es la raíz de todos los males del reino.” Posiblemente el tío del rey se había enterado ya del pensamiento del misionero europeo y desistió de llamarlo de nuevo.

Entre las intenciones del príncipe mencionado se contaba también la de consultar a una pitonisa. Y lo hizo. Curiosamente, la respuesta de la adivina fue muy parecida a la del santo, precisando que la causa de tanta guerra y tanto daño público era haber matado primero a un misionero; después, a cuatro, y tener por entonces preso a otro. Asustado, el tío del rey comentó el caso con tres mandarines de su confianza, quienes comisionaron a uno de ellos para que, en nombre de todos, gestionara ante el soberano la libertad para la religión cristiana.

Un hecho inoportuno lo tiró todo a rodar. Por aquellos días llegó a la corte un informe en que se decía que en la Provincia Meridional se habían rebelado los cristianos. Por más que la noticia no se confirmó, bastó el anuncio para alarmar a la corte. Se suprimieron las gestiones iniciadas, y continuó la persecución. Y siguieron los males del reino, haciendo cada vez más difícil la vida de los cristianos.

Un grupo de fieles decididos, sin embargo, intentó otro recurso. Acudieron a una bonza llamada Di Cuos, tía del rey, para que, previa entrega de una cuantiosa suma, cosa que nunca podía faltar, intentara conseguir la libertad del santo misionero, ya que no se podía pensar en cambiar la ley, y, asimismo, la auto-

rización necesaria para permanecer en el reino. La gestión consistía en hacer llegar al rey una solicitud concebida en estos términos: "Un extranjero llamado Francisco, por causa de la ley portuguesa pasó por el territorio llamado de Giao Thuy, por lo cual fue preso y condenado a la decapitación; ahora suplica para volver a su país, por lo que ofrece veinte libras de plata." En principio la bonza se había mostrado indecisa, pues se decía que si la ley de los cristianos y la del But, su ídolo, eran contrarias, ella no podía hacer aquello. Mas después se autoconvenció de que sí podía hacerlo, pensando: "Las leyes del But son doce; los cristianos veneran el cielo como nosotros: así que no importa que haya una ley más en el reino." Para la pícará bonza, donde había doce leyes podía haber trece, y la fe cristiana no era más que una ley. Si alguna duda le quedaba, el brillo de la plata disipó por completo sus temores: aceptó el encargo y cobró lo convenido. Los cristianos le recalcaron bien lo que tenía que decir al rey, y esperaron el resultado.

Al santo misionero, que nada sabía de aquellos tratos de índole comercial, le dolieron mucho los sacrificios que se imponían los cristianos, así que les prohibió terminantemente que soltaran un céntimo por su libertad. Como los fieles no estaban dispuestos a ceder en su empeño, acudieron al superior religioso, el cual ordenó a fray Francisco que, por obediencia religiosa, dejara hacer a los cristianos, pues liberar de una causa inicua, aunque fuese con dinero, no tenía nada de malo. Obedeció, como buen religioso, y las cosas si-

guieron su curso. La astuta palaciega, sin embargo, actuó muy a su manera: presentó a Cu Tè, es decir, a fray Francisco, como un mercader condenado como cristiano sin haber sido demostrado. Llegó a oídos del siervo de Dios la estratagema de la bonza, y mandó decirle que si cursaba aquella petición, no recibiría ni una moneda. La bonza prometió enmendar el texto; pero, a la hora de la verdad, lo entregó tal como lo había escrito. Aceptó el rey el memorial que le había pasado su tía y concedió la gracia pedida, en el supuesto de que fueran verdaderas las razones alegadas. Se informaron los oficiales de la corte, y comprobaron que todo era una burda mentira.

Tantas complicaciones no afectaban para nada a la actividad ministerial del santo misionero: en aquel año oyó en confesión a mil setecientos once fieles, bautizó a treinta y un adultos y a veintitrés párvulos y administró la sagrada unción a cincuenta y un enfermos. El caso fray Francisco Gil de Federich había rebasado las fronteras norvietnamitas.

El Capítulo Provincial de los dominicos celebrado en Manila el 4 de mayo de 1743 se hizo eco de la dramática situación en que vivían los misioneros del Tonkín: "En aquel reino trabajan incansablemente nuestros misioneros en medio de las mayores fatigas, las más grandes privaciones y los continuos peligros a que los expone la cruel persecución que allá se hace a la religión. Entre todos sobresale el reverendo padre fray Francisco Gil de Federich, cuya sentencia de ser degollado no se ha ejecutado hasta el presente, por

andar preocupados el rey y sus ministros con los cuidados de la guerra civil. Por lo cual sucede una cosa harto maravillosa, y es que dicho padre ha erigido una misión en la misma cárcel, y, gracias a la preclara índole de su alma y al singular auxilio de la gracia divina, de tal modo planta y riega la fe en el ánimo de los tonkineses, que recógense abundantes y óptimos frutos de virtud, pues los mismos infieles corren hacia él para abrazar la fe, dando Dios el incremento a los trabajos de su ministro”¹⁸. En realidad de verdad, el venerable Definitorio del Capitulo Provincial conocía sólo parte de la situación y actividad del santo, pues ignoraba los tejemanejes de Thay Thin, que, por salirse con la suya, presionaba con eficacia para entorpecer la causa.

El 29 de noviembre de 1743 caía prisionero el venerable padre Mateo Alonso Leciniana, en el mismo pueblecito de Luc Thuy donde años antes había sido secuestrado el padre Francisco. Eran dos amigos y compañeros de misión entrañables: juntos habían he-

18. ACPSR (1743): “Denuntiamus... de Missionibus Imperii Sinarum praecipue, ac Regni Tunkini narrationibus et epistolis caremus, hoc unum scientes, quod in Missione Tunkinensi, in qua duo Missionarii a praecedenti Congregatione obiere, residui maximis laboribus, ac mediocribus erumnis affecti, indefessam laborant; hos inter eminent R. P. Fr. Franciscus Gil de Federich, cuius capitalis sententia ob fidei confessionem in ipsum lata, ob bella civilia Rege, et Ministris in alia divertentibus, hucusque est dilata, quare contigit, ut in carcere Missionem erigens, ob praeclaram animi indolem, et divinae gratiae singulare prendium, ita in Tunquinensium animis fidem plantat, et ita rigat, ut maximum experiatur uberrimumque fructum, quotidie infidelibus ad ipsum confluentibus, catholicam fidem protestantibus, dante Deo incrementum” (fol. 120).

cho, como “combarcanos”, el largo y pesado viaje de España a Oriente; la misión los había unido en el trabajo, y la persecución los uniría en el martirio.

Llegó el año del Señor 1744 sin que se hubiesen resuelto las incógnitas que pesaban sobre nuestro santo. Aunque él llevara su cautiverio con la mayor paciencia, psicológicamente tenía que estar muy cansado. A principios de año se suscitó un conflicto casero que repercutió en los pobres presos. Una serie de cuestiones, de contenido desconocido para nosotros, enfrentaron entre sí a los oficiales de la cárcel. Cruzáronse una serie de querellas y calumnias mutuas, que obligaron a una intervención superior. La primera consecuencia consistió en controlar mucho las salidas, y nuestro reo-misionero sólo pudo salir algo durante el día. Pensaron los presos, con fundamento, que serían llamados a declarar sobre el asunto. Así fue: el día 3 de marzo se citó a fray Francisco y a otros cuatro presos, alegando que debían informar sobre el motín; pero, una vez ante el tribunal, el misionero europeo fue interrogado de nuevo sobre su captura y el lugar de su arresto. El reo les repitió enérgicamente que ya había dicho infinitas veces que no quería hablar más sobre aquel asunto, y se mantuvo en su afirmación. Le preguntaron si llevaba consigo algún objeto religioso, y el siervo de Dios sacó el rosario y dos medallas. El magistrado se los pidió para verlos, prometiéndole devolvérselos en seguida; pero en cuanto los tuvo en su mano cambió de tono y le conminó a que

los pisara. Fray Francisco, al que ya nada podía sorprender, se negó rotundamente. Despechado, el magistrado mandó a Tu Vu, uno de sus criados, que por la fuerza hiciera poner al misionero el pie sobre el rosario. No estaba el padre para competiciones de fuerza física, debilitadísimo después de tantos trabajos y privaciones; pero el esbirro no consiguió moverle el pie. Dirigióse entonces el juez a Thay Thin y le preguntó si estaba dispuesto a pisotear aquellas imágenes. Cuando el padre vio que el bonzo, satisfecho y contento, se dirigía a perpetrar el indigno sacrilegio, quiso impedirlo cubriéndolas con la mano. Pero se le adelantó un tal Ba Mon, oficial del tribunal, y, agarrándolo por los cabellos, lo arrastró lejos del grupo. Mientras Thay Thin pisoteaba aquellos objetos de devoción, el santo, con voz de trueno que impresionó a la audiencia, les gritó que los grandes males del reino eran un castigo de Dios por las ofensas a la religión cristiana y su persecución. Más ofendido aún el juez, le obligó a arrodillarse delante de él. Preguntó después quién daba la comida al preso. Y al decirle que una vieja y; alguna que otra vez, una mujer joven, quiso saber por qué no las habían apresado. Le contestaron que porque nadie lo había mandado, pero que estaban dispuestos a hacerlo. Reflexionó el tribunal, y llegaron a la conclusión de que no sería conveniente que el preso muriera de hambre, pues ignoraban si el rey pensaba liberar al prisionero o darle una muerte pública y ejemplar. En vista de ello, prefirieron dejar el asunto como estaba.

En la sesión judicial mencionada, el bonzo Thay Thin ya tenía ganada a toda la corte. Los magistrados absolvieron al bonzo y a su hijo de la acusación de haber robado los objetos del prisionero y de su secuestro; también fueron absueltos los cristianos de Luc Thuy, acusados de haber escondido y mantenido al misionero europeo: unos y otros fueron puestos en libertad. Francisco, en cambio, fue condenado definitivamente a ser decapitado. Una mudanza tan espectacular en el tribunal debía tener su causa. En efecto, el hábil y tolerante juez Ou Tri Lai había sido sustituido por un furioso enemigo de la fe cristiana, cuyo nombre era Tri Hinc: con él se impuso en definitiva y última instancia la xenofobia, y el único condenado fue el europeo.

Pocas alegrías tuvo el siervo de Dios en la cárcel y durante su largo cautiverio, salvando las puramente espirituales. La Providencia le tenía preparada una satisfacción de alto contenido humano y emocional: el 30 de mayo de aquel año 1744 fue consignado a la misma cárcel en que él estaba su compañero el padre Mateo Alonso Leciniana. Huelga decir que el hecho había sido precedido de la entrega de una fuerte suma de dinero: no hay que olvidar que estamos en el Tonkín del siglo xviii. El encuentro de los dos compañeros fue un momento trascendental en la vida de ambos, destinados a un mismo final e idéntico testimonio. Conmemoraron juntos la fiesta de la Santísima Trinidad, y celebró la eucaristía el padre Gil. El día 4 de junio, solemnidad del Corpus, la celebró el padre Alonso

Leciniana: era la primera que podía oficiar desde que cayó preso. Asistieron unos ciento treinta cristianos, que se contagiaron de la devoción que impregnaba a aquellos hombres de Dios que ya veían cercana la palma del martirio.

Aquel año el padre Gil oyó en confesión a mil setecientos cuarenta y cinco penitentes, bautizó a treinta y dos adultos y a cuarenta y un niños y administró la santa unción a once enfermos. El padre Leciniana, por su parte, atendió sacramentalmente a seiscientos veinte penitentes, bautizó a treinta y tres neófitos y dio la santa unción a tres enfermos. Realmente, la cárcel se había convertido en un centro de misión de primera calidad, bendecido por Dios.

A mediados del mes de junio fue juzgado el padre fray Mateo Alonso Leciniana, y se le sentenció también a la pena capital. La noticia llenó de alegría a los dos venerables reos de la misma culpa, pues vieron que los honraban con la misma pena. Consideráronse ya con la sentencia definitiva: solamente quedaba esperar el mes de las ejecuciones. Y se dispusieron a prepararse para el último momento, que iba a tener categoría de testimonio concluyente: constituiría un momento crucial para los cristianos que iban a ser testigos del mismo, que los confirmaría en la fe que les habían predicado y por la cual ellos sacrificaban su vida temporal.

CAPÍTULO V (1745)

SENTENCIA DEFINITIVA

A los dos siervos de Dios no les cabía duda de que se hallaban en la recta final: con la sentencia promulgada y la libertad del bonzo y de los cristianos encausados con ellos no habría lugar para más demoras y entorpecimientos. Se podía decir que todos habían conseguido sus objetivos, a pesar de lo injusto de la sentencia: libertad para unos y martirio para otros. Como era lo que deseaban unos y otros, la accidentada aventura de siete largos años parecía concluir a gusto de todos.

Pero aún, el 11 de julio, los dos misioneros europeos fueron conducidos de nuevo a presencia del tío del rey, que los había hecho llamar. Siguiendo las instrucciones recibidas, llevaron consigo los libros impresos con caracteres chinos. Nada más entrar, el padre

Gil se dio cuenta de que la actitud del príncipe había cambiado: del interés antaño demostrado había pasado a una distante frialdad, que la inexpresividad de la mirada annamita hacía aparecer como helada. No demostraba hostilidad, sino lejanía abismal. Le hicieron entrega de los dos libros, de los que se quedó uno y les devolvió el otro, sin perder la compostura. Hízoles recitar algunas oraciones y el decálogo, y sobre ello formuló algunas preguntas. Los dos misioneros tuvieron la sensación de que sentía de nuevo el interés pasado; lo interpretaron como buena señal, y se animaron. Después de escucharlos con atención, comentó que, aunque fuese falsa y embustera, la religión católica se entendía más fácilmente que otras. Y, con la misma frialdad con que los había recibido, y que mantuvo durante toda la entrevista, los despidió.

Los males sociales persistían. Las guerras internas, el hambre y la peste, agravados por la improductividad del suelo, alarmaron de nuevo al rey, y volvió a aflorar el sentimiento de que todo era un castigo de Dios por la severidad de las condenas y por mantener aún en la cárcel a muchos inocentes. En consecuencia, ordenó el soberano que se revisaran todos los procesos pendientes y se aplicase una mayor benevolencia en las sentencias. De esta manera, Mateo Alonso Leciniana vio con pena cómo su sentencia de muerte era conmutada por la de cadena perpetua. Para la causa de Francisco Gil de Federich no hubo suavización posible: fue confirmada la sentencia de degüello. El santo se alegró lo indecible, séguro de que esta vez iba en

serio. Por el contrario, su amigo Leciniana sintió gran amargura al ver que el martirio se le escapaba de las manos.

Finalmente llegó el triste y célebre mes de las ejecuciones, enero de 1745. Ya el día 19 un cristiano muy devoto del padre Francisco, llamado Joaquín Nguien Haoc, le llevó una copia de la sentencia, que le había facilitado uno de los secretarios del tribunal. El día 21 se personó en la prisión uno de los representantes del canciller, para leerles las sentencias que habían recaído sobre los presos de aquella cárcel. Francisco oyó serenamente que, acusado de ser “maestro de la ley portuguesa”, había sido condenado a ser degollado, y que la orden real disponía que la sentencia se ejecutara al día siguiente. El siervo de Dios vio abrírsele el cielo: cerca de ocho años llevaba esperando aquel momento. Para hacerse digno de él había sufrido lo indecible: las graves enfermedades superadas, las interminables sartas de insultos soportadas con indiferencia, las incontables privaciones padecidas, todo constituía para él etapas preparatorias del gran y definitivo sacrificio final, escalón de la escala que iba a dejarlo en el seno de Dios. Sólo por alcanzar aquel momento histórico se había prestado a que le curaran de sus enfermedades, varias de ellas muy graves. En cuanto deseable, había deseado la muerte, y la muerte por Cristo: estaba preparado y a punto. Leciniana, en cambio, se hallaba desconsolado. El buen padre Gil le animaba diciéndole que aquélla era la voluntad de Dios, y que iba a ser para bien de los pobres cristia-

nos, a quienes podría continuar administrando los sacramentos.

La noticia corrió con rapidez entre los cristianos más fervorosos. Hechos un mar de lágrimas, corrieron a la cárcel. Otros, más arriesgados, se aventuraron a presentarse en el palacio del tío del rey, con una pingüe oferta de dinero si conseguía librar de la muerte a su padre en la fe. Enterado de ello, el siervo de Dios se apenó muchísimo, y mandó a un cristiano de su confianza con una severa exhortación para los fieles que querían librarle de la muerte. De ella formaban parte estas palabras: "Nosotros exhortamos a los infieles que se conviertan, y que una vez convertidos padezcan todos los tormentos, si es preciso, para mantener la fe; si ven ahora que manifestamos debilidad en estos trances, rehusando morir por la fe, o consintiendo libramos de esta sentencia, comprando la vida de la manera dicha, se afirmarán los infieles en su paganismo, y los fieles se entibiarán en esto de padecer por la fe. Por todo lo cual, mando a todos vosotros, hijos míos, que desistáis de vuestro propósito, pues yo jamás consentiré en que se dé una sola moneda para librar-me de morir por Dios nuestro Señor." Los fieles se resignaron y obedecieron. *Gil de Federich* conocía bien a los tonkineses, y sabía la importancia que tenía su sacrificio ante fieles y ante infieles. De esta manera se preparó para el último asalto.

El día 21 de enero de 1745, víspera de su sacrificio, escribió una sentida carta de despedida al Vicario Apostólico del Tonkín Occidental, en cuyo territorio estaba

la cárcel en que había transcurrido su largo cautiverio. A monseñor Luis Neez, experimentado misionero, le cupo la suerte de recibir la última carta escrita por el siervo de Dios, en la que le comunicaba su victoria final: "Mañana, fiesta de San Vicente, es el día destinado a mi degollación por la fe católica, en la cual y por la cual muero de buena gana." Al tiempo que le agradecía las muestras de atención recibidas, le pedía perdón por los fallos en que hubiera podido incurrir. Ni la serenidad de Francisco, ni su disposición espiritual podían ser mejores. Todo un hombre, y todo un santo.

Aquella noche la festejó como la más grande de su vida: "día de sumo contento", como dijo él. Cenaron fraternalmente el condenado, fray Mateo Alonso y sus fieles neófitos, y el santo accedió a comer una tortilla de huevo, cosa que durante su prolongado cautiverio nunca había aceptado. El aspecto jovial, alegre y rejuvenecido de Francisco contrastaba con el estado de pesadumbre y tristeza que embargaba a Mateo y a los demás cristianos. Para uno de ellos llegaba la definitiva liberación, por la que había suspirado por espacio de siete largos años. El otro continuaría en prisión por tiempo indefinido, pero los cristianos seguirían atendidos. El gozo de fray Mateo por proseguir al servicio de aquella crucificada comunidad cristiana tonkinesa no empañaba su sentimiento por no poder acompañar en el patíbulo a su amigo y compañero.

Terminada la cena, dieron gracias todos juntos y concluyeron con el rezo del santo Rosario. A continuación

fray Francisco los reunió en torno a la mesa y se despidió de ellos con estas palabras: "Hijos míos, ahora me considero como Cristo nuestro Señor en la noche de la última Cena; así, os debo exhortar y amonestar como Cristo a sus discípulos, esto es, que os améis unos a otros como hermanos; que mantengáis la fe que profesáis, aunque por ella sufráis cualquier trabajo; que pongáis vuestra esperanza en Dios nuestro Señor, y anheléis por cumplir la vida eterna que esperamos, despreciando los bienes de esta vida, que duran tan poco." La emoción y el sentimiento invadieron al grupo, y el llanto se apoderó de todos. Ni el mismo siervo de Dios pudo sustraerse al clima que había creado, y quedó impresionadísimo al ver la fidelidad de aquellos cristianos y el afecto que se había granjeado entre ellos.

Hubiera querido retirarse, pero los cristianos se lo impidieron, besando los grillos y cadenas con que estaba sujeto. Aunque nunca había accedido a ello, en esta ocasión les dejó hacer, mientras les decía: "Hasta ahora, hijos míos, ya sabéis que a nadie he permitido que me besara los grillos que me aprisionan; mas ahora sí que os lo permito a vosotros, queridos hijos míos, pero afirmando vosotros y protestando, porque debéis saberlo, que este favor del martirio no es debido en manera alguna a méritos míos, sino que viene de la pura misericordia y gracia de Dios nuestro Señor." El primero en lanzarse a besar los signos de la cruz personal de Francisco Gil de Federich fue el padre Mateo Alonso: quiso el santo contenerlo; pero no pudo, y tuvo

que ceder. Los demás siguieron el ejemplo de fray Mateo, y durante unos minutos fray Francisco fue objeto de sobrecogedoras muestras de veneración. Pidió después para retirarse, no a descansar, sino a orar para prepararse mejor para el gran momento.

Hacia las tres de la madrugada se confesó sacramentalmente con el padre Mateo, y éste, a su vez, lo hizo con el siervo de Dios. Celebraron la santa misa, dieron gracias, y esperaron con espíritu pascual la llegada del nuevo día. En cuanto salió el sol se dirigieron a los diversos departamentos de la cárcel para despedirse de los presos, guardias y personal de la prisión, agradeciendo las atenciones recibidas y distribuyendo entre ellos lo poco que quedaba de comida y algunos dinerillos. Todo estaba dispuesto para el sacrificio.

CAMINO DEL PATÍBULO

Para recibir a los emisarios de la justicia y dirigirse al lugar de la ejecución se vistió el padre el hábito de la Orden de Santo Domingo, su hábito, que para este fin había hecho preparar con tiempo. Aceptó una taza de chocolate que le ofrecieron, y que fue lo último que tomaron sus labios. Permitió después que entraran los cristianos que habían acudido a despedirse de él. Se repitieron las escenas de emoción y de devoción. Despedida especialmente conmovedora debió de ser la del santo y la anciana Ba Gao, entonces ya Rosa Gao desde el bautismo. Las crónicas no nos la han

descrito, pero se puede conjeturar con el corazón, sin palabras. Únicamente Dios podría decir lo que significó Rosa Gao para Francisco Gil de Federich: nosotros sólo podemos respetar el silencio y admirar el hecho. Cumplido todo y con todos, no restaba más que esperar la llegada de los ministros de la justicia.

Leciniana solicitó de los guardias que, por lo menos, le dejaran acompañar al reo hasta el patíbulo. Aquellos hombres, de cierta buena índole, se lo autorizaron: estaban impresionados por la personalidad de Gil, y no se hacían a la idea de que lo degollaran como a un vulgar criminal, pues su experiencia les garantizaba que de delincuente no tenía nada. Era costumbre, al pasar ante el palacio real, detener la comitiva y ofrecer a los reos la última posibilidad de pedir el indulto al rey. La escena resultaba de un fuerte patetismo. Dieron, pues, los guardias un memorial al padre Mateo para que al pasar ante el palacio real lo entregara al monarca. El propio gobernador había echado en cara a los cristianos su poco interés por libertar al venerando reo, acusándolos de tibios, y prometiéndoles su intervención favorable si le ofrecían una buena suma de plata, mientras les decía:

—¿No tenéis compasión de vuestro maestro? ¿Por qué no presentáis al rey una súplica por su liberación?

Quiso la suerte, o la Providencia, que Francisco se enterara. Llamó resueltamente al padre Mateo y le reconvinó:

—Si la Divina Majestad quiere concederme la pal-

ma del martirio, ¿por qué vuestra reverencia quiere privarme de esta dicha?

Leciniana le tranquilizó diciendo que no se había atrevido a contradecir a los guardias para que no le negaran el permiso de acompañarle, pero que no daría paso alguno sin su autorización.

Poco antes del mediodía llegó el mandato judicial para que los condenados fueran entregados a la última pena: eran el misionero europeo y ocho malhechores. Organizóse la comitiva. Abrió marcha fray Francisco Gil de Federich, atados los brazos atrás, bien amarrado con grillos y cordeles que dificultaban mucho sus movimientos. Sereno y con la cabeza descubierta, irradiaba paz. A su lado iba Leciniana, encubierto. De repente sobrevino una de aquellas lluvias torrenciales frecuentes en el país, sin que tuvieran posibilidad de guarecerse, y que el santo soportó impávido. Así llegaron a las puertas del palacio y la comitiva se detuvo. De la casa real salió una matrona a preguntar a cada uno de los presos si se creía injustamente condenado y si quería presentar una súplica al rey para que se le hiciera justicia. Los presos se desgañitaban, deshaciéndose en protestas de inocencia y peticiones de libertad. Cuando le tocó el turno a fray Francisco, éste se limitó a enseñarle las manos atadas, dando a entender que nada tenía que decir.

Debilitadísimo como estaba, el padre Francisco se sentó en el suelo y se concentró en profunda oración. Uno de los condenados a muerte se le acercó y le dijo que era cristiano y que quería morir reconciliado con

Dios. El santo misionero no lo dudó ni un instante: le atendió en confesión sacramental y le absolvió. Uno de los eunucos del palacio, al ver aquellas muestras de fe y de devoción, quiso incordiar al pobre reo y, como tantas veces antes le habían hecho, le arrojó con desprecio una crucecita hecha con palitos. Gil y Leciniana la recogieron piadosamente, la besaron con reverencia y la deshicieron. Se les acercó entonces un oficial del palacio y les comunicó que el rey no había confirmado a última hora la conmutación de pena capital por cadena perpetua a favor de Mateo, y que, por tanto, iba a ser también decapitado. Los dos santos se miraron entre sorprendidos y gozosos, y, viendo en aquello un regalo de Dios, sintieron una inmensa alegría: iban a morir juntos y por la misma causa. La muchedumbre asistente, formada por muchos gentiles, pero con cristianos disimulados entre ellos, no salía de su asombro: mientras los otros condenados enronquecían pidiendo clemencia, los dos europeos parecían alegrarse y aceptaban su suerte con entusiasmo. Pocos momentos después se leía la sentencia inapelable: «Los senadores y magistrados delegados del rey para revisar las sentencias de los condenados, con la debida diligencia ofrecen al rey este escrito: «Por ser maestro de la ley portuguesa, por deseo común, Francisco, hombre extranjero, es condenado a la decapitación. Mateo, hombre extranjero, por ser maestro de la ley portuguesa, condenado antes a cadena perpetua, ahora es condenado a la degollación.»» De esta manera había sido aprobada por el rey, y así fue leída en la plaza pú-

blica. No restaba más que ejecutar la sentencia: todo estaba preparado.

SE CONSUMA EL SACRIFICIO

La comitiva reemprendió la marcha hacia la muerte, que para nuestros dos héroes representaba la liberación. Cruzaron la plaza de Quan Bac y se dirigieron a otra cercana, la de Don Mo, donde iban a tener lugar las ejecuciones. Hincaron en el suelo dos grandes palos, llamados *caoc*; frente a cada uno de ellos extendieron una hermosa estera, dividida en dos partes, para que los dos condenados se sentaran con las piernas cruzadas al modo oriental, y ataron a éstos a los palos, aunque de manera que tuvieran libertad de movimientos. Los dos siervos de Dios se arrodillaron, besaron el suelo y, con total mansedumbre, se dejaron atar, aunque con el torso inclinado hacia la cruz que tenían delante. Aun entonces se repetía la dichosa burla del lanzamiento de cruces de palitos.

Se acercaron los mandarines, y ésta sí que fue la última vez, para preguntarles si querían vivir o morir. Los dos misioneros contestaron al unísono:

—Estamos dispuestos a seguir la voluntad de Dios.

No debieron aquéllos de entender la respuesta, y se limitaron a decir:

—En este caso moriréis.

Otros se les acercaban para decirles:

—¿A qué vinisteis a este reino, si sabíais que la ley portuguesa estaba prohibida?

Ellos daban la llamada por respuesta.

Uno de los letrados del tribunal, enemigo acérrimo de los cristianos, realizó otra tentativa: la machaconería annamita no cedía. Acercóse a ellos y les dijo:

—Os dejaremos libres si golpeáis esta cruz; de lo contrario, os decapitaremos.

Acompañó la propuesta con el ademán de cortar con su látigo la cabeza del padre Francisco. Ellos replicaron:

—No golpearemos las cruces. Si quieres cortarnos la cabeza, haz lo que te agrade.

Los propios ejecutores de la justicia, molestos ante tan pesada insistencia, pidieron a los mandarines que dejaran en paz a los reos. Los dos santos varones aprovecharon la tregua para sumirse en profunda oración. Aquel tío del rey que se había relacionado anteriormente con ellos se les acercó. Al verlos inmóviles, se dirigió al padre Francisco y le preguntó:

—¿Qué haces?

—Rezo —fue la lacónica contestación.

La muchedumbre continuaba expectante. Unas tres cuartas partes de los asistentes eran cristianos. Era ya la tarde; la lluvia había cesado y brillaba un sol espléndido. No solamente los cristianos, sino muchos gentiles estaban convencidos de asistir a una palmaria injusticia, y se alzaban voces pidiendo clemencia. Llamó mucho la atención una viejecita idólatra que, ídolo en mano, conjuraba a los mandarines para que dejaran libres a aquellos dos buenos hombres, que irradiaban paz y gozo y parecían ajenos a cuanto su-

cedía a su alrededor. Los dos padres vieron allí cerca a un cristiano llamado Ou Tu, doméstico de los padres jesuitas, que había sido condenado al servicio de los elefantes del rey. Le llamaron y le hicieron entrega de unas monedas para distribuir entre los verdugos y los dos presidentes de la ejecución: no podían dar públicamente una prueba de perdón más evidente.

Hacia las cuatro de la tarde de aquel largo 22 de enero de 1745 llegaron los presidentes de las cárceles, con los correspondientes verdugos, para la ejecución. Los verdugos ataron el cabello de los reos sobre la cabeza y les cortaron el de la nuca, a fin de facilitar el golpe. El que debía atar a Francisco se le acercó y, con lágrimas en los ojos, le pidió en voz alta:

—Cu Tê, yo te venero y tengo mucha pena de haber hecho y hacer contigo lo que me manda el juez; pero ya ves que no puedo obrar de otra manera. Te suplico que te sientes bien, y con el cuerpo recto, para que te pueda atar convenientemente.

El misionero lo miró con dulzura y agradecimiento y se prestó a lo que le pedía. El soldado lo ató con grandes muestras de reverencia.

Los dos santos se miraron y se dieron mutuamente la última absolución sacramental. Una vez atados, como sobaban los grillos y las cuerdas con que estaban amarrados, el juez ordenó que se los quitasen. El padre Francisco Gil llevaba tanto tiempo con los grillos, que éstos estaban pegados a la carne, por lo que tuvieron que arrancárselos de manera violenta, lo que le provocó intensísimo dolor e hizo brotar abundante

sangre de las heridas. Algunos cristianos atrevidos se lanzaron a recoger los instrumentos de suplicio y a empapar pañuelos en la sangre del venerable varón de dolores.

Un gran dignatario real, acompañado de un eunuco de la corte, hizo acto de presencia ante los condenados a muerte para renovarles la ocasión de solicitar clemencia. Excepto los dos santos, aquellos desgraciados gritaban desafortadamente pidiendo gracia. Los dos misioneros, con los ojos mirando al cielo sin decir palabra alguna, no manifestaron ningún deseo. A pesar de todo, el dignatario se les acercó y les preguntó:

—¿Sois vosotros los dos extranjeros Francisco y Mateo?

No había más que una contestación:

—Sí.

Todo estaba cumplido. Una inefable mirada de los dos atletas de Cristo, de uno a otro, se cruzó en el aire: fue la última en este mundo. Era un viernes, y, más o menos, la hora en que murió Jesús en la cruz. Con rapidez inaudita se acercaron los dos verdugos y de un solo tajo cortaron las venerandas cabezas de los dos siervos de Dios. Cayeron éstas, coincidiendo en un charco de sangre con los vestidos de los padres y la cruz que apretaban en sus manos: el sacrificio estaba consumado. Los cristianos apenas habían podido concluir el Credo que Cu Té, el padre Francisco, les había pedido que recitaran en el último momento. Mientras los labios de los fieles cristianos pronunciaban la fórmula de la fe y ratificaban su compro-

miso, los dos misioneros hacían lo mismo derramando su sangre. Para dar semejante testimonio habían ido al Tonkín: el martirio fue su gran premio.

Un sollozo amplio y sonoro, acompañado de gritos de "¡Padres!", "¡Padres!", resonó patéticamente en la plaza. Un alud humano se lanzó sobre las víctimas para recoger las reliquias que pudiesen. Los gentiles no salían de su asombro, cuanto más que era costumbre arraigada abandonar inmediatamente el lugar del suplicio, porque los espíritus que salían de los ajusticiados podían perjudicar a los que se hallaran presentes. En aquel caso sucedió todo lo contrario, y los guardias no tuvieron más remedio que dejar hacer a la multitud. Miraban, con admiración unos y con curiosidad otros, los santos cadáveres, y todos coincidían en que algo grande había en ellos. Los creyentes sabían que era el sello de Dios.

De todos modos, los cristianos habían tomado sus medidas, adelantando buenas propinas, para que los sagrados despojos fueran respetados y que nadie los tocara. El jefe militar que mandaba la fuerza en el lugar del suplicio, llamado Tius Hien, fue el encargado de guardar los cuerpos de los ajusticiados, y cumplió su cometido. Un cristiano pudo recoger la cabeza de Leciniana. La de Gil cayó en su regazo, y pasaba inadvertida o nadie se atrevía a sacarla. Lo hizo, empero, un hechicero gentil, y al ser visto por un cristiano fue obligado a devolver la sagrada reliquia. De esta manera pudieron recoger las dos vene-

randas cabezas, y las depositaron en casa de un sacerdote annamita, llamado Pedro Javier, que las guardó celosamente. Horas después sacaron los dos cuerpos, y al día siguiente, juntas las cabezas con los cuerpos, fueron llevados a una embarcación que tenían preparada los domésticos para conducirlos a Luc Thuy.

Los cristianos de Luc Thuy creían que, habiendo sido presos los dos mártires allí, debían descansar en su pueblo: el 26 de enero recibieron cristiana sepultura en la misma casa en que los prendieron. Celebró la eucaristía, *corpore insepulto*, el padre fray Luis de Espinosa, con asistencia de una gran multitud, pues en realidad, aunque disimuladamente, en aquel pueblo todos eran cristianos. No tardaron en acudir a diversas horas y por distintos caminos los padres dominicos del Tonkín; los padres de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, que también contaban con una gran misión en aquellas tierras, y monseñor Hilario de Jesús, Vicario Apostólico. Como los habitantes de los lugares vecinos Ke Bui, Tru Linh y Tru Lê reclamaban también los sagrados restos —e incluso al parecer se llegó a las manos—, tuvo que intervenir el Vicario Provincial de los dominicos, fray Pedro Mártir Ponsgrau, íntimo amigo de los dos mártires y su superior religioso, que determinó que fuesen enterrados definitivamente en la iglesia de Luc Thuy, donde estaba la comunidad cristiana más numerosa y donde habían sido apresados, y el Vicario Apostólico concedió la autorización necesaria.

Siete días después exhumaron los venerandos ca-

dáveres; los identificaron de nuevo; cerraron y precintaron los ataúdes con sus nombres; se efectuó un entierro solemnísimo, en el que ofició el obispo y Vicario Apostólico, y, con una impresionante procesión con velas encendidas, fueron trasladados de la casa hasta la iglesia oculta de Luc Thuy, donde fueron depositados junto al altar de Nuestra Señora del Rosario. En aquella ocasión aseguraron algunos haber percibido, ante la sangre y los restos de los santos mártires, una especial fragancia que no era natural. Como se trataba de un verdadero triunfo, prelude de otros muchos, había motivos para alegrarse y dar gracias al Señor: por ello todos aquellos actos solemnes y devotos en plenitud terminaron con el canto de un *tedéum*, dando gracias a Dios admirable en sus santos.

La noticia de la muerte de los dos padres, que llegó a Manila el día 1 de mayo de 1746, fue recibida y celebrada como una victoria de la fe, y, por tanto, con la satisfacción y el gozo de los triunfos. Anunciada por un repique de campanas, que acompañaron luminarias y fuegos de artificio, se alzó un solemne canto de acción de gracias a Dios por la victoria de sus mártires. Una misa en el altar de la tradicional Virgen del Rosario del templo de Santo Domingo de Manila fue el prelude de una espontánea y multitudinaria procesión, presidida por la imagen de la Virgen, que recorrió la ciudad. No había para menos: Francisco Gil y Mateo Alonso habían sido los primeros en llegar a la meta. Eran los "protomártires dominicos" del Ton-

kin, y tras ellos irían otros muchos, elegidos por Dios.

El Capítulo Provincial de la Provincia del Santísimo Rosario de 23 de abril de 1747 comunicaba con carácter oficial el hecho, ya bien conocido, y recalca-
ba que, como algo oportunamente probado y expuesto,
había sido presentado al Maestro de la Orden a fin
de recabar el reconocimiento definitivo por parte de
la Iglesia ¹⁹.

Tres años después del martirio de nuestros santos,
el rey del Tonkin quiso que se le tradujera una ins-
cripción europea, y mandó llamar a los prisioneros
europeos Gil y Leciniana. Tuvieron que informarle de
que hacía tres años que habían sido decapitados: el
rey ni se había enterado. Cosas del Tonkin. El sobera-

19. ACPSR (1747): "Denuntiamus huic nostrae Provinciae ejus-
que missionibus putationis tempus, advenisse, quo flores appareant
in terra nostra, sitque fructus terrae nostrae sublimis ut pote non
tantum mundo gloriosus, sed coelo; etenim in Curia Regni Tun-
kinensis die 22 Jan. anni 1745 gloriosum pro Fide, ac Evangelii
praedicatione agonem feliciter consumarunt Capite plexi duo stre-
nui Missionarii hujus nostrae Provinciae nempe R. P. Fr. Francis-
cum Gil de Federich, Conventus Barcinonensi filius, et R. P. Fr.
Matheus Alonso Leziniana, filius Conventus Sanctae Crucis Segov-
viensis. Quorum primus per spatium septem annorum, ac dimidii,
secundus plusquam per integrum annum carcerati custodia macera-
ti, variisque tribulationibus afficti, iteratisque vicibus ad Tribunalia
aducti illustre testimonium dederunt ejus, quae in eis erat fidei praed-
icationisque Evangelii, quae eis ab hac nostra Provincia. erat de-
mandata; cujus praedicationis non parvos fructus etiam vinculis as-
tricti in carcere collegerunt; quousque coelo maturi Regia sententia
dies S. Vicentii Mart. sacro pari constantia parique aemulatione,
sacrosanctis sacramentis rite expiatis capita, et corpora dederunt
pro Christo, animas Christo obtulerunt. De illorum martyrio variae
extant relationes, tam latino quam hispanico idiomate elaboratae,
quas ad manus nostri Rmi. iam credimus pervenisse". (fol. 148).

no se enfadó mucho y ordenó que le buscaran inmediatamente otro misionero europeo.

De manera tan pintoresca, casi increíble, la persecución decreció de modo apreciable por espacio de algunos años²⁰. Este y otros hechos fueron atribuidos por la gente a la intercesión de los confesores de la fe martirizados tres años antes, cuya memoria tenían muy presente y cuya protección experimentaban: aumentaron las conversiones, y la mayoría de los apóstatas buscaban la reconciliación; la frecuencia de los sacramentos era cada vez mayor, y la fe cristiana brillaba en el mundo annamita de modo desacostumbrado: se palpaba la presencia de la fuerza moral y del estímulo de los santos mártires.

Tan sonada fue la reacción de los cristianos, que las actas de la Congregación Intermedia de la Provincia del Santísimo Rosario, el 26 de abril de 1749, registran el hecho como algo extraordinario, y, reconociendo que solamente un misionero dominico quedaba en el Tonkín, la Provincia se comprometía a enviar cuanto antes los refuerzos posibles. Ahora bien, una nueva aurora amanecía en la heroica cristiandad del Vietnam del Norte, un nuevo amanecer brillante, esplendoroso y esperanzador: el de las vocaciones nativas. Los primeros vietnamitas que habían profesado en la Orden de Predicadores iban a ser fecunda semilla, regada con sangre de mártires, siembra evan-

20. Eugène Veuillot, *La Cochinchine et le Tonquin...*, pág. 168.

gélica para construir la futura Iglesia del Vietnam, fiel y heroica ante Dios y ante los hombres²¹.

El supremo Magisterio de la Iglesia ratificó definitivamente el martirio de Francisco Gil de Federich y de Máteo Alonso Leciniana, por boca de otro santo, San Pío X, el día 20 de mayo de 1906.

21. *Acta Congregationis Intermediae* (1749), en ACPSR: "Nec praetermittendum quod haud sine plausu, et admiratione; post mortem, nempe VV. PP. FFr. Francisci Gil de Federich, et Mathaei Alonsi Leziniana, catervatim ac crebris Christiadas conflure sacrum Poenitentiae Sacramentum frequentantes, Apostatas plusquam solito ad fidei amplexum redire; et infidelium turmam Sacrum Baptisma postulare; cujus novissimum experimentum videre libebit in duobus integris populis avide petentibus labacrum, quorum unus trecentas, alter vero octingentas continet animas. Utinam tam multiplici messi colligendae operariorum copia adesset! Unus enim tantum in Missione nostra ex Patribus Europaeis Minister est superstes. Tanta vero inopiae aliquo modo (pro viribus) nostra haec Provincia occurrens, aliquos illius Regni incolas moribus, et vita probatos ad nostrum habitum recipi curavit. In eodem quippe Regno jam duo solemnem professionem emisserunt; alter vero Diaconatus ordine jam pridem initiatus ad habitum est receptus. In Conventu quoque nostro Manilensi duo ejusdem Regni juvenes habitum nostrum susceperunt, qui Regis nostri Catholici expensis in Regio nostro D. Joannis Lateranensis Collegio educati fuerant pariter, et edocti" (fol. 163). La comunicación oficial a la Santa Sede la había hecho desde Macao, en carta fechada el 22 de diciembre de 1745, el procurador Arcangelo Miralta, quien, después de aludir a la relación enviada por Ponsgrau, añadía: "Venendo scritto da altri, esse accaduti vari prodigi col sangue de sudesti, che fra quei christiani se vene erano de timidi, questi avevano concepiso grande animo in diffesa da S. Fede, relatandosi principalmente di un grande Mandarino Xuo di nome il quale in vedere la costanza dei due Martiri si ravivo nella S. Religione non temendo come prima le minaccie del suo sovrano, e publicossi esser christiano con avere invitato quel Vic.º Ap. M.º Coricense che volesse dignarsi per li giorni di Pasqua a fare le fonzioni Ecclesiastiche in sua casa, che fece ingrandire per ricere tutti i Xani che vi concorsero in gran n.º da vari luoghi, e che fu publico e noto a gentili" (SOCP, tomo 46, fol. 222).

El proceso concluirá gloriosamente con la solemne canonización de ciento diecisiete mártires del Vietnam, anunciada por Su Santidad Juan Pablo II para el día 19 de junio de 1988.

Una ilusión evangélica nacida en Tortosa, caldeada y madurada en el convento de Santa Catalina Virgen y Mártir de Barcelona, desbordó en frutos de vida eterna en tierras del Vietnam. Un ideal inmarcesible, dar a conocer a Cristo hasta la muerte, encontró un gran paladín en el padre fray Francisco Gil de Federich, de la Orden de Predicadores.

APÉNDICE

Ofrecemos al lector la edición del discurso de ingreso del padre fray Francisco Gil de Federich en la Academia, que leyó en la fecha indicada en su biografía. La lectura atenta del mismo, a través de las fuentes utilizadas, pone de manifiesto un contenido más denso que lo que permite adivinar una ojeada superficial. En principio debe tenerse en cuenta que se trata de una disertación dirigida a un grupo docto, pero no de teólogos: discurso de circunstancias, de duración limitada y muy condensado. Su estilo, escueto y pobre, no le favorece. Además, responde al de una persona cuya lengua coloquial era el catalán; que tuvo que desarrollar sus estudios y las clases en latín eclesiástico, lo que condicionaba su estructura mental; y que en público hubo de expresarse en castellano, por imperativos políticos y sociales. No se puede esperar, pues, un texto de finura literaria: ni había cultivado un estilo propio, ni lo pretendía.

El tema, que puede parecer un *divertimento* de la

escolástica tardía, se inserta, con dos siglos de adelanto, en lo que hoy se conoce como teología del trabajo, en la línea del padre Chenu cuando habla del deber cristiano de "dar su sentido casi sacramental al trabajo en el misterio de Cristo".

Como teólogo, tiene presentes también los brotes docetistas que surgen de cuando en cuando, y que tienden a deshumanizar la humanidad de Cristo. Cabe situar su discurso en un contexto de humanismo teológico, que pugna por mantener en alza el sublime grado de ejemplaridad que se deriva de la sacratísima humanidad de Jesús. Como es natural, todo ello visto y entendido a la luz y con la mentalidad del siglo XVIII.

Y, por último, conviene tener presente que fue recibido "a título de moralista e historiador", como recuerda Bayerri Bertomeu.

[Fol. 1] DISSERTACIÓN SACRA E HISTÓRICA
ACERCA EL MODO DE VIVIR QUE TUVO LA
MAGESTAD DE CHRISTO DENDE LOS 12 AÑOS
HASTA LOS 30 DE SU EDAD

Pretendía lograr el gusto de oír sin passar por la molestia del trabajar; pero como este sabio Congresso no permite en sus individuos el ocio, viéndome por él honrrado con la gracia de admitido, me es fuerza llevar este papel en crédito de mi trabajo, aunque sea manifiesto de mi poco saber.

Variamente discurrieron los Autohores sobre este punto, y dexando aparte la sentencia del Autor del Libro de la infancia de Christo que dize se empleava en estudiar y hazer milagros, como referan la infancia y mi Angélico

Maestro (1)¹, por estar condenado por apócrifo, por ser lo que dicen contrario a la Sagrada Escritura, y la sentencia de los hereges valentinianos que dezían se empleava en estudiar, como refiere San Ireneo, lib. I, cap. 10, sólo averiguará el sentir de los Autores que más cathólicamente escribieron de este assumpto. Dixerón unos que la Magestad de Christo en aquel tiempo hizo vida religiosa y se empleava sólo en orar y visitar el templo, negándole toda ocupación en acciones mecánicas y exteriores; de este sentir fueron Paulo Burgensa (2)¹, Barradas (3)¹, Simón de Cassia (4)¹ y Silveira, aunque por diferentes razones: unos porque la Magestad de Christo tenía el sumo grado de la contemplación, y assí no debía ocuparse en acciones exteriores, que parece se oponen a la vida contemplativa. Otros porque les parecía mal que la Magestad de Christo se empleara en obras mecánicas; porque los oficiales de estas artes suelen usar y hablar palabras indecentes y vanas, indignas de la Magestad de Christo. Pero ni la una ni la otra razón convencen aun probablemente el parecer de los sobredichos autores. No la primera porque la Virgen Santísima tuvo un grado de contemplación muy elevado y no obstante es común sentencia se ocupava en obras exteriores, y de San Pablo quien se entregava mucho a la contemplación lo dize el Sagrado texto (5)¹, y que la contemplación no se oponga a estas acciones exteriores lo enseña San Agustín (6)² contra aquellos monjes que por esta razón no querían [fol. 2] trabajar, en aquellas palabras: "Quid ergo impedit servum Dei manibus laborandem legem Domini meditari, et psallere nomini Domini altissimi?"

Ni tampoco la segunda porque San Joseph se empleó en semejantes artes, sin tropezar en obras ni palabras, con mucha más razón Christo; pues tenía mayor gracia.

Sabidas ya las razones desta parte y vista su poca subsistencia, passo a firmar el parecer de los AA. que dizen que la Magestad de Christo en aquel tiempo no sólo se

empleó en orar, sino que también se empleó en obras mecánicas, o manuales. Esta sentencia es más conforme, como veremos, a la Sagrada Escritura, a los SS. PP. y a la razón, y así probaré ser la más verisímil, sin pretender demostrarla; porque si no ay principios en la Escritura de donde necessario inferirla...

Pero para proceder con acierto y mayor claridad se ha de notar que la Magestad de Christo dende los 12 años quando de Jerusalén baxó a Nazaret hasta los 30 que empezó a publicar su doctrina siempre habitó en Nazaret, por lo que le llamaron Nazareno (1)³, y que en este tiempo es cierto, 1.º, que estuvo sujeto a sus Padres y prompto a obedecer sus preceptos y que crecía en sabiduría y edad, como refiere San Lucas (2)⁴. 2.º, que nunca estuvo ocioso, porque quien aborrecía el ocio (3)⁵ no es justo estuviera sin empleo. 3.º, que en todo este tiempo ni se empleó en predicar, por lo que refiere San Matheo (4)⁶; ni en hazer milagros, por lo que dize San Juan (5)⁷, que el primer milagro lo hizo en las bodas de Caná de Galilea. 4.º, que las obras mecánicas en que se empleava eran en las del arte de su Padre putativo, y como éste, según Santo Thomás (6)⁸ y la sentencia más común, era carpintero, las obras manuales en que probaré se empleó fueron obras de carpintería; esto notado...

Se ha de suponer que la Magestad de Christo fue tan pobre que no tenía nada de hazienda, según aquello (7)⁹: "Filius hominis non habet ubi caput suum reclinet", y que sus padres estavan tan necessitados que era preciso trabajar para comer; quapropter quando le ofrecieron al templo no pudieron dar un corderillo (8)¹⁰ como de la gente acomodada disponía la ley, sino un par de tórtolas, o dos pichones, como refiere San Lucas (9)¹¹, alivio que dava la ley a los pobres; quo suposito...

Provo la conclusión, 1.º, con aquello de San Marcos (10)¹² en donde refiere que los de Nazaret dixeron de Christo: "Nonne hic est faber, filius Mariae?" De lo que se forma

un sillogismo de este modo: la noticia [fol. 3] del modo de vivir de cada uno, de ninguno se puede firmar con más seguridad que de aquellos que le conocen; de los de Nazaret, que desde niño conocían a Christo admirados de su doctrina dixeron ser carpintero; luego... Confírmase esto con lo de San Justino (1)¹³, autor muy antiguo que dize de Christo que "erat aratra et juga boum conficiens", y sin duda debía ser ésta en aquel tiempo antiguo común opinión; pues en tiempo de Juliano Apóstata (2)¹⁴, preguntado un christiano por un amigo de Juliano qué hacía el hijo del carpintero, respondió que hacía un ataúd para su amo: obras todas mecánicas y propias de un carpintero.

2.º Se haze verisímil la sentencia dicha por estas razones de por qué la Magestad de Christo en todo el tiempo que estuvo en Nazaret, desde los 12 hasta los 30 años, no se empleó en estudiar, lo que era tan notorio que no sólo en Nazaret su patria no se ignorava, como consta en aquello de San Marcos (3)¹⁵: "Unde huic haec omnia, et quae est sapientia quae data est illi?", sino que también en Jerusalén se sabía, Joan., 7: "Unde litteras scit, cum non didicerit?"; luego...

Pruévase esta conseqüencia; porque Christo no estuvo en todo aquel tiempo ocioso, no sólo en sí como está dicho, sino que ni dio motivo para que le notaran de esta falta, lo que se collige de la Escritura; porque todo lo que se avía advertido de Christo que podía parecer falta o que podía servir en descrédito de su persona se lo objetaron los judíos, y así dixeron de él que era dado al vino (4)¹⁶, que era goloso, amigo de gente vil y poca conciencia, y otras cosas, sin nunca darle en rostro la ociosidad. Lo que es señal claro de no aver dado nunca motivo aparente para notarle de esta falta; luego, si no dio, es clara esta conseqüencia: Porque Christo, para que no le notaran tal falta, avía de hazer alguna cosa en que todos pudieran ver en qué se empleava; de esto, suposito que no se empleava en estudiar, no podía ser sino empleándose en

obras mecánicas; porque de que sólo se ocupara en ayunar y contemplar, como dicen los contrarios, no se podía colgar no huviesse estado ocioso; porque estos actos son ocultos; imo potius inferían que siempre estava mano sobre mano, o que lo hazía por no trabajar, como de muchos santos y santas muy dados a la contemplación ha dicho el mundo; luego, si no dio motivo para que le notaran de ocioso; si no se empleó en estudiar...

[Fol. 4] 2.º Se haze probable esta sentencia: Porque Christo en todo este tiempo de su vida comió el pan con el sudor de su rostro; de esto, suposito que no se empleara en estudiar y predicar, no podía ser sino empleándose en obras manuales; porque con la contemplación no se puede dezir que comiera el pan con el sudor de su rostro, pues esto no es pena sino deleite; luego...

Próvase la mayor: Christo padeció en sí todas las miserias y penas que nos ocasionó el pecado de Adán, según aquello (1)¹⁷: “Vere languóres nostros ipse tulit et dolores nostros ipse portavit”, excepto aquellas que “important defectus scientiae et gratiae”, como dize mi Angélico Maestro (2)¹⁸; de una de aquellas penas era el comer el pan con el sudor de su rostro y su trabajo, según aquello (3)¹⁹: “In sudore vultus tui vesceris pane tuo”; go...

3.º Porque Christo era pobre y sus Padres eran tan pobres que avían de trabajar para comer, como está dicho; luego...

Próvase esta consequéncia; porque no es creíble que los Padres de Christo trabajaran para sustentarle y que Christo no les ayudara, pues sería especie de impiédad e ingratitude digna que Christo la reprehendiese en cualquier mozo que hallándose robusto y que teniendo sus padres viejos y avían menester trabajar para sustentarle no les ayudara; luego y así...

FR. FRANCISCO GIL DE FEDERICH.

Tal como ha llegado hasta nosotros esta disertación, es más bien un guión que un texto completo destinado a ser leído íntegro. La forma escolástica y la simple indicación de las conclusiones en las palabras *ergo* o *go*, *assí*, *quo supposito*, *imo potius*, etc., abrían un espacio en que el orador echaba mano de una improvisación adaptada al auditorio que tenía delante, permitiendo una intervención más brillante y de altos vuelos, que ha quedado completamente soterrada en una redacción fría y aparentemente ingenua, que nos ha escamoteado el sólido fundamento humano y teológico que contiene.

La localización de las notas, que el mismo autor fue dejando escritas en los márgenes de su disertación, y el conocimiento del texto completo ponen de manifiesto los puntos de vista que hace suyos y las opiniones que rebate. Es la mejor manera de interpretar el pensamiento del nuevo académico en aquella ocasión.

NOTAS AL DISCURSO DE FRAY FRANCISCO GIL DE FEDERICH

Ofrecemos aquí la localización de las notas indicadas por el santo académico en su discurso, con el texto completo y notas complementarias.

1 (1), (2), (3), (4) y (5). Se cita el *Liber de Infantia Salvatoris*, que forma parte de los evangelios apócrifos correspondientes a los ciclos de Navidad e Infancia de Jesús. Escritos llenos de fantásticas narraciones, de los que tenemos dos versiones latinas, de redacción tardía. En castellano poseemos la buena edición de Aurelio Santos Otero, con texto crítico, en *Los Evangelios apócrifos* (Madrid,

B.A.C., 1984, 4.ª ed., págs. 260-275 y 366-372). Fray Francisco Gil hace suya la postura de Santo Tomás que rechaza de plano semejantes narraciones por su carácter apócrifo, en la *Summa* (3.ª, q. 43, a. 3), y partiendo de la afirmación del Evangelio de San Juan (2, 11) de que el primer milagro de Jesús tuvo lugar en Caná de Galilea, pensamiento que razona de la siguiente manera: "Miracula facta sunt a Christo propter confirmationem doctrinae ejus, et ad ostendendam virtutem in ipso. Et ideo quantum ad primum non debuit ante miracula facere quam docere inciperet; non autem debuit incipere docere ante perfectam aetatem, ut supra habitum est, cum de baptismo ejus ageretur. Quantum autem ad secundum, sic debuit per miracula Deitatem ostendere, ut crederetur veritas humanitatis ipsius."

La exposición que sigue, sobre las diversas opiniones acerca de la actividad de Jesús en los años de su vida oculta, se basa en un fragmento de Cornelio a Lapide que citamos entero: "Rursum miracula pueri Jesu, quae vulgo a nonnullis narrantur, refutat S. Chriostomus, hom. 20 in Joan. Primum ejus miraculum fuit conversio aquae in vinum in Cana Galilaeae, ut ait Joannes, cap. II. Voluit enim usque ad annum 30 latere et fabrillem exercere. Unde S. Justinus Dial. contra Tryphonem: «Faciebat, ait, aratra, juga», etc., ideoque saepe ab eis in Evangelio petit similitudines et metaphoras, ut cum ait: «Tollite jugum meum supero vos.» Et: «Nemo mittens manum ad aratrum, et respiciens retro, aptus est regno Dei.» Idem censent Lyranus, Jansenius, Maldonatus, Dionysius Carthusianus et Abulensis, in cap. XIII Matth., Quaest. LXXXI, ac Cajetanus et Franciscus Lucas, in cap. IV Marci, 3: esto Christum fabrillem exercuisse neget Paulus Burgensis, in cap. VI Marci, ac noster Barradius, et Simon de Cassia, lib. IV, cap. II, qui censent Christum usque ad annum 30 instar Religiosi abstractum vixisse, ac orationi et contemplationi aequae ac jejunio vacasse. Si objicias Nazarenos vicinos Jesu, ei docti objecisse: «Nonne hic est faber?» respondent ex S. Agustino, lib. II De Cons Evang., cap. XLII: «Eo fabrum credebant quo fabri filium», ut habet Matthaeus, cap. XIII, 55. Verum cum Nazareni quotidie viderent Jesum et opera ejus studiose observarent, videntur ab opere fabrilium eum vocasse fabrum; alioqui enim si eum otiosum vidissent, ejus otium et inertiam taxassent, quod paupertati parentum laborando non succurreret, nec patrem aum Joseph fabricantem adjuvaret eique laborando collaboraret. Adde; voluit Christus fabricando dare exemplum vitae mechanicis, ut fabricando et laborando victum sibi parent; hoc enim honestum est, porro: a societate fabrorum qui scurrilia loquebantur, abstinebat Joseph, multo magis Christus. Sic faber tabernaculorum fuit S. Paulus, etiam cum praedicaret" (*Commentaria in Lucam*, cap. II).

La cita completa de Justino, en su versión latina, es la siguiente:

"Et cum venisset Jesus ad Jordanem et Josephi fabri filius crederetur, ac informis, ut praedicabant Scripturae, videretur, faberque ipse existimaretur (haec enim fabrilis opera faciebat, cum inter homines versaretur, aratra et juga), his rebus etiam justitiae insignia et vitam actuosam ducens" (PG, 6, 687).

La cita de Maldonado dice: "Por esto algunos autores respetables piensan que Cristo antes de lanzarse a predicar ejerció un oficio manual; y yo lo juzgo muy probable, y lo mismo cree Lirano. ¿Qué hubiera hecho si no en los treinta años de su vida oculta? Aunque San Agustín dijo que se le llamaba carpintero no por otra cosa sino porque se le creía hijo del carpintero" (*Comentarios al Evangelio de San Mateo*, B.A.C., 1956, pág. 514).

La herejía valentiniana, representante de la falsa gnosis, ya conocida en Justino, pero refutada por Ireneo de Lyon, se sitúa en el esfuerzo por defender la unidad en Cristo, frente a la dualidad predicada por dichos herejes, que Ireneo presenta: "Sunt autem qui dicunt emississe et Christum Filium suum, sed et animalem; et de hoc prophetas locutum esse. Esse autem hunc, qui per Marian transierit, quemadmodum aqua per tubum transit, et in hunc in baptisate descendisse illum, qui esset de Pleromate ex omnibus Salvatorem in figura columbae" (Ireneo, *Adversus haereses*, en PG, 7, 514; su desarrollo completo se sigue en los libros I, caps. VI y VII, y III, caps. XVI, XVIII y XIX).

2 (6). El tema de que la actividad externa se opone a la contemplación tenía y sigue teniendo gran repercusión. El padre Gil acude a Santo Tomás, y el Aquinatense se apoya en textos de San Agustín, de autoridad indiscutible. Tomás de Aquino, en su opúsculo *Contra impugnantes Dei cultum et religionem*, en el capítulo XXVIII, se interroga sobre la obligación que tienen los religiosos de hacer trabajos manuales. Tema que en su tiempo preocupó a San Agustín, y que lo expuso en su tratado *De opere monachorum*. El texto de Tomás y Agustín es muy sustancioso: "Si religiosi excusantur a labore manuum, maxime videntur excusari propter hoc quod vacant psalmis, orationibus, praedicationibus et lectionibus. Sed propter ista non excusantur. Ergo omnino laborare tenentur. Media probatur per hoc quod dicit Augustinus in libro *De opere monachorum*: «Quid agant qui operari corporaliter nolunt, cui rei vacant, scire desidero. Orationibus, inquam, et psalmis et lectioni et verbo Dei.» Et singula istorum removens, dicit primo de oratione: «Citius exauditur una obedientis oratio quam decem millia contemptoris»: innuens esse contemptores et indignos exaudiri qui manibus non operantur. Secundo quantum ad vacantes divinis canticis subjungit: «Cantica cantare divina etiam manibus operantes facile possunt»; et infra: «Quid ergo impedit servum Dei manibus operantem in lege Domini meditari, et psallere nomini Domini altissimi?» Tertio subjungit de lectione: «Qui autem dicunt se vacare

lectioni, nonne illic inveniunt quod praecepit Apostolus? Quae est ergo ista perversitas, lectioni nolle obtemperare, dum vult ei vacare; et ut quod bonum est, diutius legatur, ideo facere nolle bonum quod legitur? Quis enim nesciat tanto citius quemque proficere cum bona legit, quanto citius facit quod legit?» Quarto subjungit de praedicatione: «Si autem alicui sermo erogandus est, et ita occupet ut manibus operari non vacet, numquid non omnes in monasterio possunt? Quando ergo non omnes possunt, cur sub hoc obtentu omnes vacare volunt? Quamquam si omnes possent, vicissitudine facere deberent, non solum ne caeteri a necessariis operibus occuparentur, sed etiam quia sufficit ut audientibus pluribus unus loquatur.» (Cfr. San Agustín, op. cit., en *PL*, 40, 547-582, o en *C.S.E.L.*, *XLI*, págs. 529-596, especialmente en los capítulos *XV*, *XVII* y *XXII*.)

3 (1). Mateo, 2, 23: "Et veniens habitavit in civitate quae vocatur Nazaret: ut adimpleretur quod dictum est per Prophetas: Quoniam Nazaraeus vocabitur."

4 (2). Lucas, 2, 40: "Puer autem crescebat, et confortabatur plenus sapientia: et gratia Dei erat in illo."

5 (3). Mateo, 20, 1-16: contiene la parábola de los jornaleros que van a trabajar a la viña del Señor a distintas horas y todos reciben el mismo salario.

6 (4). Mateo, 4, 17: "Exinde coepit Jesus praedicare, et dicere: Poenitentiam agite: appropinquavit enim regnum caelorum."

7 (5). Juan, 2, 11: "Hoc fecit initium signorum Jesus in Cana Galilaeae: et manifestavit gloriam suam, et crediderunt in eum discipuli ejus."

8 (6). Tomás de Aquino, en sus *Expositiones in Matthaeum* (*XIII*, 55), comenta la expresión "fabri filius", en la que resalta "etiam posset dici filius fabri qui fabricatus est auroram et solem" (Salmo [73] 74, 16). Interpretación que repite en la *Catenae aureae*.

9 (7). Mateo, 8, 20: "Vulpes foveas habent, et volucres coeli nidus; Filius autem hominis non habet ubi caput reclinet."

10 (8). Levítico, 12, 8: "Quod si non invenerit manus ejus, nec potuerit offerre agnum, sumet duos turtures vel duos pullos columbarum, unum in holocaustum, alterum pro peccato; orabitque pro ea sacerdos, et sic mundabitur."

11 (9). Lucas, 2, 24: "Ut darent hostiam secundum quod dictum est in lege Domini par turturum, aut duos pullos columbarum."

12 (10). Marcos, 6, 3: "Nonne hic est faber, filius Mariae, frater Jacobi, et Joseph, et Judae, et Simonis?"

13 (1). Cfr. la nota 1.

14 (2). Sozomenus, *Historia ecclesiastica*, lib. VI, cap. II (*PG*, 67, 1295): "Quod si cuipiam haec parum sufficere videtur ad ostendendum Julianum ultione divina interfectum esse, propter ea

quod Ecclesias Dei devastaret, is in animum ditionem pararet, enque bello confecto christianos male multatum se minaretur, ac per ludibrium diceret, filium fabri nullam ipsis opem afferre valiturum; respondens illi ita praedixit: Iste fabri filius arcam ei ligneam parat ad tumulum. Sed et ipse accepto demum vulnere, aliquatenus intellexit a quo laesus fuerat, nec calamitatis suae causam penitus ignoravit. Nam cum vulneratus esset, haustumque e vulnere suo cruorem in coelum projecisse dicitur, velut in Christum sibi apparentem oculos conjiciens, eumque suae necis auctorem incusans."

15 (3). Marcos, 6, 2: "Unde huic haec omnia?, et quae est sapientia quae data est illi, et virtutes tales quae per manus eius efficiuntur?"

16 (4). Mateo, 11, 19: "Venit Filius hominis manducans, et bibens, et dicunt: Ecce homo vorax, et potator vini, publicanorum et peccatorum amicus."

17 (1). Isaias, 53, 4.

18 (2). Tomás de Aquino, *Summa theologiae* (3.^a, q. 14, a. 4): "Sunt autem tertii defectus qui in omnibus hominibus communiter inveniuntur ex peccato primi parentis, sicut mors, fames, sitis et alia hujusmodi: et hos defectus omnes Christus suscepit, quos vocat Damascenus, lib. III, cap. XX, col. 1082, t. I, «naturales et indetractibiles», naturales quidem, quia consequuntur communiter totam naturam humanam; indetractabiles autem, quia defectum scientiae et gratiae non important."

19 (3). Génesis, 3, 19: "In sudore vultus tui vesceris pane, donec revertaris in terram de qua sumptus es: quia pulvis es et in pulverem reverteris."

* * *

Como complemento de este Apéndice, se transcriben a continuación tres cartas de Francisco Gil de Federich a su tío, padre Ildefonso de Sans, O. P., celosamente guardadas como reliquias por los familiares del santo. Fueron escritas en tres momentos decisivos en su trayectoria misionera: la primera, en febrero de 1735, a punto de embarcar para el Tonkín; la segunda, en noviembre de 1736, a raíz de sus primeras experiencias en tierras vietnamitas, nueve meses antes

de ser apresado, y la tercera, en junio de 1743, año y medio antes de recibir el martirio. Aunque destinadas a ser leídas por todos, iban dirigidas a su tío dominico: existía entre ambos una corriente profunda de afecto mutuo, y el padre Ildefonso se interesaba mucho por la actividad misionera del padre Francisco.

Son escritos sencillos y espontáneos, no exentos de ingenuidad y candor, y aunque en ellos se oculta discretamente el aspecto brillante de la gestión del santo, constituyen un documento de valor histórico sobre la vida del misionero y sobre ciertos aspectos populares de aquellas regiones, bajo el dominio de España.

Falta algún pequeño fragmento, porque a veces se cortaban trocitos para reliquias; pero el texto se conserva en casi su totalidad. Dado que son muy escasos los documentos de aquellos años, es grande el valor de estas cartas, por lo que su publicación se justifica sobradamente.

Tío mío:

A los primeros días de agosto del año de 34 recibí una de D. G., su fecha en 4 de julio de 33, y es la única que de Europa tengo recibida desde que de ella salí. La que fue para mí de singular gozo, pues leí las noticias de la salud de todos quasi en ella, que pensaba habían ya algunas de ellas pasado a la otra vida. Yo, gracias a Dios, lo paso y he pasado lo común con mejor salud que en Europa. He estado en estas islas cuatro años y medio; los dos y medio he estado cuidando de algunos pueblos de Indias, según la obediencia me ha mandado, y aprendiendo su lengua; los pueblos últimos que yo cuidaba eran

Mulnuguey y Seltanz, en la provincia de Pangasinán: entre los dos tendrán mil y trescientas comuniones; los otros dos años he sido compañero y Secretario del Provincial, y así he visitado con su Rev.^a la Provincia, habiendo con esto andado toda esta isla de Luzón a lo largo de cabo a rabo; la mitad ya la habían andado cuando llegué a la ciudad de Manila; la otra mitad en la visita, porque en el extremo de ella hay una Provincia nuestra que se llama Cazay, donde administran nuestros religiosos. Anduvimos como 250 leguas de ida, por partes bien peligrosas y desiertas y en otras partes por ríos. Ahora he puesto por execución un deseo que años atrás tenía, que era de ir a las Misiones del Reino de Tunquín, que dista de estas islas 400 leguas por mar; pues con la ocasión de ser Secretario he podido recabarlo del P. Provincial, y ha sido preciso juntarse muchas cosas para averme dado licencia, pues todos los PP., bendito sea Dios, me querían mucho y gustaban de tenerme cerca, y más que todos el Provincial, y así juzgo que es de Dios el que yo vaya allá, y por averlo juzgado así los PP. me han dado licencia, pues parecían inatables los cabos que se habían de juntar para ir yo allá. Es misión muy peligrosa, así en el cuerpo, pues se anda descalzo de pie y pierna, con una bata y calzoncillos, no se puede llevar hábito, y raro es el que no le prueba la tierra con una grave enfermedad, y también es peligrosa en el alma, ya por el *vae soli*, ya también porque no puede ver muy a menudo los PP.; allí casi siempre ay persecución, y tenemos pocos religiosos porque no han podido entrar algunos que han enviado, y yo voy también con ese peligro en compañía de otro que ya ha ido y se ha vuelto por no poder entrar. Aí le remito una carta que he recibido este año pasado, para que por ella se entere D. G. de lo que es aquella Misión, cuya carta no se olvide leerla a la Sra. Candia o al Sr. Jacinto su marido, pues no dejará de llorar al oírla, pues conoce muy bien al sujeto, y después hágame el favor de remitirla a Barcelona o al Sr. Boigas,

o Sr. Leonart, o Mercader, o Revdo. Senant, para que leída la entreguen al P. S. Iset, ex provincial franciscano, tío del que me la escribe, pues no tiene dél ningunas noticias.

Todo lo dicho se ordena a suplicarles me encomienden de veras a Dios para que me ayude y me dé lo que más convenga para su honra y gloria, pues yo de ninguno me olvido, y he dicho por todos muchas misas, porque acá tenemos bastantes días libres y no necesitamos decir misas para [...] todo lo necesario. Por cada religioso que muere de la Provincia dice y aplica *ex justitia* cada uno seis misas, y los que están fuera tienen obligación de decir dos misas cada semana, por los que andan fuera Convento que hay en Manila, y los que están en el Convento cuatro, y en las demás es libre la intención.

En cuanto a lo que me pide de noticias de este país o Grande Pangasinán, digo que es abundante de frutas de la tierra, de arroz, de gallinas y carnes, y pescado: aunque no es muy sobrado, es tan lo que sobra que lo que falta. De oro también es abundante: lo cogen en las orillas de los ríos, después de las avenidas, para llevarlo a Manila a vender, y por eso raro es el indio o india que el día de fiesta no trae un poquillo de eso. El modo de vestir de los hombres de cada día es una camisilla azul que llega hasta la cintura y unos calzoncillos del mismo color, todo de algodón. Las mujeres llevan del mismo modo la camisa, y en lugar de saya una como manta, que en esta Provincia llaman sagués, y enbuelven de medio abajo con ella, y cuando van a la iglesia llevan las más su manto suelto, que nunca lo cogen como en España, y las que no tienen para manto llevan un pañuelo en la cabeza los días de fiesta, que es de algodón. Muchos y muchas lo traen de seda, y sólo añaden los hombres una chupa, y ya se van introduciendo unas casaquillas, y las mujeres y algunos hombres también llevan juboncillo de seda, y camisillas blancas de lienzo algunas. Los principales suelen llevar zapatos y algunas chimelas. También hay quienes usan

sayas de telas de oro, que la vanidad es moneda que en todas partes corre. Chocolate ya toman bastante; su comida regular es arroz y pescado o carne seca, aunque en sus fiestas también usan de carnes frescas. El vino que se saca de unas palmas que llaman miga les gusta a los hombres bastante, y a algunos demasiado. La reverencia que tienen al Padre es mucha, y es común en todas las islas, y así el Padre es quien lo gobierna todo si quiere, y a cuyas órdenes por lo común no se dice "No". Al Padre le dan cocinero y dos hombres que traen agua, leña y lo demás al Convento, y además de éstos hay uno que trae pollos y gallinas y puercos, verduras, frutas y huevos, según se necesita, y pescadores que vayan a pescar para el Padre, y todo lo que toman, y a esta gente se paga todos los domingos, y todo va muy barato. Todos los domingos y fiestas, por lo común, se les predica o explica la doctrina cristiana, y los muchachos todos los domingos la rezan, todo con preguntas, que ojalá se supiera tan bien en España. Y las muchachas hasta 21 años todos los sábados, y baja el Padre y les pregunta y les explica. Para confesarse por la Cuaresma, hasta los Principales se examinan de doctrina cristiana, y el que no la sabe toda o lo más principal de ella bien, la va a aprender primero. En la Cuaresma es mucho el trabajo, pues todos los días mañana y tarde se confiesa, y suele durar esto hasta Pascua de Espíritu Santo. Los que se confiesan hoy comulgan mañana, pues antes de decir misa a ninguno se confiesa, por lo común, sino los que se quieren reconciliar, y al amanecer se dice misa y comulgan. Los muchachos y muchachas que no comulgan se confiesan por Adviento y son examinados de doctrina, pero no como los grandes. Los muchachos de escuela todos rezan tres veces el Rosario cada día, y cuatro con los de casa los más. Los que se han de casar les examinamos también de doctrina cristiana y se les explican sus obligaciones, y el día antes se confiesan. Los bautismos, *secunda* la necesidad, son todos

el domingo por la tarde. Todos los pueblos como tengan Padre tienen cantores y capilla, que en muchos pueblos es muy linda y que podría estar en catedrales de España, porque los indios son muy hábiles para esto, y en los instrumentos se imponen muy presto, y más sin maestro. El Padre, según lo grande del pueblo, tiene cuatro o seis fiscales; éstos tienen obligación de avisar al Padre de si ay borracheras o pecados públicos, para que se quiten; y entran por semanas a su oficio, que es también visitar los enfermos y avisar cuándo hay, y quién es, y cuándo quieren confesar, comulgar o la extremaunción, y acompañar al Padre en todas estas funciones y cuando sale al pueblo y va a ver los enfermos, y esto es casi regular en todas partes. En todas las Indias, por lo común, no hay mejores cristiandades que las de estas islas.

Por irme yo a Tunquín no me deje de escribir, y siempre por medio del Procurador que tenemos siempre en Madrid, o ya sea el que es, que es el padre Contreras, o ya sea cualquiera que le suceda, que de este modo van seguras, y por otras partes, rara o ninguna se logra, como me ha sucedido, y ponga en el sobreescrito "a Manila", pues ya habrá quien tenga cuidado de remitírmela si logro la entrada a Tunquín. Saludo con todo afecto a mi tío canónigo y tío Antonio, y dígales que tomen ésta por suya, pues no tengo otra cosa que escribirles, y sólo les suplico me encomienden a Dios, y lo mismo a la S.^a Cándia y su casa, y dígale que ya nos va saliendo la muela del juicio, que ya no necesitamos de meriendas, y que nos encomiende de veras a Dios, y correspondemos. A mi hermano D. Baltasar y a los conocidos de la Cartuja, escríbales pidiéndoles me encomienden a Dios; a las Madres de la Concepción, a casa Andreu, Mira, a los PP. del Convento y Colegio pido lo mismo, y les saludo con todo afecto, y lo mismo al D.^r Hernández, a Rosa y rector Meseguer, y a todos los demás que de mí se acuerden, y con esto

el Señor les bendiga, que me he alargado más de lo que pensaba.

Manila y febrero, 22 de 1735.

Quien más le estima, su sobrino

FR. FRANCISCO GIL DE FEDERICH.

Tío mío R. P. Fr. Ildefonso Sans:

Al tío mío P. Fr. Ildefonso Sans:

Desde Batavia escribí a vuestra reverencia [...] pasar al Reyno de Tunquín. Llegué asta él, g. a Dios, [el día] de S. Agustín del año de 35, y en ella me mantengo sin novedad. Empiezo ya a confessar, aunque con trabajo, pues la lengua es dificultosa, pero la necesidad suple mis defectos. Cuando llegué a este reyno encontré la novedad de que ya avían preso [al padre] Fr. Pedro Mr. Ponsgrau, y estuvo ocho o nueve días preso; pero también supe como antes que llegara a la corte donde lo llevaban preso tuvieron los PP. habilidad de escaparse, aunque a costa de quatrocientos pi. Aora está bueno, gracias a Dios. De este reyno y del modo que en él vivimos no tengo que escribirle mucho, pues en la carta de dicho I. Sr. le envío un resumen [de] todo lo que yo podría dezir y el como vivimos. Yo sólo añadido que este reyno tiene dos reyes: el uno es el que gobierna, y se llama Chua, y el otro tiene el nombre y la autoridad y se llama Da, pero no se mete en el gobierno, y assí se gobierna este reyno muchos siglos haze. Las costumbres y modos de comer de la gente son todos al revés de los nuestros: la gente por lo común son de buenas inclinaciones, pero por lo común les falta la humildad; son altivos, no son muy sangrientos, y assí pocas vezes se oye dezir que se ha muerto alguien: dende que la fee está en este reyno sólo ha muerto con sentencia uno o dos jesuitas europeos y siete u ocho hombres de la tierra, aunque dèstos ha havido muchos condinados a palizas. La fee de allí a diez años que la dejaron entrar; la

prohibieron con decretos, y se ha renovado, y está tanto en su vigor, que si acusan a los cristianos, los prenden; pero si no los acusan, por ahora no los buscan; porque los mismos gentiles les temen y confessan que no hay quien persiga a la fee que no le suceda algún desastre: y assí es cosa de admirar en este reyno que algunas veces los mismos gentiles nos esconden y nos guardan las cosas de religión y aun las iglesias; pero por no dexar sus mujeres no se hacen cristianos. Quando prendieron al Sr. Ponsgrau, la madre del que lo prendió, sin conocerle, lloraba como si el Padre fuera su hijo, y todo era reprender al hijo, no obstante ser gentil. No obstante, también hay pícaros que no hacen caso de estos sucesos, y assí buscan prender a los PP. o christianos, para que les den plata si quieren librarse. En este reyno son idólatras, aunque ay ya tantisimos christianos; pero el ídolo más arraigado y más dificultoso de arrancar son los padres y abuelos muertos, y éste es el mayor trabajo y lo que muy sienten dexar, el venerarlos con sacrificios.

Y con esto no otra cosa que escribir sino pedir que me encomienden de [verdad] a Dios; y assí saludo a mi madre, tío canónigo, tío Antonio, Pedro, Pepe, Antón, Marieta, Mariana, con todas sus familias, al P. D. Baltasar Pons y toda la demás parentela y conocidos [...], que me encomienden a Dios, pues acá son muchos los peligros *corporis et animae*, y con esto dando gracias a V. P. por nota que va. V. P., si quiere escribir, escriba por la vía del Procurador de la Provincia de Manila, que está en el Convento de la Pasión de Madrid, que es la única vía segura, sea el P. Contreras o sea otro. Con un saludo a la Sra. Candia y toda su casa.

Tunquín y enero 15 de 36.

De V. P., muy de corazón le ama su sobrino

FR. FRANCISCO GIL DE FEDERICH.

Esta carta se quedó por causa de no averse podido partir los barcos; y así, por no multiplicar cartas, escribo en esta misma: A los 9 meses de que estava en este reyno caí en calenturas por causa de un agua que beví no muy buena, y dos meses continuos tuve sesión todos los días, y no podía comer; para después, poco a poco de convaleciente, y estando con ganas de comer, acá a los calenturientos no les dexan comer carnes; el pescado que les dan de comer ha de estar guisado sin azeite y sin manteca: ¡gran sainete para entrar en ganas!; pero nunca hasta aora he convalecido perfectamente, pues 15 días estoy bueno, y después me vuelven las calenturas quatro o seis días; pero, g. a Dios, como como lo suficiente, no me impide administrar a los cristianos, aunque no puedo a tanto como antes, pero esto es vianda de los recién llegados, pues regularmente extrañan el agua y el modo de comer de este reyno. Pero yo, g. a Dios, he tenido gran fortuna, porque aunque a los principios nos hizieron esconder por algunas voces que corrían, pero dende que he estado enfermo he podido estar en casa con paz, no obstante que en otras partes ha havido bastante persecución: dende la que escriví hasta aora han presso de los pocos europeos que acá estamos, aunque los 4 se han escapado, y déstos fue uno el R. Sr. Ponsgrau, que se escapó de noche del barco con los muchachos, echándose al río; los otros dos fueron agustinos descalzos, y a uno lo libraron los cristianos a palos, y el otro se libró con 100 taeles, que es lo mismo que 100 libras catalanas; y yo el otro día de milagro me escapé de caer en manos de gentiles y ser preso, aunque juzgo que si hubiera sido preso, con poca plata me huviera librado; el otro preso, el otro preso de los 4, fue un jesuita, que con plata se libró. No obstante, han quedado presos quatro jesuitas que de nuevo acabavan de llegar a este reyno, con todo el fato que traían, y las diligencias que se ha hecho para librarlos, aunque sin fruto, importan, dicen, más de 25 mil pesos, y corren voces que presto les cor-

tarán la cabeza. El rey viejo vive: sobre la vida de este rey piensan los tunquinos como los portugueses cuando murió el rey don Sebastián. Lo cierto es que su hermano gobernaba, aunque todas las provisiones salen en nombre del otro. Con los 4 jesuitas prendieron dos catequistas que ivan con ellos: el uno ya murió de enfermedad en la cárcel. En lo demás, saludo a todos los de arriba y pido las oraciones de todos, en quienes quedo en Dios nuestro Señor.
Noviembre de 1736.

Rdo. P. Fr. Ildelfonso Sans:

Más escribo para que sepan que aún vivo, y así que me encomienden a Dios, que por participar especiales novedades, que aunque no faltan en este reino, así en lo temporal como en lo espiritual; pues en lo temporal continúan las guerras civiles y cada día se descubren nuevas rebeliones ocasionadas de la ambición ayudada de unas profecías, que no sé si hay alguna que sea de Dios, que el reinado se ha de mudar en otro linaje, y al que se ha de levantar por rey unos le llaman Chên Nhên, esto es, el verdadero, de que las profecías hablan, y otros Mánh Nhên, que quiere decir hombre santo, y esta santidad no está en más virtud que en robar el reino o reinado: con esto hace ya siete años que se destruye este reino, asolándose pueblos, comarcas y provincias y nuestras cristiandades, con infinitas muertes y quemas. Pocos días hace que en nuestras partidas se descubrió una, que si no se hubieran desunido luego en sus principios las cabezas y el rey se hubiera descuidado un poquito, se salían con ello; en otra entraron muchos cristianos y algunos muchachos, que pocos años hace servían a PP.: servían de ganar almas, y otros las cristiandades, por lo que no faltaron muchos que sin fundamento lo atribuyeron a toda la cristiandad y PP., y aunque por ahora no se ha hecho caso de esta voz, temo que si hubiera sido en otra era de tiempo,

hubiera sido ocasión de una gravísima persecución; pero en ésta, ni el rey, ni mandarines, han hecho caso, parece, de la deposición de algunas cabezas de los rebeldes infieles, que así lo confesaron.

Tampoco en lo espiritual faltan sus novedades, pues aunque con las guerras no se meten en perseguir universalmente la fe, y así los PP. pueden administrar y celebrar con solemnidad y concursos las fiestas, no faltan de cuando en cuando temores, como sucede ahora: por las voces dichas de la rebelión, los PP. han de ir más escondidos que antes, y evitar los concursos; ni tampoco faltan guerrillas, que hacen mal a la viña, pues algunos mandarines no dejan de perseguir la fe, como el año pasado en una Provincia el día de la Resurrección un padre jesuita perdió todo el recado y se escapó en cuasi pelotas, quedando presos diez y siete cristianos, que, traídos a esta corte, nueve de ellos murieron en la cárcel y los otros han sido condenados al establo de los elefantes por toda la vida. Este año en la Provincia Oriental, donde no sólo hay pocos cristianos, sino poquísima gente, han sido presas por la fe cinco personas, y las han traído ya a las cárceles de esta corte. En la Septentrional también han preso dos aldeas, las que se han compuesto con mucha suma de dinero con el mandarín que las prendió. A mí también el día 3 de marzo me llamaron a tribunal por la acusación y apelación del sacríficulo que me prendió, y me preguntaron si quería pisar las imágenes, a lo que dije que no, y porque no quería responder a las preguntas de quién me había preso?, me amenazaron darme de mazadas, aunque no fue más que voces, quedándome en la mía de no responder. Y así me mantengo aún en esta cárcel, hasta que Dios disponga otra cosa, administrando a los cristianos que acuden, y donde pueden muchos en los días de fiesta oír misa, sufriendo sólo la avaricia de éstos o sus impertinencias. Dios me dé su gracia para servirle como devo.

Saludo a mi madre, tíos canónigo y D. Antonio, Pedro,

Antonio, Pona, Pepe, María, D. Alejandro, Piñol, y toda la demás parentela y amigos y conocidos, y *specialiter* a las Madres de la Concepción, Rosa y mosén Losa, con la madre Candia, Jacinto, tía Isabel y todas sus familias, y pido que me encomienden a Dios, pues estoy muy débil *in utroque homine*, y con esto Dios guarde a V. muchos años.

Tunquín, junio 30 de 1743.

B.L.M. de V. Paternidad su M. sobrino

FRAY FRANCISCO GIL DE FEDERICH.

A M. R. P. Fr. Idefonso Sans, guarde Dios muchos años, del Orden de Predicadores, y, por su falta, al M. R. P. Prior del Convento de Nuestra Señora del mismo Orden. En Tortosa.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Archivo histórico de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide:

Scritture Originali della Congregazione Particolare dell'Indie e Cina [SOCP]: tomo 46, que contiene:

— Relaciones de Arcangelo Miralta.

— Relaciones de Pedro Mártir Ponsgrau.

— *De vita, virtutibus et martyrio Ven. Servi Dei R. P. Fr. Francis. Gil de Federich O. P.*

Archivo de la Provincia del Santo Rosario en Ávila:

Acta Capituli Provinciae Sanctissimi Rosarii Philippinarum [ACPSR] (1735-1749): manuscritos, tomo V.

Hystoria De vita, virtutibus et martyrio Venerabilis Servi Dei R. P. Fr. Francisçi Gil de Federich Ordinis Praedicatorum, original del padre Pedro Mártir Ponsgrau.

Relación de los dos padres presos, del padre Pedro Mártir Ponsgrau.

Archivo histórico de la Provincia dominicana de Aragón en Valencia:

Professiones novitiorum (Stae. Catherinae Barcinonensis), ms. 75.

Biblioteca universitaria de Barcelona:

Lumen Domus, o Annals del Convent de Sta. Catharina V. y M. de Barcelona, Orde de Predicadors, mss. 1005, 1006 y 1007. Contiene la carta al cardenal Acquaviva, una semblanza del padre Pedro Mártir Ponsgrau y el anuncio de la muerte del padre fray Francisco Gil de Federich.

Cartas del santo, muy dispersas y la mayoría posiblemente perdidas. La mayor parte de las citadas proceden de publicaciones diversas y en especial de la *Positio*, que reproduce en italiano las dos más representativas sobre su cautiverio.

BIOGRAFÍAS

TUNQUENEN: *Beatificationis seu Declarationis martyrii Venerabilium Servorum Dei Francisci Gil de Federich et Matthaei Alonso Leziniana. Positio* (Romae, Typis Perseverantiae, 1904).

Analecta Sacri Ordinis Fratrum Praedicatorum Romae (1906), págs. 521-529.

Beguer Pinyol, Manuel, *El beato Francisco Gil de Federich. Su vida y su martirio, su glorificación y su culto: compendio histórico* (Tortosa, Algueró y Baiges, 1945).

Coll, José María, *El beato Gil de Federich, O. P. Misionero, protomártir y académico*, "Missionalia Hispanica", IX (1952), núm. 25, págs. 183-197.

Feraud García, José María, *Un académico a los altares. Vida anecdótica del beato Francisco Gil de Federich*. (Escrita en 1964, e inédita. Depositada en el Archivo de "Operarios Diocesanos" de Tortosa.)

Gil de Federich, Antonio, *Vida y martirio del venerable P. Fr. Francisco Gil de Federich y de Sans* (Tortosa, Imp. de José L. Foguet y Sales, 1904).

Sempere, Lorenzo G., *El bienaventurado Francisco Gil de Federich de la Orden de Predicadores. Su vida y mar-*

tirio (Valencia, Tip. Moderna, 1906). A pesar de las lagunas que contiene, algunas de importancia, es la más amplia, pues el autor tuvo ocasión de consultar muchas fuentes hoy perdidas, en especial parte de su correspondencia, y lo referente a la elaboración del proceso.

Bayerrri Bertomeu alude a una biografía escrita por Manuel Domingo y Sol, pero no nos ha sido posible consultar ejemplar alguno.

OBRAS GENERALES

- Alvarez, Paulino, *Santos, bienaventurados, venerables de la Orden de Predicadores*, II (Vergara, El Santísimo Rosario, 1921), págs. 424-435; cita varias cartas.
- Amado, Manuel, *Memorias de las Misiones católicas del Tonkín* (Madrid, Aguado, 1846).
- Bayerrri Bertomeu, Enrique, *Historia de Tortosa*, VIII (Tortosa, Algueró y Baiges, 1959), págs. 743, 929 y 996.
- Carreras, Joseph Rafel, *Estudis biogràfichs d'alguns benemèrits patricis que ilustren aquesta Acadèmia*, "Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona", XIII (1927-1928), págs. 179, 262 y 359; lo referente a Gil de Federich está en págs. 208-210.
- Clementi, *Gli otto Martiri tonchinesi dell'Ordine di S. Domenico* (Roma, Pol. de S. C. de Propaganda Fide, 1906).
- Delacroix, S., *Histoire universelle des Missions catholiques*, II (París, Grund, 1957).
- Descamps, Baron, *Histoire générale comparée des Missions* (París, Plon, 1932).
- Diago, Francisco, *Historia de la Provincia de Aragón de la Orden de Predicadores* (Barcelona, Comellas, 1599).
- Fernández, Pablo, *Dominicos donde nace el sol* (Barcelona, Yuste impresor, 1958).

- Gispert, Marcos, *Historia de las Misiones dominicanas en Tunkín* (Ávila, Sigiriano Díaz, 1928).
- Guglielmoti, Alberto, *Memorias de las Misiones católicas en el Tonkín* (Madrid, Aguado, 1846).
- Neira, Eladio, *Heraldos de Cristo en los reinos del Oriente* (Roma, Orientalia Dominicana, 1986).
- O'Callaghan, Ramón, *Anales de Tortosa* (Tortosa, 1886-1895).
- O'Callaghan, Ramón, *Los antiguos lectores dominicos del Seminario Conciliar de Tortosa* (Tortosa, Imp. Católica, 1897).
- Ocio, Hilario, *Compendio de la reseña biográfica de los religiosos de la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas* (Manila, Santo Tomás, 1895).
- Pastor y Lluís, Federico, *Narraciones tortosinas. Páginas de historia y biografía* (Tortosa, Foguet y Sales, 1901), págs. 285 y sigs.
- Raguaglio, *Continovazione dell Raguaglio della nuova Missione stabilita ne'distretti... che gli stessi mantengono nella Cina, e nel Tunkino...* (Roma, Mainardi, 1741).
- Recorder, Joaquín, *Vida y martirio de los XXVI mártires de la Misión dominicana del Tung-kin* (Manila, Santo Tomás, 1900).
- El Santísimo Rosario, *A los gloriosos mártires del Sagrado Orden de Predicadores Francisco Gil de Federich, Mateo Alonso Liciniana, etc.*, XXI (1906), núm. 247, páginas 369-387, 396-400, 426-427 y 437-445.
- Testigos de la fe en Oriente, *Mártires dominicos de Japón, China y Vietnam* (Madrid, Secretariado de Misiones dominicanas, 1987), págs. 264-266.
- Veuillot, Eugène, *La Cochinchine et le Tonquin. Le pays, l'histoire et les missions* (Paris, Aymot, 1859).

INDICE

PRESENTACIÓN	7
CAPÍTULO I (1702)	
Patria	11
Familia	15
Primeros años	19
CAPÍTULO II (1719)	
Profeso en la Orden de Predicadores	23
Sacerdote para siempre	30
Maestro de estudiantes y académico	31
CAPÍTULO III (1729)	
Vocación misionera	37
Hacia las Indias Orientales	41
Estancia en Filipinas	45
CAPÍTULO IV (1737)	
Misionero en el Tonkín	54
Prisionero por Cristo	69
En las redes de un proceso agotador	82

CAPÍTULO V (1745)	
Sentencia definitiva	126
Camino del patíbulo	132
Se consuma el sacrificio	136
APÉNDICE	
[Discurso de ingreso en la Academia]	147
Notas al discurso de fray Francisco Gil de Federich	153
[Tres cartas de Francisco Gil de Federich]	157
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	
	169